

**JUAN RAMON MOLINA**

# **ANTOLOGIA**

**VERSO Y PROSA**

**PORTADA DE  
ANTONIO FLORES HERNANDEZ**



**MINISTERIO DE CULTURA  
DEPARTAMENTO EDITORIAL  
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.**

*Derechos reservados*

*Hecho el depósito que marca la ley*

*Primera edición  
Departamento Editorial  
del Ministerio de Cultura  
San Salvador, 1959*

Impreso en los Talleres del  
DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA  
San Salvador, El Salvador, C. A.  
1 9 5 9

*Derechos reservados*

## INDICE

	PAGINA
Nota Editorial .....	7
Juan Ramón Molina poeta gemelo de Rubén.— <i>Miguel Angel Asturias</i> .....	9

### VERSO

El águila .....	33
Río Grande .....	47
Aguilas y cóndores .....	53
Salutación a los poetas brasileiros . . . . .	58
Autobiografía .....	61
Después que muera .....	67
Nostalgia .....	71
La calavera del loco .....	73
A un pino .....	75
Adiós a Honduras .....	80
Tus manos .....	87
A un herrero . . . . .	89
Los leones en acecho .....	91
Metempsicosis .....	94
Lúgubre fantasía .....	96
Ojos negros ..	100
Intimas .....	102
Pesca de sirenas .....	103
En los esteros .....	104
Madre melancolía .....	105
El gladiador . . . . .	106

	PAGINA
El río .....	107
Salomé .. .. .	108
Vino tinto .....	109
Nerón .....	110
La fragua .....	111
Ante el espejo . . . . .	112
Plenilunio .....	113
Selva americana .....	114
Hamlet . . . . .	115
Ofelia . . . . .	116
Desdémona .....	117
Otelo . . . . .	118
La araña . . . . .	119
La ola . . . . .	120
Mariposa nocturna .....	121
A Rubén Darío .....	122

#### PROSA

Excelsior . . . . .	125
Copo de espuma . . . . .	127
Luciérnagas .....	129
Profética .....	132
Lloviendo .....	135
Viendo el Río Acelhuate . . . . .	138
En el Golfo de Fonseca .....	140
Dialogando con el agua .....	143
A orillas del Lempa .....	147
El niño ciego .....	150
La intrusa . . . . .	153
La niña de la patata .....	156
La muerte de Dionisio .....	160
El estilo .....	164
Un entierro .....	166
La siguanaba .....	169
Natura . . . . .	174
El grillo .....	178
Las olas .....	181
La rosa .....	184

	<b>PAGINA</b>
Mr. Black . . . . .	187
La tristeza del libro . . . . .	193
El <i>Chele</i> . . . . .	196
Desarrollo de la prensa centroamericana . . . . .	201
El sultán rojo . . . . .	210
El tiempo viejo . . . . .	217
Honduras literaria . . . . .	223
La recompensa de Tolstoi . . . . .	227
Nietzsche . . . . .	229
Andrée . . . . .	234

## NOTA EDITORIAL

*El Ministerio de Cultura, en ocasión de celebrarse el cincuentenario de la muerte de Juan Ramón Molina, acordó publicar el presente volumen como homenaje a su autor.*

*Es una señal más de sincera hermandad entre los pueblos centroamericanos, expresada a través de la exaltación que se hace de un poeta hondureño, quien convivió y murió entre nosotros.*

*La selección ha sido hecha con base en dos libros: el que corresponde a su obra poética, recogida y publicada por el escritor Froilán Turcios bajo el nombre de Tierras, Mares y Cielos y el que reúne sus trabajos con el título de Prosas en donde hay inspiradas páginas sobre temas salvadoreños.*

*Juan Ramón Molina, como representante del Modernismo Centroamericano se valió de formas usuales para expresar sus sentimientos paganos con apasionado acento lírico; pero su voz lleva impresa la más depurada y honda emotividad. Espíritu inquieto, participó en la vida pública de su país y tuvo destacada actuación en el periodismo.*

*El Ministerio de Cultura de El Salvador considera que las obras clásicas del istmo deben divulgarse para que se aprecie su calidad, intensificando el reconocimiento a los méritos y empeños de sus autores. Sólo aquellos pueblos que enaltecen a*

*sus mejores hombres contribuyen a la elevación de su cultura y prestigio universales.*

*Juan Ramón Molina\* es un poeta que honra y enorgullece a Centroamérica.*

---

\* Nació en Comayagüela, Honduras, el 17 de abril de 1875. Falleció en San Sebastián, Departamento de San Salvador, el 2 de noviembre de 1908.

**JUAN RAMON MOLINA  
POETA GEMELO DE RUBEN**

*Juan Ramón Molina el poeta gemelo de Rubén, es casi desconocido en Sudamérica. No figura en los textos de preceptiva literaria, no se ven sus poemas menudamente publicados, ni se oye que sazonen sus acentos los menús líricos de los que dicen versos. Piadoso olvido en el que paradójicamente lo quisieron dejar, por ser singularmente pobre lo que se escribe de los poetas en los textos escolares, más triste cuando sus nombres se usan para llenar vacíos tipográficos en revistas de dudosa publicidad y a desesperar si el que recita destroza los poemas.*

*Recordado por nosotros ya no volverá al olvido. Eso sería la condición que antes debemos establecer. Que salga Juan Ramón Molina del olvido, que vuelva a estar presente su cepa tierna, aérea, vegetal, del trópico, tal como él lo presumía y lo dijo alguna vez:*

*“Pero mi obscuro nombre las aguas del olvido  
no arrastrarán del todo; porque un desconocido  
poeta, a mi memoria permaneciendo fiel,  
recordará mis versos con noble simpatía,  
mi fugitivo paso por la tierra sombría,  
mi yo, compuesto extraño de azúcar, sal y hiel.  
Tal fui porque fui hombre, oh soñador ignoto,  
pálido hermano mío, que en porvenir remoto*

*recorrerás las márgenes que mi tristeza holló.  
Que el aire vespertino refresque tu cabeza,  
la música del agua disipe tu tristeza  
y yazga eternamente, bajo la tierra, yol!"*

*Juan Ramón Molina nació en Centroamérica a la sombra de los pinos de Honduras, en la ciudad de Comayagüela, el año de 1875, de padre español y madre mestiza. Escribió sus primeros versos en Guatemala, hacia 1894-95, donde se graduó de bachiller.*

*Su vida se extinguió súbita y prematuramente un atardecer del 2 de Noviembre de 1908. Murió en la ciudad de San Salvador, murió del corazón decía el parte médico debido a los excesos de alcohol y morfina. Pero cuánto más justo sería decir que el poeta moría en el desaliento, en el abandono, en el olvido que ya lo acompañaba como su sombra de exilado, en aquella sociedad materialista en la que los seres que consagran la vida al espíritu, no valen nada, sino después de muertos.*

*Nace en Honduras, vive en Guatemala, muere en El Salvador, citas geográficas que deben ampliarse con datos para una geografía de la flor, el clima, los ríos, los volcanes, las mariposas, los mitos aborígenes, las fumarolas de suelos siempre en trance de formación a orillas de majestuosos lagos, los pinos en los que el verde silente de la tierra habla con el azul silente de Dios, todo lo que en fin, es Centroamérica.*

*Rubén Darío y Juan Ramón Molina son también parte de esa geografía caprichosa, poetas gemelos saturados del sentido poético de la tierra centroamericana, donde la naturaleza toma la metáfora y la hace carne de reflejo, el caimán antoja el esqueleto de un verso ancestral y el Momotombo, padre de una familia de volcanes, se alza "lírico y soberano", como en el poema de Darío:*

*“Señor de las alturas, emperador del agua,  
a sus pies el divino lago de Managua,  
con islas todas luz y canción.”*

*Si tomamos una carta geográfica de América observaremos que la gran masa continental del Norte, al llegar a Guatemala, donde empieza la América Central, quiebra su unidad, se estrecha, se hace caballito marino corcoveador, igual que si al desparramarse la arcilla ardiendo, en el momento de la formación, la tierra hubiera sufrido una sacudida tan violenta en su desesperado horror ante el vacío, hubiera querido agarrarse al cielo quedando sus manos como cumbres perdidas en las nubes.*

*En forma aún más gráfica se fijará este aspecto de la tierra centroamericana, si imaginamos un país construido como una ciudad de rascacielos, rascacielos de cumbres donde para moverse no hay que cubrir extensiones inmensas, sino descender o ascender casi verticalmente. Un viajero que se hallara en las alturas, a más de dos mil metros sobre el nivel del mar, toma un automóvil y desciende, igual que en la cabina de un ascensor, por entre bosques de pinos, terrenos riscosos, riachuelos y praderas, hasta la costa en menos de tres horas, movilidad que permite al habitante el cambio de clima, de atmósfera, de mundo, con sólo subir y bajar, lo que se refleja en la versatilidad de sus poetas y especialmente de Darío y Juan Ramón Molina.*

*El paisaje no tiene secretos para ellos “ y esto pasa al amor del puerto de Corinto o en la rica en naranjas de almíbar, Chinandega”, nos dirá Rubén y agregará Juan Ramón*

*“Inmensos llanos de fragante grama  
que un sol canicular tuesta y agosta,  
donde pasé, cogiendo florecillas,  
dulces instantes de mi infancia loca.*

*Monte florido que a su falda agreste,  
atada con las lianas trepadoras,  
se alza una cruz, en la que puse un día  
ramos de pino y rústicas coronas."*

*Cabe explicar, volviendo al tema de la conmoción terráquea de la primera hora, que el agua y el fuego, por no dejarse desalojar por completo, anidaron en los lagos y volcanes, tantos que no se pueden contar. El viajero no tiene tiempo de fatigarse del panorama, porque si no encuentra a sus pies un espejo de esmeraldas, en que las espumas simulan batallas de plumas y cristales, topan sus pupilas conos volcánicos tan perfectos que hacen olvidar su amenaza misteriosa y terrible, por la emoción estética que producen. Y a los lagos y volcanes agregándose ríos de largo metraje que van al Atlántico y otros que violentamente se hunden en las olas del Pacífico.*

*Mares próximos y lagos y ríos incontables, envuelven la tierra centroamericana en una campana de luz reflejada, ambiente lumínico tan especial, que podría llamarse mágico, si en verdad no fuera mágico, ya que los seres y las cosas se ven bañados en claridad de espejo. El color y la línea no se perciben en forma directa, sino a través de un velo luminoso y transparente, formado por la luz del sol, que se refleja en la atmósfera al chocar con el agua de mares, lagos y ríos, característica muy importante de señalar, porque influye en las temperaturas de esos cuerpos celestes como Rubén y Juan Ramón Molina, que se llaman poetas.*

*La luz de Centroamérica es la misma luz de Grecia, pues una y otra nacen de una misma intimidad de agua y tierra, y acaso se deba a esta semejanza el que, en poetas como Darío y Juan Ramón Molina, el tema griego ocupe lugar principal, herido en forma directa, o se siente en sus estrofas, circulando internamente.*

*Juan Ramón Molina dice a Darío, en un soneto:*

*“Délfico augur, hermético y sacro hierofante  
que oficias en el culto prolífico de Ceres,  
que azuzas de tus metros la tropa galopante  
sobre la playa lírica y argenta de Citeres:*

*tu grey bala en las églogas del inmortal idilio,  
tu pisano melódico fué el que tocó Virgilio  
en la mañana antigua de alondras y de luz...”*

*No me detendré en citar poemas Rubenianos inspirados  
por Grecia, son tantos y tan conocidos, pero sí lo haré con un  
soneto de Juan Ramón Molina, titulado: “Pesca de Sirenas”:*

*“Péscame una sirena, pescador sin fortuna,  
que yaces pensativo del mar junto a la orilla.  
Propicio es el momento, porque la vieja luna  
como un mágico espejo entre las olas brilla.*

*Han de venir hasta esta ribera, una tras una,  
mostrando a flor de agua el seno sin mancilla,  
y cantarán en coro, no lejos de la duna,  
su canto, que a los pobres marinos maravilla.*

*Penetra al mar entonces y pesca la más bella,  
con tu red envolviéndola. No escuches su querella  
que es como el llanto aleve de la mujer. El sol*

*la mirará mañana —entre mis brazos loca—  
morir —bajo el divino martirio de mi boca—  
moviendo entre mis piernas su cola tornasol.”*

*Darío y Juan Ramón Molina no hubieran podido mane-*

*jar la luz como la manejan, como circula en sus poemas, si no hubiera nacido en Centroamérica, porque ¿qué puede darse de más poético, que este mundo oculto y presente en la luz, de lo que no es sino sol, devuelto en reflejo por una superficie luminosa? ¿Qué puede ser más carne de poesía que la realidad en que se vive en esa luz irreal, fantasmagórica, propia para gente que sueña con los ojos abiertos?*

*Rubén pide ser citado:*

*“La bahía unifica sus cristales  
en un azul, de arcaicas mayúsculas  
de los antifonarios y misales.  
Las barcas pescadoras estilizan  
el blancor de sus velas triangulares  
y como un eco que dijera: “Ulises”  
junta alientos de flores y de sales.”*

*Pero la relojería interna de estos dos cantores tiene ruedecillas simbolistas, e valen de símbolos para decir ciertas cosas, y esta raíz honda, sabia de savias ancestrales, debe buscarse en sus orígenes, en el remoto antecedente racial, ya que sus antepasados, veinte siglos atrás, se habían valido de signos ideográficos para expresarse simbólicamente.*

*La influencia de los simbolistas franceses, tan notoria en Darío y en Juan Ramón Molina, musicalidad verbal en la que se confunden, en además de verso libre, colores y perfumes, tenía en ellos un antecedente americano, ajeno por completo a Europa, en sus abuelos los rápsodas, en sus abuelos los Netzahualcoyotls, en sus abuelos que fraccionaban en símbolos poéticos el mundo para hablar de los dioses, la tierra y la mujer.*

*Esta afirmación de los orígenes simbolistas de poetas, tan hermanos en la correspondencia fulgurante, les devuelve toda su personalidad americana, enriquecida, como bien se entien-*

*de, por la cultura occidental, elevada en categoría por los aditamentos de la lírica europea, pero explicable sin ésta, perfectamente explicable dentro del propio corazón del suelo, en que el sentido pagano de la vida subsiste más que en ningún otro sitio porque circula entre los elementos caudalosos.*

*“Gozad del sol, de la pagana  
luz de sus fuegos,  
gozad del sol, porque mañana  
estaréis ciegos.”*

*Este grito de Darío parece surgir como un grito tropical, detrás de la molienda de caña de azúcar, entre los triturados manojos de las cañas que el poeta veía como flautas de Pan, mordidas para extraer de ellas, no la miel del sonido, sino el dulzor del jugo.*

*Alguna vez se agotó la indiscusión del “tropicalismo” en literatura.*

*Se llamaba poetas tropicales, a los poetas que creían interpretar la naturaleza de la zona tórrida con abundancia de palabras, ripio coronado por el laurel académico: pero este concepto fué rectificado, porque de esta clase de poetas tropicales, por ripiosos, los hay en todas partes.*

*La medida que tutela a poetas tropicales como Darío y Juan Ramón Molina, es prueba de que lo excesivo no caracteriza lo tropical. Lo tropical, si algún significado tiene dentro de estas clasificaciones artificiales, podría explicarse en relación con las imágenes que dichos poetas emplean, relámpagos que tras de alumbrar internamente, se detienen en la superficie del verso, para llegar a lo sensible en sonido verbal palpitante, sin altisonancias.*

*Lo tropical así concebido es ese íntimo engranaje imaginativo, que sorprende porque su novedad desencadena en el lector, una serie de movimientos nuevos de pensamiento*

*o emoción. Hay una intimidad de pulpa sazónada en esta poesía de cáscara gozosa y un secreto milagro de penumbra que es como alfombra en aire dorado. El valor de la fruta está adentro, pulpa y perfume, así los valores de la poesía tropical existen ocultos bajo la superficie llena de colorido.*

*El color de las frutas tropicales, rojas, amarillas, verdes, negras, moradas, no es, con todo y su belleza primaria alucinante, lo mejor de la fruta, como en la poesía de los poetas centroamericanos el ascua del lenguaje, vario y lleno de color, es sólo un alarde plástico. Dentro están los jugos, las esencias, la carne en espíritu agotado de pasar tan ligero por un mundo hecho para ser gozado eternamente, en una semi ebriedad de los sentidos, en el duermevela de la luz soñada por grandes lagos, mares, bahías, ensenadas y pequeñas lagunas formadas en los cráteres mismos de los volcanes, como lentejuelas. Y la prueba de que lo tropical no es desbordamiento de palabras, sino movimiento de recreación de ese mundo con precisa geometría, la plena prueba la tenemos en un poeta centroamericano del siglo XVIII.*

*Hace dos siglos, Rafael Landívar, nacido en Guatemala en 1731, formado en Guatemala, donde se ordena, vive sus años mozos, abandona el país al decretarse el exilio de los Jesuitas por Carlos III, y se dirige a Bolonia; y en Bolonia escribe su famoso canto en hexámetros latinos "Rusticatio Mexicana", que a juicio de don Marcelino Menéndez y Pelayo es la obra cumbre de la latinidad moderna.*

*Pues bien, este Virgilio americano o Segundo Virgilio como se le llama, empleó el divino idioma para describir y loar la vida del trópico y sus versos son gajos jugosos de las tórridas tierras en que vivió, del gozo pagano que rodeó sus ojos, igual que a Darío y Juan Ramón Molina. Y no se crea que es de la descripción de las escenas campesinas en Guatemala y Méjico de donde únicamente nace el tropicalismo de este poeta*

*latino tropical dieciochesco, sino de la válida presencia, en añoranza filtrada, de sus imágenes y el movimiento del poema a través de sus quince hermosos cantos, que arranca con aquel primer verso de corte romano:*

*“Salve, cara parens, dulcis Guatemala, Salve!!... ”*

*Pero también podría caracterizarse lo tropical en literatura, por la presencia de la muerte, no como final del ser, sino como paso del ser a otras sustancias vivas, por lo mismo que en el trópico todo parece quemarse en ardor diurno y nocturno. Millares de insectos nacen cuando se oculta el sol, vibran hasta la aurora y con el primer claror del alba caen como semillas. Plantas y animales, todo se quema en la llama circundante absoluta, en que la muerte no tiene tiempo para enfriar los cadáveres, porque tibios se transforman en flores.*

*“Yo he visto en tierra tropical  
la sangre arder  
como en un cáliz de cristal  
en la mujer,  
y en todas partes lo que se ama  
y se consume  
como en una flor hecha de llama  
y de perfume.”*

*Y de esta cambiante posibilidad del ser tan unida a la vida tropical, Juan Ramón Molina, nos dice en su poema “Metempsychosis”:*

*“Del ancho mar sonoro, fui un pez en los cristales  
que tuvo los reflejos de gemas y metales.  
Por eso amo la espuma, los agrios peñascales,  
las brisas salitrosas, los vívidos corales.*

*Hoy (convertido en hombre por órdenes oscuras)  
siento en mi ser los gérmenes de existencias futuras.  
Vidas que han de encumbrarse a mayores alturas  
o que han de convertirse en génesis impuras."*

*"El horror de sentirse un pasajero —expresará Darío— el horror. . ." y Juan Ramón Molina pedirá "el goce del olvido profundo en la almohada. . ." cercados, no en torres de marfil, sino en torres humanas, por plantas, por ciudades, por mares, por estrellas y por la misma muerte, no como muerte, porque hasta la muerte tiene vida.*

*Juan Ramón Molina pregunta:*

*"O descendido en breve (por secretas razones)  
de la celeste vida todos los e calones,  
aguardaré, en el limbo de largas gestaciones  
el sagrado momento de nuevas ascensiones?"*

*A cada momento el poeta hondureño unta nuestros ojos con retazos de ese panorama tropical en que hasta la muerte repetimos, es viva muerte.*

*"El sol incendia el suelo y el bochorno  
cuélase entre los troncos y zarzales  
como el aliento cálido de un horno.  
Duermen las aves de irisadas plumas  
y van por los tupidos carrizales,  
ágiles tigres y ligeros pumas."*

*Pero a Juan Ramón Molina como a Darío, no le basta la visión inmediata, joyosa, atacada de frente por la pupila que la capta, por la piel que la siente al través del aire cálido, por todo el ser del poeta sumergible y sumergido en un mundo real, que por la luz es irreal.*

*No le basta y por ello busca la evasión, enmarañándose la frente con símbolos que lo dejan cautivo de lejanos mundos:*

*“Yo me quedo muy solo apacentando penas,  
cazador de dragones, pescador de sirenas,  
Jasón de un vellocino que no he de conquistar,  
Estrellas: sed propicias al hombre peregrino;  
Eolo: conducidle a su feliz destino;  
Sirenas: ocultaos en el profundo mar.”*

*Vamos, pues, encontrando en Centroamérica, para Darío y Juan Ramón Molina, la raíz de su helenismo o mundo de ficción, al que se trasladan por su ancestral inclinación a tener dioses, lo que ahora llamaríamos, complejo de mitologías.*

*Helenismo periférico, porque ni el interior, en lo más íntimo de su poesía están de cuerpo entero, inmortales y presentes, las divinidades nativas.*

*Ahí donde nacieron, ahí donde vivieron su niñez, adolescencia y juventud, vivieron en aguasolares milagrosos su paganismo para dar nombres griegos a sus dioses americanos.*

*Me atrevería a decir que el fenómeno luminoso, en el que intencionalmente insisto y ese cercano ancestro del indio sabio, pagano y culto, bastan para explicar sin recurrir a búsquedas afanosas la sensibilidad de estos poetas que llegaron a sentir como Byron, la nostalgia de Grecia.*

*Para ellos, gemelos de la raíz, era más vistoso hablar de Zeus que de Quetzalcoatl, de Marte que de Huitzilopostli, de Venus que de Smucané. No se había iniciado en América todavía la reivindicación de los temas americanos. Nuestras letras vagaban, en el falso mundo de las aproximaciones a otras culturas, ocultando lo propio por ignorancia o por vergüenza. Ahora conocemos orgullosos nuestro origen milenario. De haber ellos florecido en nuestro tiempo, quizá tanta Venus,*

*tanto Eros, tanto Apolo, serían divinidades americanas de inmenso contenido amable.*

*También hemos encontrado en su país de origen —Centroamérica— la raíz más profunda de su simbolismo enriquecido por la escuela francesa, como enriquecidos habían sido por el clasicismo español, por el romanticismo, por el naturalismo, por el parnasianismo.*

*Si veinte siglos atrás sus abuelos magos fueron maestros en el hallazgo de figuras que en las escrituras ideográficas simbolizan, como en toda escritura, un instante de gracia, en trance de pasar, después de haber descubierto por una relación íntima del creador, algún nuevo mundo, ¿qué de extraño tiene que Rubén y Juan Ramón Molina hayan llevado en la sangre el dón de la poética que emplea el símbolo?*

*“Mar armonioso,  
mar maravilloso,  
de arcadas de diamantes que se rompen en vuelos  
rítmicos, que denuncian algún ímpetu oculto,  
espejos de mis vagas ciudades de los cielos,  
blanco y azul tumulto  
de donde brota un canto  
inextinguible,  
mar paternal, mar santo,  
mi alma siente la influencia de un alma invisible...”*

*Y a Darío se une Juan Ramón Molina en aquellas estrofas de amagos simbolistas:*

*“¡Qué tarde te hallé en mi camino,  
en la ruta sin fin de mi Sahara,  
donde voy —trashumante viajero sin rumbo ni guía—  
con mi alforja de penas y obscuras nostalgias  
apoyado en báculo, inútil y viejo,*

*sangrientos los pies en las rotas sandalias,  
sin ver a lo lejos un pozo perdido  
a la sombra de alguna palmera lozana,  
donde fuera a beber unos sorbos benéficos de agua,  
o a probar del racimo de dátiles negros  
que esconden las frescas y fértiles ramas,  
olvidando los soles candentes,  
la polvosa y eterna llanura incendiada,  
los lívidos huesos sembrados en torno,  
la angustiosa marcha,  
los fieros chacales que acechan mi paso nocturno  
con ojos que tienen el fulgor de las ascuas...'*

## II

*Pero volvamos a lo tropical que en Darío y Molina es como el movimiento que forma la línea curva muy propia del paisaje centroamericano. La montaña de líneas ondulantes que parece reptar en lo curvo del horizonte, exigió al arquitecto y escultor de las edades remotas, por razón de ritmo, de vibración, de gracia, el uso de esta línea casi aérea, en sus monumentos y en la decoración de sus murales pintados al fresco o esculpidos en bajorrelieve, exigencia geométrica que se prolonga a la época de las edificaciones españolas, cuyas cúpulas en las iglesias, son miniaturas de montañas y cuyas decoraciones hasta en la sangre de los Cristos tallados por los imagineros mestizos, repiten ondulaciones de agua salpicada.*

*Pero sabremos más si observamos que esa persistencia de la línea curva en el paisaje, corresponde en el mundo poético, álgebra y masticación, a la sensualidad de poetas que como Darío y Juan Ramón Molina, parecen estar bajo el signo de Eros. Las curvas auditivas —abanicos en las colas de los pavos*

*reales, lunas en las espumas luminosas, sales en las culebras de fuego, sueños en los árboles doblegados para rendir el fruto— son como el eco de las curvas visuales de sus versos, de las curvas sensuales de sus pasiones amorosas.*

*“Y he de besarla un día, con rojo beso ardiente;  
apoyada en mi pecho como convaleciente,  
me mirará asombrada con íntimo pavor;*

*la enamorada esfinge quedará estupefacta;  
apagaré la llama de la vestal intacta  
¡y la faunesa antigua me rugirá de amor!”*

*En lo sensual de este soneto de Darío (“Item Missa Est”), como en otros de Juan Ramón Molina, se aprecia que esta inclinación a lo erótico, que para muchos era privativa de Rubén, más parece ser una atmósfera poética correspondiente a la época y en relación íntima con el medio en que vivieron, tal y como podría señalarse en la prosa sensual de Enrique Gómez Carrillo, nacido también en Centroamérica.*

*Por el camino de los sentidos se perdieron en la carne irisada de la mujer del mar, en la profundidad presente de la mujer carnal, pero sin el desenfreno, sin la pasión torpe, sin la brama de la bestia enloquecida por urgencias cósmicas, con la gracia sosegada de la línea sin peso, la misma que hace que el paisaje tenga suavidad de cabello.*

*Y aunque don Juan Valera poco entendió este trasmundo de Darío, en el Prólogo de “Azul”, habla de su sensualidad como de un impulso religioso.*

*Y de esta limpia sensualidad, en que la sacudida del trópico pesa sobre los párpados como el bochorno carnal que se llega al alma, también hay señales en la obra de Juan Ramón Molina.*

*“Tengo en los labios tímidos —en esos  
labios que fueron una rosa pura—  
la señal dolorosa de mil besos  
dados y recibidos con locura,  
en dulces citas, en innoble orgía  
cuando, al empuje de ímpetus fatales,  
busqué siempre la honrosa compañía  
de los siete pecados capitales;  
y era mi juventud en su desgaire  
como un corcel de planta vencedora,  
que se lanzaba a devorar el aire,  
relinchando de júbilo a la aurora.”*

*Pero esta mujer de carne, un día viva, se diluye en la naturaleza y Juan Ramón Molina la oye entonces en su “Río Grande de Honduras”.*

*Lejos de estas montañas en un lugar distante,  
soñaba con tu fresca corriente murmurante,  
como en la voz armónica de una amada mujer,  
con tus ceibas y amates y tus yerbas acuáticas,  
con tus morenas garzas, innobles y hiéricas,  
que duermen en tus márgenes al tibio atardecer.  
Qué dicen los polifonos murmullos de tus linfas?  
Son risas de tus náyades? Son quejas de tus ninfas?  
Pan tañe en su espesura su flauta de cristal?  
Oigo suspiros suaves... gimen ocultas violas...  
alguien dice mi nombre desde las claras olas  
oculto en los repliegues del líquido cristal.”*

*Y de la mujer-naturaleza pasa Juan Ramón Molina a la mujer-ensoñación de los festines, aquella que...*

*“Es la sangre de todas las beldades,  
víctimas del acero y su destino*

*en la guerra sin fin de otras edades.  
No extrañéis que, al pensar en sus despojos,  
cuando se suba a mi cabeza el vino,  
viertan algunas lágrimas mis ojos."*

*Y de esta beldad de los festines arrancando lo negro de  
sus ojos para enlutar el cielo, cae Juan Ramón Molina en una  
luctuosa sensualidad al identificar con la madre a la melancolía,  
en un soneto imponderable:*

*"A tus exangües pechos, Madre Melancolía,  
he de vivir pegado, con secreta amargura,  
porque absorbí los éteres de la filosofía  
y todos los venenos de la literatura.*

*En vano —fatigada de sed el alma mía—  
sueña con una Arcadia de sombra y de verdura,  
y con el dón sencillo de un odre de agua fría  
y un racimo de dátiles y un pan sin levadura.*

*Todo el dolor antiguo y todo el dolor nuevo  
mezclado sutilmente en mi espíritu llevo  
como el extracto de una fatal sabiduría.*

*Conozco ya las almas, las cosas y los seres,  
he recorrido mucho las playas de Citeres...  
¡Soy tu hijo predilecto, Madre Melancolía!"*

*Gemelos de la tierra, de la misma tierra, Nicaragua y  
Honduras son Centroamérica ambos cantan a los pinos. Darío:*

*"Oh pinos, oh hermanos en tierra y ambiente  
yo os amo. Sois dulces, sois buenos, sois graves.*

*Diríase un árbol que piensa y que siente,  
mimado de auroras, poetas y aves.*

*Y Juan Ramón Molina en tono menor:*

*“Oh pino, oh viejo pino de mi tierra,  
que del monte en la cima culminante,  
alzas tu copa rumorosa y verde  
meciéndote al impulso de los aires.”*

*Y ahora ingenuo y evocador Darío:*

*“Qué alegre y fresca la mañanita.  
Me agarra el aire por la nariz,  
los perros ladran, un chico grita  
y una muchacha gorda y bonita,  
junto a una piedra, muele maíz.*

*Un mozo trae por un sendero  
sus herramientas y su morral,  
otro con caites y sin sombrero  
busca una vaca con su ternero  
para ordeñarla junto al corral.”*

*Y evocador y melancólico, el poeta de Honduras:*

*Ya descendió la noche silenciosa  
cubriendo con su sombra la sabana  
y óyense allá a lo lejos los mugidos  
con que llenan los vientos las vacadas.*

*Del fondo de los negros precipicios  
—surgen los viejos pinos cual fantasmas—  
y al rumor del galope del caballo  
se estremecen las breñas azoradas.”*

*Gemelos de la muerte que en esas latitudes es un visible cambio de forma sin más pausa que la que tiene el horno para alzar la levadura, Juan Ramón Molina viene de abandonado en la guerra contra la muerte con sentido de sombrío final y su bandera son seis versos hendidos para hacer dos tercetos:*

*“A ese ilusorio cielo una implacable guerra  
conmigo mueve, hermano. Conmigo ama la tierra,  
la carne, el vino, el oro que abominaron los  
anacoretas locos. Ama la vida fuerte,  
pón en fuga conmigo a la amarilla Muerte  
¡Y dos hombres de veras hemos de ser los dos!”*

*Darío en su lucha contra la muerte no la ve como punto de llegada, sino como camino y entiende un retazo de bandera en aquel terceto:*

*“En medio del camino de la vida..  
dijo el Dante. Su verso se convierte:  
en medio del camino de la muerte.”*

*Y no es que Darío varíe la concepción del Dante, al decir: “En medio del camino de la muerte”, es que para él la muerte, al ser la continuación cambiante de la vida, tiene también su mitad de camino, y apoyando nuestra interpretación el mismo Darío al hablar de la muerte, la despoja de sus atavíos fúnebres y nos confía:*

*“La Muerte! Yo la he visto. No es demacrada y mustia  
ni ase corva guadaña, ni tiene faz de angustia.  
Es semejante a Diana, casta y virgen como ella,  
en su rostro hay la gracia de la núbil doncella  
y lleva una guirnalda de rosas siderales”.*

*Pero también fueron gemelos en las formas verbales, al tratar estos temas, por ejemplo:*

*“Dichoso el árbol que es apenas sensitivo  
y más la piedra dura, porque esa ya no siente,  
pues no hay mayor dolor que el dolor de ser vivo,  
ni mayor pesadumbre que la vida consciente...”*

*El mismo acento de Darío sin variante lo encontramos en Juan Ramón Molina:*

*“Ser del todo insensible como la piedra dura  
y no tallado en una doliente carne viva  
de nervios y de músculos. O ser como la hiedra  
que extiende sus tentáculos de manera instintiva.”*

*¿Conoció Juan Ramón Molina “lo fatal” de Darío, antes de escribir su poema “Anhelos Nocturno”, o se trata de una simple coincidencia? Sería cuestión de establecerlo, aunque bien pudo ocurrir que durante el tiempo que estuvieron juntos en el Brasil, se hubieran comunicado ese tema de inspiración. Y de este viaje al Brasil, surge la mayor hermandad entre ellos.*

*Y siguiéndole en sus temas, antes que la “Salutación al Águila” de Darío, Juan Ramón Molina compuso “Águilas y Cóndores”, poemas que son el alerta de dos grandes visionarios, pero Molina esta vez supera a Rubén.*

*“Portaliras ilustres de nuestro Continente,  
miremos el futuro con ojos de vidente,  
con ojos que irradiasen —de sus cuencas sombrías—  
la luz de las más grandes y fuertes profecías,  
la luz de Juan —con su águila y su delirio a solas—  
frente al eterno diálogo de las convulsas olas,*

*que oyeron bajo un cielo de horror y cataclismo  
las cosas que le dijo la lengua del abismo.  
Voces de Dios: hipóboles, parábolas, elipsis,  
que truenan en el antro del negro Apocalipsis!  
¿Hermanos no seremos en la América?*

*Todos  
nacimos de los gérmenes vitales de sus lodos:  
desde el rubio hiperbóreo que en el norte domina  
hasta el centauro indómito de la pampa argentina,  
que rige los ijares de su salvaje potro  
como las ruedas rítmicas de su máquina el otro,  
cual si quisieran ambos —hinchidos de arrogancia—  
suprimir el obstáculo del tiempo y la distancia.*

*¡Razas del Nuevo Mundo! Pueblos americanos:  
en este Continente debemos ser hermanos,  
bajo el techo de estrellas de nuestro Eterno Padre,  
la madre de nosotros es una misma madre,  
es una misma Niobe, que nos brindó su seno,  
de calor y de leche y de dulzura lleno,  
inagotable seno cuyo licor fecundo  
dará la vida a todos los huérfanos del mundo.  
Que la discordia huya de esta fragante tierra;  
cerremos las dos puertas del templo de la guerra,  
en el Tártaro rueda la caja de Pandora.  
¿Acaso no nos alumbra una feliz aurora?*

*Ha llegado para estos poetas hermanos en la tierra, el  
tiempo y el arte, la hora de las anunciaciones. Del norte y del  
sur avanzan fuerzas contrarias. Ellos, poetas, están al centro,  
hijos de pueblos ligeros e indefensos, pero en sus puños de  
proféticos caminos en los dedos, tratan de fundir los dos  
alientos de América, el del sur y el del norte en uno solo.*

*Y es esta presentida realidad de la unidad americana en*

*formación, cuyas fuerzas no son contrarias al entendimiento —ya que una cosa es la América del Norte de Lincoln y Walt Whitman y otra la de los imperialistas de Wall Street—, lo que anunciaron en sus cantos estos pararrayos celestes.*

*En Río de Janeiro los dos poetas se encuentran en 1906, como delegados al Congreso Panamericano y al separarse ya el destino los ha marcado: a Rubén lo escogen los hados para el gran mundo y a Molina para la intimidad del álbum. Sin embargo, qué universales en sus concepciones, qué completos en sus realizaciones líricas, qué humanos!*

*Juan Ramón Molina en su “Salutación a los Poetas Brasileños”, evidencia lo que habría sido capaz de realizar de haber vivido más allá de los 33 años.*

#### “SALUTACION A LOS POETAS BRASILEÑOS”

*Con una gran fanfarria de r n os holifantes,  
con versos que imitasen un trote de elefantes  
en una vasta selva de la India Ecuatorial,  
quisiera saludaros —hermanos en el duelo—  
en las exploraciones por la tierra y el cielo,  
en el martirologio de los circos del mal...*

*Mi Pegaso conoce los azules espacios.  
Su cola es un cometa, sus ojos son topacios,  
el Rubio Apolo y Marte cabalgaron en él,  
relinchará en los céspedes de vuestro bosque umbrío,  
se abrevará en las aguas de vuestro sacro río,  
y dormirá a la sombra de vuestro gran laurel.*

*Y luego de explicar los varios elementos en que pudo venir, agrega:*

*“Mas en Pegaso vine desde remotos climas,  
—señor, príncipe, rey o emperador de rimas—  
sobre el confuso trueno del piélago febril.  
¡Salve! al coro de ansiones de estas tierras fragantes!  
¡A todos los Orfeos de un país de diamantes!  
¡A todos los que pulsan su lira en el Brasil!*

*Tal digo, hermanos míos en la prosapia ibérica,  
saludamos la gloria de la futura América.  
Unamos nuestras liras y nuestros corazones,  
que ha llegado el crepúsculo de las anunciaciones  
para que baje el ángel celeste de la paz!*

*Augurio de ese día se ve en el horizonte.  
Hoy tres aves volaron desde el florido monte,  
yo las miré perderse en el naciente albor,  
un cóndor —que es el símbolo de su fuerza bravia—  
un buho —que es el símbolo de la sabiduría—  
y una paloma cándida símbolo del amor.  
Dijo el cóndor gritando: la unión da la victoria,  
el buho, en un silbido: el saber da la gloria,  
la paloma en su arrullo, el amor da la fe.  
Yo —que escruto el enigma de nuestro gran destino—  
ante el casual augurio del cielo matutino,  
siguiendo los tres pájaros en éxtasis quedé.*

*Pero Pegaso aguarda. Sobre su fuerte lomo  
gallardamente salto en un instante, como  
el Cid sobre Babiaca. Me voy hacia el azur.  
¿Acaso os interesa mi suerte misteriosa?  
Buscadme en mi magnífico palacio de la Osa,  
en mi torre de oro, junto a la Cruz del Sur.”*

*Y hacia allí había volado Juan Ramón Molina, y aquí lo evocamos amparados bajo su signo.*

*La obra del poeta hondureño fue reunida no sin muchas dificultades, por Froylán Turcios, quien la publicó en 1913 bajo el título de "Tierras, Mares y Cielos". Una nueva edición valiosamente enriquecida se hizo después en la "Colección de Clásicos del Istmo Centroamericano", que realizó el gobierno de Guatemala, por personal empeño del entonces Presidente Juan José Arévalo.*

*Hombre, conoció Juan Ramón Molina los halagos de la vida, viajó a Europa y Norteamérica, cuando volvió del Brasil a Honduras su país donde desempeñó el cargo de Subsecretario de Estado, época en la que fundó su hogar. Pero el poeta sin ser político era consciente de sus deberes ciudadanos y se revela con la violencia de que es capaz el cordero que lleva en el alma un águila, contra uno de los tantos dictadorzuelos indoamericanos, un tal general de cuyo nombre no queda ni memoria.*

*Juan Ramón Molina no era el poeta blando y acomodaticio que con el pretexto de no entender de política cierra los ojos ante la realidad de su país. El, que tenía en el alma encendido el trino, él, que conocía los caminos que parten de los conos estelares de los pinos, abandona su clámide y viste uniforme de soldado, que con la pluma y el fusil lucha por la libertad, en una revolución que para él termina en el exilio, antes de su prematura muerte.*

*El mismo Juan Ramón Molina a quien Dario presentó en Río de Janeiro, como el mejor poeta de Centroamérica, nos hace su biografía.*

*"Fué mi niñez como un jardín risueño,  
donde —a los goces de mi edad esquivo—  
presa ya de la fiebre del ensueño  
vagué dolientemente pensativo.*

*Senti en el alma un natural deseo  
de cantar. A la orilla del camino  
hallé una lira —no cual la de Orfeo—  
y obedezco el mandato del destino.*

*Al mirarme al espejo ¡cuán cambiado  
estoy! No me conozco ni yo mismo,  
tengo en los ojos, de mirar cansado  
algo del miedo del que ve un abismo.”*

*Pero el poeta hondureño, centroamericano, americano,  
universal, dejó dicho que se marchaba hacia la Cruz del Sur  
y hacia allí había volado, cuando Rubén Darío, gemelo suyo  
en la fe en América, abría su poema ecuménico con otro nom-  
bre símbolo de la nueva humanidad.*

*“Argentina, Argentina, Argentina!”.*

MIGUEL ANGEL ASTURIAS.



## EL AGUILA

Y el águila exclamó con voz terrible:  
—en una cuenca informe  
nací, en esta montaña inaccesible,  
que fué tal vez la enorme  
atalaya de rocas de granito  
que a una raza de cíclopes sirviera  
para explorar con su pupila fiera  
la vacua inmensidad de lo infinito.  
Un pálido crepúsculo  
—tímido heraldo del glorioso día—  
envolvió suavemente la nidada  
donde mi vieja madre aletargada  
con su robusto cuerpo me cubría.  
Saqué, llena de anhelos,  
debajo el ala tibia y protectora  
la cabeza. En los cielos  
donde quedaban de la sombra rastros,  
iba apagando la rosada aurora  
las temblorosas luces de los astros  
con su soplo sutil. En ese instante  
surgió tras la muralla de los montes  
el nuevo sol, magnífico y radiante:

mientras que los corceles de la noche  
huyendo por los claros horizontes,  
desbocados e inciertos,  
en el profundo foso del vacío,  
heridos por mil flechas inflamadas,  
se desplomaron muertos.

Mi madre, al despertar, abrió las alas  
a una cresta bravía  
y allí, posada en ademán soberbio,  
contempló con el ojo dilatado  
aquel sol que subía  
como un globo de púrpura incendiado.  
A las grandes alturas  
después tendió su vuelo,  
cruzando sobre valles y llanuras,  
siguiendo la enriscada cordillera  
hasta perderse en el confín. Llegaba  
el sol a la mitad de su carrera  
cuando volvió a su nido de ramajes,  
con un níveo cordero hecho pedazos,  
dando gritos salvajes,  
sacudiendo aletazos.

Luego crecí, volé con pocas fuerzas  
a las rocas cercanas;  
después, valor cobrando,  
volé a las yermas cúspides lejanas  
que coronan gritando  
las venerables águilas ancianas.  
Y hoy, ya lanzada sin temor al viento,

trazo en él espirales  
y puedo en un momento  
subir a las regiones celestiales;  
y tiene tal audacia y tal aliento  
mi poderoso vuelo vagabundo  
que, si quisiera un día,  
sin detenerme a descansar podría  
darle la vuelta al mundo.

Mi aspecto es muy altivo:  
el moño de mi testa se asemeja  
al penacho guerrero  
de un noble paladín. Un ojo vivo  
y grande, bajo el arco de mi ceja,  
se hunde lleno de luz. De fino acero  
y con forma de gancho  
es mi terrible pico,  
firme y cortante, poderoso y ancho.  
Mi cabeza marcial que el aire peina  
es redonda, pequeña y bien formada,  
me ciñe el cuello, cual si fuera reina,  
magnífico collar. Mis alas rudas  
son dos alas tremantes  
de plumas puntiagudas,  
compactas y brillantes,  
que después de cubrir el atrevido  
pecho que tengo, bajan ya más breves  
a resguardar mi torso que se ha hundido  
en todas las entrañas y las nieves.  
Son ásperos mis dedos. Y las uñas,  
con que a la piel del que vencí me aferro,

son hechas con el hierro  
de las cotas y lanzas. Es leonado  
mi espléndido color, mi ademán noble,  
y me palpita un corazón osado  
en un cuerpo más sólido que un roble.  
La mirada del lince no es más fina  
que la que amenazante  
echo sobre reptiles y cuadrúpedos  
desde la cima del cenit radiante,  
coronado de rayos. Si me poso  
al borde de un peñón hendido a tajo,  
y una invisible mano arranca al monte  
una roca de cuajo  
lanzándola al abismo, pongo atento  
oído al rumor hondo,  
y recojo el estrépito violento  
que sube retumbando desde el fondo.

Después que atisbo a la confiada víctima  
que en el llano o el árbol me provoca,  
pliego el ala de súbito,  
y más veloz que el rayo fulminante  
caigo sobre ella, de la rabia loca,  
hundiéndole las uñas. Aunque luche  
por escaparse con esfuerzos vivos,  
vencida y desmayada,  
queda bajo mis dedos convulsivos  
sujeta contra el suelo. La cabeza  
con una garra sola  
le oprimo con tesón. Abro las alas,  
y apoyada en la base de mi cola,

gozo escuchando el estertor. El ojo,  
que la luz del espacio recogía,  
se vuelve turbio y rojo  
al bañármese en sangre. El pico abierto,  
mientras dilata la hórrida agonía,  
dejo salir mi lengua palpitante,  
semejando una rígida tenaza  
que la hoja deslumbrante  
saca del fuego de la roja hornaza.

Nada me arredra! Si el destino adverso  
me depara un encuentro peligroso  
con una bestia montaraz y fiera,  
me vuelvo más osada y más valiente,  
hasta que me alzo victoriosa al cielo  
llevándola en mis garras prisionera.  
En las febriles épocas del celo,  
cuando cuida mi dulce compañera  
del implume aguilucho, mi polluelo,  
devasto el valle que mi vista abarca,  
aterro los rebaños y pastores,  
y al nido donde tengo mis amores  
llevo el botín que cojo en la comarca.

Luego que en un festín de carne cruda  
mi apetito he saciado,  
cansada, triste y muda,  
me voy a reposar sobre una roca  
con el buche inclinado.  
En las cálidas horas del estío,  
en esas horas largas y terribles,

en que parece que los pies caminan  
sobre ascuas invisibles;  
en que el sol encendido  
va rompiendo las aguas luminosas  
de un mar hirviente de metal fundido;  
en que abre sudorientas  
la tierra sus mil grietas, como bocas  
enormes y sedientas  
de un sorbo de agua. Cuando el tigre fiero  
sestea en su cubil de la espesura  
sin pensar en su instinto carnicero,  
y abandonando el árido paraje  
el antílope busca la frescura  
del umbroso follaje  
desbordante de savia y de verdura;  
cuando el león acezando  
retírase a sus cóncavas cavernas  
donde la prole está, y allí acaricia  
de su querida las velludas piernas  
bramando de lujuria y de delicia  
al contemplarla tan hermosa; entonces  
voy a bañarme al anchuroso río  
orlado de nenúfares y espumas,  
humedeciendo en el cristal movable  
mi clámide de plumas.  
Y por la tarde, cuando el sol expira  
tras su carrera vasta  
en su lecho de nubes y arreboles,  
vuelvo al hogar, donde me aguarda siempre  
mi compañera casta,  
aquella que me quiere hace cien soles

con fiel cariño y con amor constante,  
desde que pudo verme cierto día  
vagando sobre cúspides errante.  
En un pequeño quicio  
junto a mi hogar, colgado  
en las fauces de un hondo precipicio,  
las alondras y oscuras golondrinas  
sus nidos han formado  
con las yerbas más suaves y más finas,  
como buscando protección. Alegres  
me siguen, si de pronto  
en las mañanas tibias  
al éter me remonto,  
puro y azul, y mi regreso espían  
cuando al fulgor postrero  
del crepúsculo vuelvo a la montaña,  
asomando las tiernas cabecitas  
y metiéndolas luego en su agujero  
para sacarlas otra vez. No temen  
el poder de las águilas,  
que no hacen de él alarde  
en unos pajarillos infelices,  
sino contra el cobarde  
milano vil, que en la feraz campiña,  
si devoramos una presa, a veces  
quiere igualarse con nosotros, cuando,  
dignas de su bajeza y su rapiña,  
le tocan a él las despreciables heces.

Yo soy la imagen de la fuerza. Nadie  
a mis dominios sube

sin que pague muy cara su osadía.  
De un rápido aletazo  
divido en dos la nube  
cuando se atreve a importunarme. Un día  
un cazador, oculto entre las breñas,  
me disparó sus balas,  
y con un solo golpe de mis alas  
rodó aturdido por las duras peñas.  
Si mi vuelo lo oprime,  
el aire de la agreste cordillera  
a mis costados gime  
cediéndome lugar. Sin sacudidas  
me elevo a los espacios audazmente,  
con las alas tendidas  
y con el cuello rígido. Las ráfagas,  
vagabundas e inquietas,  
siguen mi huella en turbas ladradoras,  
como queriendo conocer conmigo  
la cuna en que nacieron los planetas  
en cendales magníficos de auroras.

El viejo invierno es el mejor amigo  
que tengo por el cielo;  
el viejo invierno, que una vez al año  
de su alcázar de hielo  
sale crudo y huraño,  
y rompiendo los odres de los vientos,  
y soltando los líquidos raudales,  
cruza por los abismos siderales  
ceñido de relámpagos sangrientos.  
Yo conozco las fraguas donde viven

los terribles Vulcanos del vacío  
haciendo sus ensayos,  
y envueltos en sus mantos —nubarrones  
oscuros y andrajosos—  
templan los haces de encendidos rayos  
al compás de los truenos pavorosos.  
Al ruido, los lejanos aquilones  
como un tropel de fieras,  
rugen desde el confín, los huracanes  
despliegan sus fantásticas banderas,  
óyense ayes profundos,  
derrotados se escapan los vestiglos,  
y parece otra vez que se repite  
la gestación de los actuales mundos  
en el oscuro seno de los siglos  
Al ígneo sol, a él mismo,  
lo miré arrebujarse entre su manto,  
pálido ya de espanto.  
Huí entonces del abismo  
ensordecido por aquella guerra,  
como por el rumor estrepitoso  
de una inmensa catástrofe... La tierra  
tiritaba de pánico y de frío.  
Y envuelta en la vorágine  
de un gran viento bravío  
que a su paso tronchaba  
de las selvas los árboles gigantes,  
llegué a amparar mi tímido polluelo,  
en tanto que la sierra vacilaba  
sobre su eterna base de diamantes  
bajo la inmensa cólera del cielo.  
Pero si la borrasca me echa al nido  
y ante su empuje cedo,

¿quién otro me ha infundido  
el vergonzoso miedo?  
El mar que a la ribera  
sujetan con amarras,  
ocultas, ciegas e inmutables leyes,  
no ha intimidado mi arrogancia fiera  
al azotarme con furor las garras  
clavadas al peñón. La cruel pantera,  
desde su bosque de bambúes frágil  
en vano ruge para mí. Y el tigre  
manchado, aleve y ágil,  
nunca hundirá sus aceradas uñas  
en mis carnes. El rudo  
rinoceronte de pesados miembros,  
de groseras pezuñas  
y cuerno poderoso,  
no puede echarse sobre mí. Ni el oso,  
ni el león melenudo,  
el rey de los mamíferos feroces,  
que asorda con el trueno de sus roncas  
y prolongadas voces  
el bosque virgen y las cuevas broncas.

Si ellos rugen, yo grito;  
si ellos guardan la selva, yo los montes  
de entrañas de granito,  
los vastos horizontes,  
el grandioso infinito.  
Si un áspero pelaje  
les envuelve la piel, y con furioso  
ademán mueven la melena hirsuta,

yo tengo mi plumaje  
y mi penacho airoso.  
No les envidio la apartada gruta  
que tienen en los bosques seculares,  
ni sus garras retráctiles,  
ni sus robustos flancos,  
ni sus recios y elásticos ijares,  
ni los sutiles trancos,  
ni los hijuelos, ni su joven hembra  
que al vagar por cañadas y por cauces  
ebria de amor, las fauces  
abre gimiendo y el espanto siembra.  
Porque en las altas rocas escabrosas  
un nido tengo. Porque son mis garras  
como las de ellos; y al costado mío  
jamás hundirse pudo  
la envenenada punta de los dardos,  
como si fuera un resistente escudo.  
Porque si tienen círculos de dientes,  
yo tengo un pico corvo y acerado  
en que han agonizado  
retorciéndose en vano mil serpientes.

Y en cambio ¿quién ostenta  
esta *movible cauda*,  
este firme timón en que confío  
para lanzarme al piélagos bravío  
de la oscura tormenta?  
¿Quién tiene el ala más potente y rauda  
que el ala que yo pongo en movimiento  
para cruzar el viento,

para azotar la gigantesca tromba  
que como cono hacia los cielos sube  
del irritado abismo de los mares,  
como si Dios, oculto en una nube,  
tirara de la red de grandes olas  
donde se agitan monstruos a millares?  
¿Quién tiene esta pupila irresistible  
que al espacio sin límites se tiende  
fulgurante y terrible,  
que es igual a una llama,  
si la salvaje cólera la enciende  
o si el amor la inflama;  
que percibe —al cernerse al medio día  
bajo los cielos altos—  
el vaivén de una rama,  
el corderillo en la florida loma,  
de la liebre los saltos  
y el volar de una cándida paloma;  
que en la serena noche despejada,  
de estrellas rutilantes coronada,  
mira brillar a Marte  
en el fondo del claro firmamento  
como si fuera un ojo  
fijo, enorme y sangriento?

Jove, que fue el señor de la ancha esfera,  
me destinó, en decretos inmortales,  
a ser su mensajera,  
a conducir los rayos celestiales.  
Y al quedar para siempre desolado  
su hermoso cielo, de esplendores lleno,

al extinguirse en el azul sagrado  
la alegre carcajada de los dioses  
y el olímpico trueno,  
triste vagué en el clamoroso espacio  
por misteriosas fuerzas sacudido,  
y fui a formar ni inaccesible nido  
más allá de las cúspides del Lacio.

Yo de la humanidad civilizada  
miré el día primero  
deslizarse tranquilo,  
y he conocido el báculo de Homero  
y la calva de Esquilo.  
Yo soy hermana de los genios. Ellos,  
con su numen ardiente,  
vuelan también a la región del cielo  
a libar con anhelo  
en la copa del éter transparente  
de la alma luz.

Yo soy el ave noble,  
el ave de la gloria,  
que los guerreros rudos  
conducen como nuncio de victoria.  
Yo estoy en los escudos  
donde se embotan las espadas fieras,  
en los cascos de bronce,  
en las sacras banderas.

Yo soy la reina de las aves. Todas,  
desde aquella que entona sus cantares  
en la verde arboleda,

hasta el petrel que sin temores rueda  
sobre el lomo encrespado de los mares,  
del huracán bajo la cruda saña,  
sujétanse a mi inmenso poderío;  
mi trono es la montaña  
y mi reino el vacío.

Yo soy emblema del valor. ¿Quién puede  
intimidarme alguna vez? ¿Qué obstáculo  
ante mi vuelo triunfador no cede?  
¡Nadie mi libre voluntad sujeta!  
El hombre, ese verdugo,  
que dice ser el dueño del planeta,  
no me ha impuesto su yugo!  
¿Qué leyes obedezco? ¿Qué ominoso  
poder mis fieros ímpetus dirige?  
En la tierra y el mar, ¿quién más pujante?  
Ni el que los orbes inflamados rige  
con su cetro gigante  
puede causar al águila un desmayo!  
No puede ni Dios mismo...

Calló el ave blasfema...

En ese instante  
un indignado y repentino rayo,  
hecha cadáver la arrojó al abismo  
en espantosa rotación. El trueno,  
de pavorosas amenazas lleno,  
bramó desde el confín del horizonte  
y un negro nubarrón que descendía,  
una lágrima fría  
vertió sobre la cúspide del monte!

## RIO GRANDE

A ESTEBAN GUARDIOLA.

Sacude, amado río, tu clara cabellera,  
eternamente arrulla mi nativa ribera,  
ve a confundir tu risa con el rumor del mar.  
Eres mi amigo. Bajo tus susurrantes frondas,  
pasó mi alegre infancia, mecida por tus ondas,  
tostada por tus soles, mirándote rodar. . .

Presa fui del ensueño. Tus guijarros brillantes  
me parecían gruesos y fúlgidos diamantes  
de un Visapur incógnito de rara esplendidez;  
y —en tu sonoro y límpido cristal de luna llena—  
vi el espejo de plata de una falaz sirena  
de torso femenino y apéndice de pez.

¡Oh infancia! ¡Quién te hubiera parado en tu camino!  
Dueño era de la lámpara de iris de Aladino,  
de su mágico anillo, de su feliz candor;  
como él tuve pirámides de gemas fabulosas,  
un alcázar magnífico, mil esclavas hermosas,  
y fue mi amada la hija de un gran emperador.

Mas, todo fue más frágil y breve que tu espuma,  
más efímero y vago que la temprana bruma,  
que sube de tus aguas hacia el celeste azur;  
arenas confundidas en tu glacial corriente,  
pájaros errabundos que buscan lentamente  
las vírgenes florestas que bañas en el Sur.

Lejos de estas montañas, en un lugar distante,  
soñaba con tu fresca corriente murmurante,  
como en la voz armónica de una amada mujer;  
con tus ceibas y amates y tus yerbas acuáticas,  
con tus morenas garzas, inmóviles y hieráticas,  
que duermen en tus márgenes al tibio atardecer.

Cuando volví a mirarte el opio del hastío  
me envenenaba, pero tu grato murmurio  
tornó a dar a mi espíritu una sedante paz;  
lavaste con tus olas sus agrías levaduras,  
mi corazón llenaste de cándidas ternuras,  
y una nueva sonrisa iluminó mi faz.

Amo tus grandes pozas de tonos verdeoscuros,  
tus grises arenales y los peñascos duros,  
con los que a veces trabas una furiosa lid;  
y tus abrevaderos, que cubren enramadas,  
donde su sed apagan las tímidas vacadas,  
como en las fuentes bíblicas el ciervo de David.

Las flores de tus ásperos y espesos matorrales,  
tus islotes cubiertos de espinos y chilcales,  
y los musgosos árboles que en tu margen se ven,  
y el gránulo de oro que en tus arenas brilla,

la raíz que como sierpe se sumerge en tu orilla,  
la rama que te besa con rítmico vaivén.

Tus aguas salutíferas me dieron nueva vida.  
Infatigable buzo, perseguí en su guarida  
a la ligera nutria debajo del peñón;  
crucé con fuerte brazo tus remolinos todos,  
conocí los peligros que ocultan tus recodos  
y me dejé arrastrar de tu canturria al son.

A veces, en las tardes, con perezoso paso  
he seguido tus márgenes, que el sol, desde el ocaso,  
dora con los destellos de su postrera luz,  
presa de una profunda, tenaz melancolía,  
tejiendo soñaciones de vaga poesía,  
que mi Tabor ha sido, pero también mi cruz!

¿Qué dicen los polífonos murmullos de tus linfas?  
¿Son risas de tus náyades? ¿Son quejas de tus ninfas?  
¿Pan tañe en la espesura su flauta de cristal?  
Oigo suspiros suaves... gimen ocultas violas...  
alguien dice mi nombre desde las claras olas,  
oculto en los repliegues del líquido raudal.

¡En vano estoy inquieto, clavado en tu ribera!  
No he de mirar, ¡oh náyade! tu verde cabellera,  
ni el jaspe de tus hombros, ni el nácar de tu tez;  
sólo percibo, bajo la superficie fría,  
—joyel de una cambiante y ardiente pedrería—  
cual súbito relámpago, un fugitivo pez.

De noche —en esas noches solemnemente bellas—  
una por una bajan del cielo las estrellas  
medrosas, en tu tálamo de aljófar a dormir;  
y cuando se despierta la virginal mañana,  
vestida con su túnica magnífica de grana,  
huyen a sus palacios de plata y de zafir.

En los postreros meses del tórrido verano  
semejas un medroso y claudicante anciano,  
de empobrecidas venas y de cascada voz;  
tus árboles parecen raquíticos enfermos,  
tus eras se transforman en miserables yermos,  
segadas por el filo de una candente hoz.

Por todos lados hallan los encendidos ojos,  
lajas resplandecientes, misérrimos rastros  
y pedregales agrios donde te encharcas tú;  
duermen las lagartijas su siesta en los barrancos,  
y la torcaz —del monte en los escuetos flancos—  
se queja bajo un cielo de vívido tisú.

Mas ya las nubes abren sus lóbregas entrañas;  
un diluvio benéfico desciende a las montañas,  
cien arroyos hirvientes hasta tu cauce van;  
arrastras en tu cólera los más robustos troncos,  
y —sacudiendo peñas y dando gritos roncós—  
pareces el hermano del hórrido huracán.

Pláceme así mirarte cuando a tu orilla acudo,  
cuando me precipito —enérgico y desnudo—  
en tus revueltas aguas que reventar se ven;

y aspiro de tus bosques el capitoso efluvio  
y pienso que eres una corriente del diluvio  
que fragorosa bate mi palpitante sien.

Porque amo todo aquello que es grande o es sublime:  
el águila tonante, no el pájaro que gime,  
el himno victorioso, no el verso femenil;  
las mudas, y solemnes, y vastas soledades,  
los lúgubres abismos, las fieras tempestades,  
todo lo que es soberbio, grandioso o varonil!

Te amo por eso cuando con vigorosas alas,  
te cruza —mientras turbio y aterrador resbalas—  
lanzando gritos ásperos el martín-pescador;  
y, columpiando agrestes parajes nemorosos,  
vas a asustar los viejos caimanes escamosos,  
tendidos en la costa con plácido sopor.

Sigue rodando, oh río, por tus eternos cauces,  
ve a endulzar del enorme Pacífico las fauces,  
sé un manantial perenne de vida y de salud;  
muy pronto iré a tu orilla, con ánimo cobarde,  
bajo la paz augusta de una tranquila tarde,  
a recordar mi loca y ardiente juventud.

Mañana —cuando me haga sus misteriosas señas  
la muerte— bajo un lote de cardos y de breñas,  
en una humilde fosa tendré que reposar;  
sin que ninguno inscriba, pues de verdad nadie ama,  
sobre una piedra mísera y tosca un epigrama  
piadoso, que a las gentes convide a meditar.

Pero mi oscuro nombre las aguas del olvido  
no arrastrarán del todo; porque un desconocido  
poeta, a mi memoria permaneciendo fiel,  
recordará mis versos con noble simpatía,  
mi fugitivo paso por la tierra sombría,  
mi yo, compuesto extraño de azúcar, sal y hiel.

Envuelto en un solemne crepúsculo inefable,  
dirá tal vez pensando en nuestro ser variable:  
—“Cual nuestro patrio río su espíritu fue así:  
soberbio y apacible, terrífico o sereno,  
resplandeciente de Astros o turbido de cieno,  
con rápidos y honduras, y vórtices.” Tal fui.

Tal fui, porque fui hombre, oh soñador ignoto,  
pálido hermano mío, que en porvenir remoto  
*recorrerás las márgenes que mi tristeza holló.*  
¡Que el aire vespertino refresque tu cabeza,  
la música del agua disipe tu tristeza  
y yazga eternamente, bajo la tierra yo!

## AGUILAS Y CONDORES

A ALEJO S. LARA.

*Para ti, gran inteligencia y gran corazón, que —en el augusto silencio de la amistad— enflotaste mi lira y me tendiste la mano. Mi espíritu augur —a través de la diaria vida mediocre— hace un signo a tu alma patricia —veneta o florentina— tu emente capaz de amar, sentir y comprender*

J. R. M.

Portaliras ilustres de nuestro Continente:  
miremos el futuro con ojos de vidente,  
con ojos que irradiasen —de sus cuencas sombrías—  
la luz de las más grandes y fuertes profecías;  
la luz de Juan —con su águila y su delirio a solas—  
frente al eterno diálogo de las convulsas olas,  
que oyeron —bajo un cielo de horror y cataclismo—  
las cosas que le dijo la lengua del abismo;  
voces de Dios: hipérboles, parábolas y elipsis,  
que truenan en el antro del negro Apocalipsis!

¿Hermanos no seremos en la América?

Todos  
nacimos de los gérmenes vitales de sus lodos:  
desde el rubio hiperbóreo que en el norte domina  
hasta el centauro indómito de la pampa argentina,  
que rige los ijares de su salvaje potro  
como las ruedas rítmicas de su máquina el otro,  
cual si quisieran ambos —hinchidos de arrogancia—  
suprimir el obstáculo del tiempo y la distancia.

Para Dios —que los orbes con su palabra crea;  
que, antes que el viejo cosmos, hizo el *fiat* de la idea,  
dando así —en la medida de su alto pensamiento—  
más valor a una sílaba que a todo el firmamento,  
porque hay una mecánica más divina y completa  
en una hermosa idea que en el mejor planeta;  
para ese Dios que todo lo ve, lo pesa o traza,  
no hay en el Nuevo Mundo más que una sola raza,  
raza que tiene sonos de próxima marea  
a los pies de los Andes: muralla ciclopea,  
dragón en cuyo dorso se erizan cien volcanes,  
que barre con su apéndice el mar de Magallanes,  
y tritura en sus dientes —en la región del bóreas—  
un enorme oso blanco: las tierras hiperbóreas.

¿Quién habla de conquistas fatales?

El destino  
nos lleva a grandes pasos de luz por el camino  
que se hunde en las abruptas gargantas de la historia.  
Calienta nuestros éxodos un almo sol de gloria;  
de otras razas cargamos los cíclicos escombros  
para oprimir en ellos nuestros hercúleos hombros;  
cortamos en los bosques las más ilustres palmas;  
fundimos en las almas antiguas nuestras almas;  
seguimos, como norma de vida, los ejemplos  
máximos; el Dios único se adora en nuestros templos;  
somos los herederos de un mundo amortajado.  
¿Qué hacer con ese enorme depósito sagrado?  
¡Un manantial de bienes, magnífico y fecundo!  
Cuando Dios nos donara este soberbio mundo;

cuando trazó a Colombo su misteriosa estela,  
soplando —desde el cielo— la lona de su vela;  
cuando le envió —del fondo de incógnitas orillas—  
como señal de tierra, sus algas amarillas;  
cuando empujó benigno, con invisibles manos,  
la popa en que los graves patriarcas puritanos,  
confiándose en su biblia, iban cantando en coro,  
sobre las turbias aguas del piélago sonoro,  
para que —en las enormes y hostiles soledades—  
alzaran sus soberbias y cíclicas ciudades;  
cuando envió sus ciclones y sus borrascas fieras  
a Cabral —arrojándole a costas brasileras—  
para que las sublimes trompetas de la fama  
proclamasen su nombre con el del alto Gama,  
y el genio lusitano brillara prepotente  
desde el remoto Oriente al lejano Occidente,  
no fue para dar vida a razas de Caínes,  
¿cómo iban a ser esos sus misteriosos fines?

Fue para que —de América en el feliz regazo—  
nos diéramos eterno y fraternal abrazo  
de amor —de los dos mares al gigantesco arrullo—,  
de sus florestas tórridas al lírico murmullo,  
donde el Pan del futuro ensayará su flauta  
ajustando sus sonos a una divina pauta  
de paz.

Junto a los ríos de milenarios cauces,  
donde abreviar pudieran sus sitibundas fauces,  
—sin que faltara un átomo de su raudal ameno—  
los corceles de Atila, de Tamerlán y Breno!

¡Razas del Nuevo Mundo! Pueblos americanos:  
en este Continente debemos ser hermanos,  
bajo el techo de estrellas de nuestro Eterno Padre;  
la madre de nosotros es una misma madre,  
es una misma Niobe, que nos brindó su seno,  
de calor, y de leche, y de dulzura lleno;  
inagotable seno cuyo licor fecundo  
dará la vida a todos los huérfanos del mundo.  
Que la discordia huya de esta fragante tierra;  
cerremos las dos puertas del templo de la guerra;  
en el Tártaro rueda la caja de Pandora.

¿Acaso no os alumbra una feliz aurora?

Ya despuntó. Un Apolo más joven y bizarro  
sujeta a su cuadriga el argentino carro.  
Parte como un relámpago. En el azul sereno  
repercute su fuga como un alegre trueno.  
Una luz de milagro en el Oriente asoma.  
Voló del Arca sobre la tierra una paloma  
para escrutar el légamo de los viejos diluvios.  
Un viento matutino, plétorico de efluvios,  
sobre todas las frentes de la América avanza.  
Cada pecho es como urna de paz y de esperanza;  
florecen nuevas rosas en agresivos cardos;  
las llagas se suavizan con unguentos de nardos;  
los crótalos de la ira no vierten sus ponzoñas;  
aceites de consuelo se ven en las carroñas;  
Caín —con su salvaje melena alborotada—

no blande enloquecido su criminal quijada;  
un cántico armonioso preludian las mareas. . .

¿Qué miro?

Grandes hordas de pueblos y de ideas  
vienen sobre la música de las mareas sordas;  
revueltas muchedumbres, cosmopolitas hordas,  
y gentes, y mesnadas, y pueblos, y naciones.  
Escucho la pisada febril de sus talones,  
el latir de sus pechos —hirvientes como fraguas—  
sus lenguas, como el grave rumor de muchas aguas;  
oigo sonar sus místicos y melodiosos bronces,  
glorificando al Dios del Universo.

Entonces

El ha de ver —del fondo de su divino cielo—  
pasar, bajo las nubes, un fragoroso vuelo,  
un gran tropel de pájaros de gritos resonantes,  
una bandada de águilas y cóndores gigantes,  
unánimes, encima de los más altos montes,  
perdiéndose en sublimes y azules horizontes.  
¡Y ante esa visión de aves, fortísimas y hurañas,  
tendrá como un gran gozo de miel en las entrañas!

## SALUTACION A LOS POETAS BRASILEROS

PARA FLAVIO LUZ Y ELYSIO DE CARVALHO.

Con una gran fanfarria de roncós olifantes,  
con versos que imitasen un trote de elefantes  
en una vasta selva de la India ecuatorial,  
quisiera saludaros —hermanos en el duelo—  
en las exploraciones por la tierra y el cielo,  
en el martirologio de los circos del mal.

Mi Pegaso conoce los azules espacios.  
Su cola es un cometa, sus ojos son topacios,  
el rubio Apolo y Marte cabalgaran en él;  
relinchará en los céspedes de vuestro bosque umbrío,  
se abrevará en las aguas de vuestro sacro río,  
y dormirá a la sombra de vuestro gran laurel!

Venir pude en la concha de Venus Citerea,  
sobre el áspero lomo del León de Nemea,  
en el ave de Júpiter o en un fiero dragón;  
en la camella blanca de una reina de Oriente,  
en el cuerpo ondulante de una alada serpiente,  
a bordo de la lírica galera de Jasón.

O en la fornida espalda de un genio misterioso,  
o envuelto en la voráGINE de un viento proceloso,  
o de una negra nube en el glacial capuz;  
en la marea argentina de una luna de mayo,  
asido del relámpago flamígero de un rayo,  
o con los duendes gárrulos que juegan en la luz.

Mas en Pegaso viene desde remotos climas,  
—señor, príncipe, rey o emperador de rimas—  
sobre el confuso trueno del piélagos febril:  
¡Salve al coro de Anfiones de estas tierras fragantes!  
¡A todos los Orfeos del país de los diamantes!  
¡A todos los que pulsan su lira en el Brasil!

Tal digo, hermanos míos en la prosapia ibérica.  
Saludemos la gloria futura de la América,  
que todas las espigas se junten en un haz.  
Unamos nuestras liras y nuestros corazones,  
que ha llegado el crepúsculo de las anunciaciones,  
para que baje el ángel de la celeste paz!

Augurio de ese día se ve en el horizonte.  
Hoy tres aves volaron desde un florido monte;  
yo las miré perderse en el naciente albor:  
un cóndor —que es el símbolo de la fuerza bravía—  
un buho —que es el símbolo de la sabiduría—  
y una paloma cándida —símbolo del amor.

Dijo el cóndor, gritando: la unión da la victoria,  
el buho, en un silbido: el saber da la gloria,  
la paloma, en su arrullo: el amor da la fe.  
Yo —que escruto el enigma de nuestro gran destino—  
ante el casual augurio del cielo matutino,  
siguiendo los tres pájaros en éxtasis quedé.

Pero Pegaso aguarda. Sobre su fuerte lomo  
gallardamente salto en un instante, como  
el Cid sobre Babieca. Me voy hacia el azur.  
¿Acaso os interesa mi suerte misteriosa?  
¡Buscadme en mi magnífico palacio de la Osa,  
o en mi torre de oro, junto a la Cruz del Sur!

## AUTOBIOGRAFIA

Nací en el fondo azul de las montañas hondureñas. Detesto las ciudades, y más me gusta un grupo de cabañas perdido en las remotas soledades.

Soy un salvaje, hurraño y silencioso a quien la urbana disciplina enerva, y vivo —como el león y como el oso prisioneros— soñando en la caverna.

Fue mi niñez como un jardín risueño, donde —a los goces de mi edad esquivo— presa ya de la fiebre del ensueño, vagué *dolientemente pensativo*,

sordo a la clamorosa gritería de muchos compañeros olvidados, que fue segando sin piedad la fría hoz implacable de los negros hados.

¡Todos cayeron en la fosa oscura!  
Fue para ellos la vida un triste dolo,

y —el corazón preñado de amargura—  
me vi de pronto inmensamente solo.

¿Qué se hizo aquel cuya gentil cabeza  
era de sol? ¿El jovencito hercúleo  
que burlaba en la lucha mi destreza?  
¿El dulce efebo de mirar cerúleo?

¿El que bajaba el más lejano nido?  
¿El más alegre y mentiroso? ¿El zafio?  
¿Para los tristes escribió el olvido  
en el nómade viento, un epitafio...!

¡Hada buena la muerte fue para ellos!  
No conocieron el dolor. La adusta  
vejez no echó ceniza en sus cabellos,  
ni doblegó su juventud robusta!

Desde mi infancia fui meditabundo,  
triste de muerte. La melancolía,  
fue mi mejor querida en este mundo  
pequeño, y sigue siendo todavía.

Sentí en el alma un natural deseo  
de cantar. A la orilla del camino,  
hallé una lira —no cual la de Orfeo—  
y obedezco el mandato del destino,

tan ciegamente, que mañana —cuando,  
tránsfuga de la vida, me deserte—  
quizás celebre *madrigalizando*  
mis tristes desposorios con la muerte.

No he sido un hombre bueno ni tampoco malo. Hay en mí una dualidad extraña: tengo mucho de cuerdo, algo de loco, mucho de abismo y algo de montaña.

Para unos soy monstruosamente vano; para otros muy humilde y muy sincero: al viejo Job le hubiera dicho —Hermano: dame tus llagas y tu estercolero.

Una existencia asaz contradictoria de placer y dolor, de odio y de arrullo, ha agitado mi ser: tal es la historia de mi sinceridad y de mi orgullo.

Goces mortales y terribles duelos, toda ventura y toda desventura, exploraciones por remotos cielos, enorme hacinamiento de lectura;

despilfarro de vida sensitiva, abuso de nepentes; los cilicios mentales; *l'alma como carne viva*; la posesión de prematuros vicios;

las miserias del medio; ansias de gloria que llega tarde; estar organizado para la lucha y para la victoria, y ser, a pesar de eso, un fracasado.

¡Todo conspira a hacer horriblemente triste al que asciende las mentales cumbres

y a que cruce —con rostro indiferente  
o huracán— entre las vanas muchedumbres!

¡Ah, mi primera juventud! ¡La cierta,  
la única juventud, la que es divina!  
“Lejos quedó la pobre loba, muerta”,  
asesinada por mi jabalina.

Al mirarme al espejo ¡cuán cambiado  
estoy! No me conozco ni yo mismo;  
tengo en los ojos, de mirar cansado,  
algo del miedo del que ve un abismo.

Tengo en la frente la indecible huella  
de aquel que ha visto, con la fe perdida,  
palidecer y declinar su estrella  
en los arcanos cielos de la vida.

Tengo en los labios tímidos —en esos  
labios que fueron una rosa pura—  
la señal dolorosa de mil besos  
dados y recibidos con locura,

*en dulce cita o en innoble orgía*  
cuando, al empuje de ímpetus fatales,  
busqué siempre la honrosa compañía  
de los siete pecados capitales;

y era mi juventud, en su desgaire,  
como un corcel de planta vencedora,  
que se lanzaba a devorar el aire,  
relinchando de júbilo a la aurora.

Tengo en todo mi ser, donde me obliga  
algo a callar mi doloroso grito,  
una inmensa fatiga: la fatiga  
del peso abrumador del infinito.

La gran angustia, el espantoso duelo,  
de haber nacido, por destino arcano,  
para volar sin tregua en todo cielo  
y recorrer sin rumbo todo océano.

Para sufrir el mal eternamente  
del ensueño; y así, meditabundo,  
vivir con las pupilas fijamente  
clavadas en el corazón del mundo;

en el misterio del amor sublime,  
en la oculta tristeza de las cosas,  
en todo lo que calla o lo que gime,  
en los hombres, las bestias y las rosas;

y dar a los demás mi risa o llanto  
la misma sangre de mis venas, todo,  
en la copa mirífica del canto,  
hecha de gemas, de marfil o lodo;

y no dejar para mis labios nada;  
y vivir, con el pecho dolorido,  
para ver que, al final de la jornada,  
mi sepultura cavará el olvido.

Hoy, que llegué a la cumbre de los años,  
ante la ruta que a mis pies se extiende,

pongo los ojos, de terror, huraños;  
mas exclama una voz: sigue y asciende!

Mas ¿para qué, señor? ¡Estoy enfermo!  
¡Me consume el demonio del hastío!  
¡Toda la tierra para mí es un yermo  
donde me muero de cansancio y frío!

He abrevado mis ansias de sapiencia  
en toda fuente venenosa o pura,  
en los amargos pozos de la ciencia  
y en el raudal de la literatura.

## DESPUES QUE MUERA

Tal vez moriré joven... Los amigos  
me vestirán de negro,  
y entre dolientes y llorosos cirios  
de pálidos reflejos,  
colocarán con cuidadosas manos  
mi ya rígido cuerpo,  
poniendo mi cabeza en la almohada,  
mis manos sobre el pecho.

Una lágrima fría, más amarga  
que una gota de ajeno,  
correrá de mis párpados inmóviles  
mi rostro humedeciendo,  
hasta perderse entre mis labios lívidos,  
entre mis labios yertos,  
contraídos por mi última sonrisa,  
mi sonrisa de muerto.

En la vecina y bulliciosa estancia  
mis amigos bebiendo,  
con juvenil franqueza y desenfado  
harán de mí recuerdos:

Fue un soñador. —¡Qué lástima! —¡Tan joven!  
—¡Parece mentira esto!  
—Ayer no más hablaba con nosotros  
de amores y de versos.

Ya colocado entre la estrecha cárcel  
del ataúd modesto,  
la tapa clavará con su martillo  
un rudo carpintero.  
Después, los seis amigos que me quieran  
con más íntimo afecto,  
me llevarán sobre sus fuertes hombros  
al triste cementerio.

En una huesa lúgubre y profunda,  
en un hoyo siniestro,  
colocarán, para arrojarle tierra,  
el imponente féretro.  
Enterrado seré... La comitiva,  
“descanse en paz” diciendo,  
me dejará, me dejará muy solo,  
en brazos del misterio.

Los días correrán, y lentamente  
se han de podrir mis miembros,  
y he de ser, por la ley de la materia,  
un puñado de cieno.  
Mas, entre esos despojos miserables,  
entre ese lodo infecto,  
germinará, ¡oh vida de mi muerte,  
mi amor almo y eterno!

No llenará la cuenca de mi cráneo,  
la masa del cerebro,  
para mandarte, al mundo donde vivas  
dichosa, un pensamiento,  
ni el corazón palpitará como antes  
en mi podrido pecho,  
para quererte con amor mundano  
de la tumba en el seno.

Pero cada molécula, cada átomo  
de mis informes restos,  
y cada ser que la existencia deba  
a mi ser descompuesto,  
ha de llevar en su interior un poco  
de este inmortal afecto,  
algo que te recuerde entre los vivos  
al olvidado muerto.

Verás una sombría mariposa,  
en las noches de invierno,  
entrar por las ventanas de tu alcoba  
a esconderse en tu lecho,  
revoloteando allí... Seré yo mismo,  
convertido en insecto,  
que llegaré del viejo camposanto  
a cubrirte de besos.

Y si vaga tu espíritu en los limbos  
del éxtasis supremo,  
oirás entre las sombras de tu estancia  
armonioso aleteo,

seráfico rumor . . . Será mi alma  
que, desde el alto cielo,  
llega al triste planeta de los hombres  
para velar tu sueño.

Después, cuando tú mueras, una noche  
de calma y de silencio,  
arrojaré con las huesosas manos  
la tierra de mi féretro;  
y a la luz de un doliente plenilunio,  
contemplarán los muertos,  
con los brazos en cruz y de rodillas,  
orando un esqueleto!

## NOSTALGIA

¡Oh bosques silenciosos y salvajes  
en los que armado de la elástica honda,  
seguido de mis locos compañeros  
penetré audaz, y de la fresca copa  
de los árboles hice con mi tiro  
caer a las selváticas palomas,  
entre aleteos raudos y convulsos  
y una explosión de plumas y de hojas!

¡Oh patrio río a cuya margen húmeda  
crecen las ceibas y los lirios brotan,  
que vi correr mientras tendido estaba  
sobre el áspero dorso de una roca;  
o, que, incansable y sin temor partía  
nadando de una orilla hasta la otra,  
en tanto que la turba de los niños,  
gritos lanzaba en la revuelta poza!

¡Inmensos llanos de fragante grama  
que un sol canicular tuesta y agosta,  
donde pasé, cogiendo florecillas,  
dulces instantes de mi infancia loca!

¡Monte florido que a su falda agreste,  
atada con las lianas trepadoras,  
se alza una cruz, en la que puse un día  
ramos de pino y rústicas coronas!

¡Humilde cementerio donde yacen  
bajo modestas y olvidadas fosas,  
muchos que me quisieron en un tiempo  
y que olvidó hace tiempo mi memoria:  
seres queridos que sin penas duermen  
de los árboles viejos a la sombra,  
sin que una mano adorne sus sepulcros  
que la lluvia y los vientos desmoronan!

¡Hogar, pequeño hogar de mis abuelos  
donde en modesta y reducida alcoba,  
abrí los ojos a la luz del día  
y el pulmón a las auras bienhechoras;  
donde me espera con amantes brazos  
para estrecharme delirante y loca,  
la noble madre que me dio la suerte  
para consuelo de mi vida toda!

De vosotros, boscajes silenciosos,  
llanos que el sol canicular agosta,  
monte aromado y turbulento río,  
yo tengo la nostalgia abrumadora.  
¡Quiera Dios que en los brazos de mi madre  
muera al fin, y me entierren en la fosa  
que abran bajo los pinos hondureños  
en las entrañas de una enorme roca!

## LA CALAVERA DEL LOCO

Le cortaron la cabeza  
a un desventurado loco  
que de un mal desconocido  
se murió en el manicomio,  
y arrojáronla al jardín  
donde, a la hora del bochorno,  
él hablaba con las rosas  
y con los claveles rojos,  
o con aire de sonámbulo  
recitaba sus monólogos.

Cayéronse los cabellos  
con los músculos del rostro,  
y se comieron las aves  
a picotazos los ojos;  
coció el sol dentro del cráneo  
como si fuera en un horno,  
el cerebro, y en gusanos  
fatídicos y horrorosos  
transformóse aquella masa  
de células y de fósforo.

Después cuando el jardinero  
del jardín del manicomio  
sacudió la calavera  
entre sus dedos callosos,  
surgieron alborotadas  
mil mariposas de oro.  
Brillaron chispas extrañas  
en las cuencas de los ojos  
y chocaron como riéndose  
las mandíbulas del loco.

## A UN PINO

Oh pino, oh viejo pino de mi tierra,  
que del monte en la cima culminante,  
alzas tu copa rumorosa y verde  
meciéndote al impulso de los aires.

¿Cuántos años hará que no se atreven  
los rayos de las nubes a tocarte,  
como a los compañeros de tu infancia  
que calcinados por el suelo yacen?

Ellos —en una noche tenebrosa  
preñada de terribles tempestades—  
alumbraron, ardiendo como teas,  
la montaña y las sombras insondables.

Cruzaban mil relámpagos el cielo  
como rojas culebras deslumbrantes;  
todos los vientos en tropel rugían  
como las fieras cuando tienen hambre.

Las negras cataratas de los cielos  
dieron suelta a sus líquidos raudales,

y los profundos y espumosos ríos  
se desbordaron por las anchas márgenes.

Las rudas alimañas de los bosques  
huyeron a la cueva a refugiarse,  
y el hombre mismo se entregó al espanto  
bajo el techo que cubre sus hogares.

Al descorrer la aurora en el oriente  
de su balcón los rojos cortinajes,  
vió que los pinos que a tu lado estaban  
no eran más que pavesas humeantes.

Mientras que tú, de la mortal catástrofe  
testigo fiel, erguido te quedaste,  
lleno de savia y robustez y vida  
bañado por las luces matinales.

Mas adherido a la infecunda roca  
con la invencible garra de tus raíces,  
cual si te hubiese vuelto aquella prueba  
más fuerte, más viril y más pujante.

Te han visto así los soles y los años  
sin que su huella en tu corteza graben;  
te conocen las lluvias y los vientos,  
las nubes y los pobres caminantes.

Viajero por los montes hondureños  
erizado de escuetos peñascales,  
muerto de sed y de cançancio, un día  
me recosté al frescor de tu follaje.

En tanto, libre del poder del freno  
y el agudo espolón del acicate,  
mi hambriento potro alrededor pacía  
la verde hierba que a tus plantas nacc.

Una corriente cristalina y pura  
que los declives que te cercan lame,  
iba de precipicio en precipicio  
como buscando en las cañadas cauce.

Llevando el seco polvo de las cumbres,  
los agrestes aromas de los valles,  
un rumoroso y gemebundo viento  
pasaba desgarrando tu ramaje.

Así —apoyada a tu robusto tronco  
la sudorosa sien— me halló la tarde:  
náufrago de contrarios pensamientos,  
perdido en las inmensas soledades.

Pensé en la triste suerte de mi patria  
víctima eterna de la *ley del sable*,  
en el destino que me guarda el hado,  
en el hogar y en mis humildes padres.

Vertí con pena una rebelde lágrima,  
condensación de todos mis pesares,  
sin más testigos que el inmóvil bruto  
y un solitario gavilán errante.

Después, grabando en tu áspera corteza  
con un puñal mis letras iniciales,

bajé por las pendientes pedregosas  
batiendo del caballo los ijares.

Los tiempos han corrido desde entonces  
raudos sobre los dos, pero ¡quién sabe  
si te levantes más altivo y joven  
que aquella vez que sombra me brindaste!

No como tu cantor, que en la mañana  
de su existir, empieza a doblgarse  
al soplo de los vientos de la vida,  
sin fuerzas, sin amor, sin ideales.

El cielo quiera que otra vez te mire  
sobre las altas cimas de mis Andes,  
que apoyada en tu tronco mi cabeza  
de las fatigas y del sol descanse.

Y que si acaso el leñador un día  
el hacha férrea para herirte blande,  
vayas a ser en la pajiza choza  
lumbre que alegre su feliz semblante.

Cubran tus hojas, como alfombra verde,  
los atrios y las plazas y las calles,  
o, convertido en asta, en un extremo  
que flote de mi patria el estandarte.

No te conviertan las civiles luchas  
en antorcha que incendia las ciudades,  
ilumine matanzas fratricidas,  
lívidos charcos de hondureña sangre.

Mas si el hombre y los rayos te respetan,  
si el huracán sañudo no te abate,  
quiero, al morir, que te derriben, oh árbol,  
y que la sierra te divida en partes.

Que me construyan con tus pobres tablas  
el ataúd donde mis huesos guarden,  
y con tus ramas una cruz humilde  
donde se posen a cantar las aves.

ADIOS A HONDURAS  
(VAPOR COSTA RICA. 1892)

Voy a partir: adiós! La frágil nave,  
deslizándose suave,  
lanza a los cielos su estridente grito;  
y el humo ennegrecido que respira,  
en colosal espira  
asciende a la región de lo infinito.

Las alas de oro, lánguida y cobarde  
pliega la mustia tarde  
en la insondable cuenca del vacío,  
como águila cansada que al fin toca  
su nido en la alta roca,  
y se recoge, trémula de frío.

Quebrándose en el vidrio de los mares  
los destellos solares  
las espumas blanquísimas inflaman;  
y como hambrientas e irritadas fieras  
—mordiéndolo las riberas—  
las bravas ondas estallando braman.

El viejo sol, que su esplendor difunde  
desde el ocaso, se hunde  
con un nimbo de vivas aureolas;  
el alción fatigado el ala cierra,  
y se aduerme la tierra  
al sollozar de las hinchadas olas.

¿Por qué, por qué con la mirada incierta  
sigo, desde cubierta,  
la dirección del puerto de Amapala,  
si el vapor, con seguro movimiento,  
sobre el blando elemento  
en busca de otras playas se resbala?

¡Oh, tarde melancólica! ¡Oh, astro  
que luminoso rastro  
dejando sobre el mar, en él te hundiste!  
¡Oh, vagabundas nubes! ¡Oh, rumores:  
afanes punzadores  
llevo en el alma, dolorida y triste!

No es el amor el que a sufrir me obliga  
y el corazón me hostiga  
al despedirme de mi tierra ruda;  
ni la ciega ambición desenfrenada  
que a la mente exaltada  
cual venenosa víbora se anuda.

Es un oculto y hondo sufrimiento,  
algo como un lamento,  
el recuerdo de lúgubres escenas,

el horrible chocar de los cuchillos,  
el roce de los grillos  
y el siniestro rumor de las cadenas.

¡Qué triste es ver que el cóndor de la cumbre  
al foco de la lumbre  
vivifica del sol el ala tienda,  
y de repente, al mutilarlo un rayo,  
en tremendo desmayo  
en espantosa rotación descienda!

Como ese cóndor del crestón bravío  
el noble pueblo mío  
movió a la libertad las grandes alas,  
y al remontarse a coronar su anhelo  
un audaz tiranuelo  
se las ha cercenado con las balas.

Así cual de la flor, rica en esencia,  
manchan con su excrecencia  
el purísimo cáliz los insectos,  
han deshonrado el hondureño solio  
—con torpe monopolio—  
mandatarios estúpidos y abyectos.

¡Oh, pobre patria! El que de veras te ame,  
en indolencia infame  
no mirará el ridículo sainete,  
sin que encamine, trágico y austero,  
el paso al extranjero,  
o a los histriones con las armas rete.

Por eso en tus fronteras montañosas  
sobre olvidadas fosas  
que baña el sol con sus ardientes luces,  
contempla el caminante, entre zarzales  
y abruptos peñascales,  
alzarse al cielo solitarias cruces.

Yacen allí, tras las batallas cruentas,  
las torvas osamentas  
de tus hijos más dignos y valientes,  
y que rodaron, en su rabia loca,  
de una roca a otra roca  
el cartucho mordiendo entre los dientes.

¡Ay! A pesar del largo despotismo  
que te empuja al abismo,  
a la nostalgia sin hallar remedio,  
mares cruzando y anchos horizontes,  
tornamos a tus montes  
porque nos mata un incurable tedio.

Vi humillada en el polvo la bandera,  
extinguida la hoguera  
del patriotismo, alzados los protervos,  
hundido el pueblo en vergonzosas cuitas,  
las águilas proscritas  
por una banda de voraces cuervos.

¡Vi! ¿Mas pudiera el pensamiento mío  
describir el sombrío  
lúgubre cuadro de baldón y mengua

que me llenara de indecible espanto?  
¡Vigor falta a mi canto  
y siniestros vocablos a mi lengua!

Cuando enaltece al déspota triunfante  
la poesía vibrante,  
es triste objeto de irrisión y mofa.  
¡Para el infame que a su pueblo abrumba  
con terror, la pluma  
puñal se vuelva, y bofetón la estrofa!

Los que sufrís en ocio envilecido  
sin lanzar un rugido  
el látigo ominoso del verdugo,  
¿por qué lloráis? ¡Bien merecéis, menguados,  
ser vosotros atados  
como los bueyes al innoble yugo!

Pero ¡qué exclamo! Perdonadme, amigos,  
que impasibles testigos  
no fuisteis nunca de la patria ruina,  
porque habéis muerto con valor sereno,  
coméis un pan ajeno  
o sufrís en hedionda bartolina.

Perdonadme también los que entre crueles  
burlas, en los cuarteles,  
atados de los pies y de los brazos,  
con fieros palos y con golpes rudos  
de los cuerpos desnudos  
la carne os arrancaron a pedazos.

Y tú también perdóname, oh robusta  
juventud, que a la justa  
ira cediendo, entre el común asombro,  
llevaste a cabo insólitas hazañas  
luchando en las montañas  
muerta de hambre y el fusil al hombro!

De la ciudad al triste caserío  
despertó al fin el brío,  
a tu voz, de los hijos de mi tierra;  
y en sus bases graníticas sentados  
los montes enriscados  
tu ronco grito repitieron: ¡guerra!

¿Por qué fue en balde el temerario arrojo  
con que en sublime enojo  
el pecho diste a la mortal metralla?  
¡Ahora que triste la mirada giro  
en derredor, te miro  
sin sepulcro en los campos de batalla!

¿Qué fue de aquellos que estreché las manos,  
que quise como hermanos  
en otros tiempos y mejores días?  
¿Dónde están? ¿Cuántos son? ¿Por qué se vedan?  
¡Ay! De ellos sólo quedan  
ilustres sombras y osamentas frías!

¡Todos murieron en la lucha fiera  
al pie de su trinchera,  
víctimas nobles de un brutal encono;

y hoy en Honduras, cometiendo excesos,  
alza, sobre sus huesos,  
un despotismo asolador su trono!

A los malvados que a su pueblo oprimen  
con el crimen, el crimen  
ha de poner a sus infamias coto,  
o volarán, odiados y vencidos,  
del solio, conmovidos  
por un social y breve terremoto.

Vendrá la redención... Me voy en tanto.  
La noche tendió el manto  
por la callada inmensidad del cielo,  
y cual del sol enamorada viuda  
melancólica y muda  
vierte la luna un resplandor de duelo.

La fresca brisa con su beso alivia  
mi frente que arde, y tibia  
aspiro una ola lánguida de aromas.  
¡Efluvio de mis rústicos alcores!  
¡Hálito de mis flores!  
¡Emanaciones de mis verdes lomas!

Queda la Isla del Tigre tras la quilla  
del vapor; el mar brilla  
salpicado de espumas luminosas,  
que se encadenan y que forman luego  
mil culebras de fuego  
sobre las negras aguas temblorosas.

## TUS MANOS

Manos liliales. Manos  
    como hostias consagradas  
que en las secretas misas  
    del amor adoré;  
manos en una nieve  
    radiosa cinceladas,  
que fui el primero y último  
    que en la vida besé.

Manos lácteas que fueron  
    más puras que el armiño,  
que tantas veces puse  
    sobre mi corazón;  
manos como las manos  
    de un ángel o de un niño  
manos como las manos  
    de Juana de Aragón.

Manos mías que tuve  
    entre las manos mías,  
en los tranquilos éxtasis  
    de amoroso solaz;

en cuyas suaves palmas  
en mis horas sombrías,  
hundí, desesperado,  
la *descompuesta faz*.

¡Oh, manos imposibles!  
¡Oh inolvidables manos  
que calmasteis, tocándome,  
mis fiebres de dolor!  
¡Hoy en la fosa os comen  
famélicos gusanos,  
sin que bañaros puedan  
mis lágrimas de amor!

¡Oh, manos descarnadas  
y amaclas! Que mi suerte  
a vuestro lado quiera  
mi sepultura abrir,  
para que así las manos  
de la divina Muerte  
os puedan con mis manos  
eternamente unir.

## A UN HERRERO

Buen herrero: sobre el yunque  
*con tu martillo golpeas,*  
aplastando el rojo hierro  
que la tenaza sujeta,  
y haciendo surgir al choque  
*un aguacero de estrellas.*

Pláceme verte en tu fragua,  
en tu ciclópea caverna,  
al resplandor del incendio  
que lame tu faz morena,  
enseñando esos dos biceps  
que envidiaran los atletas,  
y ese pecho de centauro  
por la camisa entreabierta.

Forja el arado potente  
que rompe la virgen tierra,  
para que caiga en su seno  
el germen de la cosecha;  
forja la hoz que abate a tiempo  
las rubias mieses que ondean,

miseses que irán a hacinarse  
en las trojas opulentas;  
forja la aguda cuchilla  
que al bravo toro degüella  
haciendo saltar a chorros  
la sangre de sus arterias;  
forja la sierra dentada  
que en los bosques y en las selvas,  
derriba los grandes árboles  
donde el rayo culebrea;  
forja el hacha poderosa  
para que los troncos muerda,  
y saque de sus entrañas  
el techo de una vivienda;  
forja la espada terrible  
que en la lucha, ardiente y fiera,  
los agravios nacionales  
lanzando reflejos venga;  
forja el puñal... mas no forjes  
esa arma aleve y siniestra,  
si se ha de volver un día  
una amenaza perpetua,  
de corazones honrados  
y de espaldas indefensas.

## LOS LEONES EN ACECHO

Extiéndese el crepúsculo  
—como una gran angustia—  
sobre una anciana selva del Africa del Sur.  
Hay un temblor de hojas  
en los medrosos árboles,  
y —cual pájaro herido—  
agoniza la luz.  
A la distancia cruzan, estirando los cuellos,  
los silenciosos buitres  
con solemne volar;  
junto a un turbido arroyo  
están agazapados  
dos leones, en acecho desde un cañaveral.  
Son hermosas las bestias.  
(Una es macho y otra hembra).  
Mírase entre los claros de verdura su piel,  
piel que fuera una clámide digna de las espaldas  
de un Hércules bravío de la Natura rey.  
Tienen el tórax fuerte;  
la faz ancha y soberbia  
(el macho una melena del cuello alrededor),  
y las inquietas colas, con que la yerba barren,

estallan en un áspero  
y vellos mechón.  
Entre las hojas muestran los húmedos hocicos;  
husmean el paraje con la roma nariz;  
y —listo el ágil tronco para saltar—  
aguardan,

a favor del crepúsculo,  
lo que está por venir.  
Tres esbeltas jirafas se mueven a lo lejos,  
abriéndose camino por espeso juncal;  
mas huyen.

Una rápida fuga de panteras  
(por las manchadas pieles) semejan por detrás.  
Luego un búfalo asoma  
con la cerviz en arco  
abrasadas las fauces  
por hidrópica sed.  
De súbito se para . . .  
investiga de lejos . . .  
y escapa fugitivo  
de la selva a través.

Una linda manada de antílopes, llevando  
al frente un viejo guía, un desconfiado orix,  
avanza con cautela . .

A prodigiosos saltos  
huyeron, el peligro mortal al presentir.

Gruñeron las dos fieras cuando llegó la noche,  
una africana noche de salvaje pavor,

y brillaron sus ojos terriblemente,  
como  
entre la negra fragua  
lucífero carbón.

Y de pronto —acercando sus fauces a la tierra—  
rugieron (aquel trueno hizo el bosque gemir),  
y, a través de la selva, solemnemente hurafia,  
a grandes trancos fuéronse en busca del cubil.

## METEMPSICOSIS

Del ancho mar sonoro fui un pez en los cristales,  
que tuve los reflejos de gemas y metales.  
Por eso amo la espuma, los agrios peñascales,  
las brisas salitrosas, los vívidos corales.

Después, aleve víbora de tintes caprichosos,  
magnéticas pupilas, colmillos venenosos.  
Por eso amo las ciénagas, los parajes umbrosos,  
los húmedos crepúsculos, los bosques calurosos.

Pájaro fui en seguida en un vergel salvaje,  
que tuve todo el iris pintado en el plumaje.  
Amo flores y nidos, el frescor del ramaje,  
los extraños insectos, lo verde del paisaje.

Tornéme luego en águila de porte audaz y fiero,  
tuve alas poderosas, garras de fino acero.  
Por eso amo la nube, el alto pico austero,  
el espacio sin límites, el aire vocinglero.

Después, león bravío de profusa melena,  
de tronco ágil y fuerte y mirada serena.

Por eso amo los montes donde su pecho truena,  
las estepas asiáticas, los desiertos de arena.

Hoy (convertido en hombre por órdenes oscuras),  
siento en mi ser los gérmenes de existencias futuras.  
Vidas que han de encumbrarse a mayores alturas,  
o que han de convertirse en génesis impuras.

¿A qué lejana estrella voy a tender el vuelo,  
cuando se llegue la hora de buscar otro cielo?  
¿A qué astro de ventura o planeta de duelo,  
irá a posarse mi alma cuando deje este suelo?

¿O descendiendo en breve (por secretas razones),  
de la terrestre vida todos los escalones,  
aguardaré, en el limbo de largas gestaciones,  
el sagrado momento de nuevas ascensiones?

## LUGUBRE FANTASIA

Inviernos fatídicos  
y enormes del polo,  
donde el escorbuto taladra los huesos  
y los navegantes viven como locos;

necrópolis viejas  
entre muros rotos,  
donde esperan los muertos que suene  
el Angel del Juicio su clarín sonoro;

extraños jardines  
de los manicomios,  
donde vagan los tristes reclusos  
recitando inconexos monólogos;

cruces olvidadas  
de maderos toscos,  
que señalan lugares de crímenes  
y que nadie les pone un adorno;

fríos hospitales,  
abiertos a todos,

impregnados de olores de pócimas,  
que llenan enfermos de lívidos rostros;

féretros que clavan  
martillos monótonos,  
mientras lloran los huérfanos niños  
con su madre en el cuarto mortuario;

campos de batalla  
donde ronda el odio,  
que —en la trágica noche— llenaron  
lamentos confusos, ayes angustiosos;

ensenadas pérfidas,  
insaciables golfos,  
donde el pulpo —esa araña monstruosa y horrible—  
acecha a los náufragos que ruedan al fondo;

tumbas de tres meses,  
pestíferos focos,  
en que los gusanos devoran las carnes,  
saciándose en ellos con lúgubre encono;

desiertos sin límites,  
sin sombras ni pozos,  
que han envuelto, al rugir los simunes,  
a las caravanas con olas de polvo;

planchas insensibles  
de los anatómicos,  
donde sufre la autopsia el cadáver  
con sonrisa amarga y espantados ojos;

cubiles de fieras,  
cubiles hediondos,  
en que están hacinados los huesos  
con que juegan los tiernos cachorros;

solitarias ruinas  
de tiempos remotos,  
donde vuelan las aves nictálopes  
y las víboras tienen sus hoyos;

ventisqueros trágicos,  
pasos alevosos,  
donde caen los viajeros de súbito,  
al cielo impasible pidiendo socorro;

ciénagas inmóviles,  
pantanos verdosos,  
donde sueña la fiebre, en su lecho  
de nenúfares, algas y lotos;

negros arrecifes  
y alevos escollos,  
donde han ido a estrellarse las naves,  
con la angustia y el pánico a bordo;

minas siberianas,  
laberintos y pozos,  
que han mirado la lenta agonía  
de ilustres vencidos en lances heroicos;

almenas malditas,  
garfios llenos de óxido,

que exhibieron las mustias cabezas  
que decapitaron los alfanjes corvos;

patíbulos viles,  
banquillos de oprobio,  
que empaparon la sangre y las lágrimas  
de los inocentes víctimas del odio:

¡Qué capricho lúgubre,  
—reflejo simbólico  
del dolor humano— pintara un artista,  
con la muerte danzando en el fondo!

## OJOS NEGROS

Ojos terribles y puros  
que me lanzáis el reproche,  
ojos que sois cual la noche,  
que sois cual la noche oscuros,  
ojos que miráis seguros  
luz derramando en derroche:  
plegad los párpados, broche  
de esos radiantes luceros,  
no me mireis tan severos,  
ojos que sois cual la noche!

Ojos que de extraña suerte  
me hacéis vivir o morir;  
ojos que me dais vivir  
para causarme la muerte,  
en vano pretendo fuerte,  
vuestro yugo sacudir:  
¡ya no puedo resistir  
esta esclavitud amada!  
¡Matadme de una mirada  
ojos que me hacéis vivir!

Ojos que lanzan centellas  
para ofuscarse ellos mismos;  
ojos que sois dos abismos  
donde brillan dos estrellas;  
ojos de pupilas bellas  
y de extraños magnetismos,  
¡por oscuros fatalismos  
que no me acierto a explicar,  
os vuelvo siempre a mirar,  
ojos que sois dos abismos!

Si por volveros a ver  
me causáis penas mortales,  
ojos que sois dos puñales,  
víctima vuestra he de ser,  
¡no me importa padecer  
sufrimientos eternos  
si las causas principales  
de mis penas merecidas  
serán vuestras mil heridas,  
ojos que sois dos puñales!



## PESCA DE SIRENAS

Péscame una sirena, pescador sin fortuna,  
que yaces pensativo del mar junto a la orilla.  
Propicio es el momento, porque la vieja luna  
como un mágico espejo entre las olas brilla.

Han de venir hasta esta ribera, una tras una,  
mostrando a flor de agua el seno sin mancilla,  
y cantarán en coro, no lejos de la duna,  
su canto, que a los pobres marinos maravilla.

Penetra al mar entonces y coge la más bella,  
con tu red envolviéndola. No escuches su querella,  
que es como el llanto alevé de la mujer. El sol

la mirará mañana —entre mis brazos loca—  
morir —bajo el divino martirio de mi boca—  
moviendo entre mis piernas su cola tornasol.

## EN LOS ESTEROS

El agua es verde. Verde la próxima espesura  
de los manglares, donde se oculta la ictericia,  
y un aire —todo unguado de luz y de frescura—  
*como una mujer tierna el rostro me acaricia.*

Algo como una suave y acuática dulzura  
llena el tedioso espíritu de una rara delicia,  
y la gentil mañana, en la celeste altura,  
con su pincel de oro una acuarela inicia.

Un pájaro marino, de obscuro y gris plumaje,  
pausadamente cruza el húmedo paisaje,  
y —dando un ronco grito— en el manglar se pierde.

El bote se desliza lentamente; y sospecha  
el ojo —que las aguas pacíficas acecha—  
que hay fauces peligrosas en el estero verde.

## MADRE MELANCOLIA

A tus exangües pechos, Madre Melancolía,  
he de vivir pegado, con secreta amargura,  
porque absorbí los éteres de la filosofía  
y todos los venenos de la literatura.

En vano —fatigada de sed el alma mía—  
sueña con una Arcadia de sombra y de verdura,  
y con el don sencillo de un odre de agua fría  
y un racimo de dátiles y un pan sin levadura.

Todo el dolor antiguo y todo el dolor nuevo  
mezclado sutilmente en mi espíritu llevo  
como el extracto de una fatal sabiduría.

Conozco ya las almas, las cosas y los seres,  
he recorrido mucho las playas de Citeres...  
¡Soy tu hijo predilecto, Madre Melancolía!

## EL GLADIADOR

(IDEA DE BYRON)

Cuando sintió clavarse en su desnudo  
pecho la corta espada de su hermano  
de esclavitud, el gladiador germano  
la fiera lidia continuar no pudo.

Cayó —embrazado el refulgente escudo  
con un grave rumor. Alzarse en vano  
aún quiso, con esfuerzo soberano,  
tal era de impetuoso y de membrudo.

Se desangraba en la feroz palestra  
pensando en su cabaña y su consorte...  
Iba a morir. De pronto, una siniestra

visión tuvo en confusa lontananza,  
¡Las hordas de los bárbaros del Norte  
ululando clamores de venganza!

## EL RIO

Corre con tarda mansedumbre el río  
copiando en sus cristales la arboleda,  
y un monótono diálogo remeda  
con el viento su grave murmurío.

Bajo el candente cielo del estío  
no se apresura ni estancado queda,  
sino que —lento y rumoroso— rueda  
a perderse en el piélago bravío.

Tal se apresura la corriente humana  
con su rumor efímero de gloria  
reproduciendo una cultura vana;

y —sin que mude el curso de su suerte—  
corre en el viejo cauce de la historia  
hacia el mar misterioso de la muerte.

## SALOME

En el salón —de fondo azul turquí—,  
ensayabas un paso de minué  
frente a una corte de galanes. Vi  
resucitar de pronto a Salomé.

Palpitando sensual, tu carmesí  
boca se abrió en tu faz de rosa-thé,  
y —aquella noche en que triunfaste— mi  
gran sacrificio consumado fue.

Cuando en seguida te ofrendaba la  
argentina bandeja, el bacará  
trémula alzaste entre los dedos. Tu

rostro de emperatriz se demudó...  
¡Decapitado nuestro amor rodó  
sobre tu regia falda de tisú!

## VINO TINTO

No penséis que las uvas generosas  
dan este vino, cuyas rojas huellas  
tiñen los frescos labios de las bellas  
con el múrice ardiente de las rosas.

El licor que estas copas luminosas  
contienen irradiando como estrellas,  
y que vaciado habéis de las botellas,  
lo guardaron las hadas misteriosas.

Es la sangre de todas las beldades,  
víctimas del acero y su destino  
en la guerra sin fin de otras edades.

No extrañéis que, al pensar en sus despojos,  
cuando se suba a mi cabeza el vino,  
viertan alguna lágrima mis ojos.

## NERON

Arden en los jardines opulentos  
como antorchas los mártires cristianos,  
aplauden los serviles cortesanos  
locos de sangre y de gozar sedientos.

Hinchán las flautas los nocturnos vientos,  
alzan las copas de marfil las manos,  
baña la luz los pórticos cercanos,  
óyense carcajadas y lamentos.

Bajo un dosel asiático, tendido,  
mira Nerón, de púrpura vestido,  
la festival, esplendorosa y fiera;

y, arrojando bostezos desdeñosos,  
pasa los dedos, finos y nerviosos,  
sobre la rubia piel de su pantera.

## LA FRAGUA

Exhala el fuelle roncros resoplidos;  
salta el carbón en la caverna oscura;  
la móvil llama trémula fulgura  
sobre los muros en hollín teñidos.

Los dedos, por el uso encallecidos,  
manejan luego la tenaza dura,  
que, sobre el yunque sólido, asegura  
los hierros al calor enrojecidos.

Los cíclopes, obreros incansables,  
en alto ponen los velludos brazos  
de musculosos biceps admirables...

Rápidos bajan los enormes mazos;  
al choque surgen quejas formidables  
y una explosión de fúlgidos chispazos.

## ANTE EL ESPEJO

Te acercas al espejo fulgurante  
y miras, con orgullo femenino,  
tu helénico perfil, de corte fino,  
temblar sobre la luna deslumbrante.

Tornas de frente el mágico semblante,  
contemplando tu cuello alabastrino,  
tus grandes ojos, de un azul marino,  
y tu boca, encendida y palpitante.

Después, al ver que el licencioso escote  
que mal contiene el opulento brote  
de tu albo seno entre el corpiño preso,

te abandonas a extraña somnolencia,  
y estampas en tu lúbrica demencia,  
sobre tu boca reflejada un beso.

## PLENILUNIO

Cándida luna: tu fulgor de plata  
que tras las nubes lóbregas vacila,  
por la callada inmensidad tranquila  
en impalpables rayos se dilata.

Te toca el ruiñeñor su serenata,  
desde la rama que en el bosque oscila,  
y, en tu redonda y mágica pupila,  
una mortal tristeza se retrata.

La impenetrable lobreguez alegras,  
cuando surges —ciñendo tu aureola—  
tras las montañas ásperas y negras;

y ronco te saluda con sonantes  
salvas el mar, al remontarte sola  
sobre sus vastas aguas palpitantes.

## SELVA AMERICANA

En medio de la gran naturaleza  
la selva tropical mueve sus ramas,  
como verdes y hojosas oriflamas,  
insignia de su rústica grandeza.

Los árboles añosos la cabeza  
doblan sobre las ásperas retamas,  
y ciñe el cuerpo elástico de escamas  
la perezosa sierpe a la corteza.

El sol incendia el suelo y el bochorno  
cuélase entre los troncos y zarzales  
como el aliento cálido de un horno.

Duermen las aves de irisadas plumas  
y van, por los tupidos carrizales,  
ágiles tigres y ligeros pumas.

## HAMLET

—¡Ay, Yorick infeliz! ¿Quién me dijera  
cuando te vi saltando de alegría,  
que entre mis manos trémulas tendría  
alguna vez tu horrible calavera?

Fuiste la risa de la corte entera  
que tus alegres bromas aplaudía.  
¡Cuántas veces jugando me subía  
hasta tus hombros en mi edad primera!

Hoy me inspiras horror con tus despojos;  
de tu cráneo la tierra se derrama;  
ya no hay luz en las cuencas de tus ojos.

Ve al tocador, donde el afeite abunda,  
y dile que ha de ser, a toda dama,  
su lindo rostro calavera inmunda.

## OFELIA

Rosa de mayo, Ofelia infortunada:  
¿a dónde vas, tan pálida y doliente,  
suelto el cabello, la virgínea frente  
de ortigas y de flores coronada?

Huye, loca infeliz, a tu morada;  
no des un paso más, niña inocente.  
¿No miras, dime, ese fatal torrente  
que te lleva en sus ondas retratada?

Mas ya rodaste a su profundo cauce,  
abandonando tu guirnalda mustia  
entre las ramas de ese añoso sauce...

Flota tu blanca veste; y, entre tanto  
que te hundes, oye con creciente angustia  
la misma muerte tu divino canto.

## DESDEMONA

No despiertes, Desdémona. Tu dueño,  
el moro adusto, rebosando de ira,  
a la luz de esa lámpara te mira  
convulso el labio y cejijunto el ceño.

No despiertes, Desdémona. Que el sueño,  
que en blando vuelo por tu estancia gira,  
mientras la noche silenciosa expira,  
vierta en tus ojos bienhechor beleño.

No despiertes, Desdémona. Al moverte,  
ese demonio que al amor ultraja,  
de ti dudando, te dará la muerte.

No despiertes. Las sombras sepulcrales  
se acercan y una lúgubre mortaja  
te formarán tus sábanas nupciales.

## OTELO

¿Quién calmará la lúgubre tormenta  
que agita su alma, enamorada y ruda,  
en tanto que el demonio de la duda  
su incontrastable cólera acrecienta?

Ya la calumnia, de ambición sedienta,  
entró en su pecho, que la fe no escuda.  
¡Todo contra él a conspirar ayuda!  
¡Todo su rabia y su dolor aumenta!

Sólo el placer amargo de una loca  
y sin igual venganza, desde entonces  
contuvo los rugidos de su boca.

Mas gira en torno —delirante y ciego—  
los fieros ojos de su faz de bronce,  
llenos de extraño y pavoroso fuego.

## LA ARAÑA

Ved con qué natural sabiduría  
las finas hebras a las hojas ata,  
y una red teje de fulgor de plata  
que la infeliz Aracne envidiaría.

Mas si el viento soplando con porfía  
la prodigiosa tela desbarata,  
vuelve otra vez a su labor ingrata,  
y una malla más tenue alumbra el día.

Hombre, que tus empresas no coronas  
porque al primer fracaso o desperfecto  
a un estéril desmayo te abandonas;

ten de tu vida y tu vigor conciencia,  
y aprende al ver el triunfo de ese insecto  
una lección sublime de paciencia.

## LA OLA

Ora dormida en la extensión serena  
del polifono mar que el orto dora,  
parece, a veces, que a lo lejos llora  
o que canta cual pérfida sirena.

Inquieta luego, de temblores llena,  
se enarca como sierpe silbadora,  
o apagándose rueda arrulladora  
con un grave susurro de colmena.

Otra vez surge con furor insano  
llevando en sus entrañas escondida  
la amarga bilis del revuelto océano.

Y de pronto, en un vértigo violento,  
estalla en la ribera, sacudida  
por el fuste de ráfagas de viento.

## MARIPOSA NOCTURNA

Hermana de la víbora crepuscular. Hermana  
del sapo de la ciénaga, que, al fulgor de la luna  
en su rueca de plata de hilo de luz devana  
la paz nocturna con su queja importuna;

del horrible murciélago, que huye de la mañana  
y al abrigo se acoge de cualquier torre bruna;  
del nictálope buho —que la sapiencia humana  
y el miedo al claro sol en sus ojos aduna;

eres hecha del polvo sutil de los sudarios,  
del silencioso horror de los viejos osarios,  
de la noche letárgica que en las tumbas impera.

Por eso es que en tus alas, de oscuro terciopelo,  
bordada como en fúnebre abanico de duelo,  
se ve la imagen de una borrosa calavera.

## A RUBEN DARIO

### I

Amo tu clara gloria como si fuera mía,  
de Anadiomena engendro y Apolo Musageta,  
nacido en una Lesbos de luz y de poesía  
donde las nueve musas ungiéronte poeta.

Grecia en los astros de oro tu nombre grabaría;  
en ti, el pagano numen renace y se completa;  
mas —con los ojos fijos de Jesús en la meta—  
gozas el pan y el vino de tu melancolía.

El águila de Esquilo te regaló su pluma,  
el pájaro de Poe lo vago de su bruma,  
el ave columbina su corazón de miel.

Anacreón sus mirthos, azucenas y rosas,  
Ovidio el misterioso secreto de las cosas,  
Pitágoras su ritmo y Scopas su cincel.

## II

Liróforo de triste mirada penetrante  
que al son órfico ajustas la gama de los seres,  
que sabes los secretos prístinos del diamante  
y conoces el alma sutil de las mujeres .

Délfico augur, hermético y sacro hierofante  
que oficias en el culto prolífico de Ceres,  
que azuzas de tus metros la tropa galopante  
sobre la playa lírica y argétea de Citeres;

tu grey bala en las églogas del inmortal idilio,  
tu pífono melódico fue el que tocó Virgilio  
en la mañana antigua, de alondras y de luz;

tu azur es el radioso zafir del mito heleno,  
tu trueno wagneriano el olímpico trueno  
y tu congoja lúgubre la que gritó en la cruz!

## III

Es hora ya que suenen tus líricos clarines  
saludando el venir de la futura aurora  
de paz. A los cruzados y nobles paladines  
que hacen temblar la tierra; es la propicia hora.

Tu lira pon al cuello de la pujante prora,  
para que así nos sigan sirenas y delfines;  
y que tus versos muestren su espada vengadora  
asida por los dedos de airados serafines.

Verbo de anunciaciones de nuestro Continente,  
vate proteico, noble, magnífico y vidente,  
que tiene de paloma, de abeja y de león;

la gloria te reserva su más ilustre lauro:  
humillar la soberbia del rubio minotauro  
como el divino Jorge la testa del dragón.

## EXCELSIOR

Vuela siempre hacia arriba, hacia la cúspide del monte coronado de águilas, hacia la gloria de la luz. No lles en tu garra de hierro las piltrafas de las carnes de tu enemigo: ni en tu ojo rutilante el fuego del odio que sientas por él; ni en tu pico, hecho para partir las viscosas víboras, el rastro de la sangre de su corazón. Vuela a lo alto, limpio el plumaje del limo de la ciénaga de la vida. No seas el buitre de ningún Prometeo. No agotes jamás el hígado de los grandes encadenados en el peñón de los egoísmos sociales. No causes tormentos, ni sordas iras, ni envidias bajas, ni rivalidades ruines. Sé generoso. Sé noble. Sé leal. Anida en los cóncavos de las montañas bíblicas; busca la compañía de los espíritus excelsos; júntate a la cuadriga de las almas superiores. Que te atraiga la nube; que tiendas el ala a la estrella de la mañana; que rompas por un éter sereno. Sube, sube, sube; y si bajas, si quieres bajar, baja prendido a la crin de los huracanes. Vive con dignidad bajo el sol. Vuélvete a las auroras y salúdalas; vuélvete a los ocasos y salúdalos también. En tu roca no deben crearse musgos raquíticos; ni yerbas venenosas, ni cactus enconados. Abate el vuelo en las selvas clásicas y en los bosques románticos. Forma tu nido con laurel y encina. Bebe luz a torrentes. Desde tu altura domina todos los horizontes, sigue la dirección de todos los vientos, estremécete bajo todos los soplos del cielo. Pon el oído a los rumores de la muchedumbre, a las palabras

del abismo, a las voces de los espíritus. No tengas fiebres, ni insomnios, ni desesperaciones, ni desmayos, ni vértigos, ni alegrías locas, ni cóleras pasajeras. Esto turba la serenidad grandiosa del alma y hará de ti un neurasténico, sujeto al cambio del clima, a las fases de la luna, al humor de los demás. Hazte olímpico. Endiósate, si puedes. Depura tu miserable barro. Porque en verdad te digo, que el que quiere ser superior, el que aspira a subir a las encumbradas regiones del arte, el que siente que tiene alas en los hombros, debe olvidarse de las infinitas miserias humanas, de las injusticias de la suerte, de las burlas del destino y debe esperar, con el ánimo del justo, aunque el dolor le tienda su arco, la hora cierta del triunfo de la razón, la hora de Dios; hora que ha llegado, que está llegando, que llegará siempre, aunque los réprobos y los malvados se multipliquen como los peces del mar y los insectos de la tierra.

## COPO DE ESPUMA

Voy sobre el mar, sobre el vasto hervor oceánico, sobre el piélagó bravío, cantado por todos los poetas, desde el grave y trágico Esquilo, hasta el ardiente y rebelde Byron.

Voy sobre él, de pie en la cubierta del buque de vapor, de esta gran máquina negra, aspirando con deleite la brisa salitrosa y siguiendo con la mirada melancólica el vuelo de las nubes errantes o el perpetuo desfile de las olas.

A lo lejos, medio oculta en la neblina de la tarde, mírase una costa interminable, árida, monótona. Es una costa baja sin vegetación, casi sin bahías; una costa que me hace pensar en las de los mares del norte, en los pedregosos arrecifes, en los peñascales marinos, en los escollos a flor de agua, erizados de ásperas puntas, de ángulos terribles, de vértices rudos, donde el mar se hace pedazos como una lámina de vidrio.

El cielo parece la paleta de un pintor. Todos los tintes están en él, desde el rojo subido, color de sangre, hasta el suave morado de las violetas campestres.

El azul, un azul profundo, domina en el fondo. Grandes celajes, como si fueran los jirones del opulento manto de púrpura de un rey, flotan al sur; y al occidente, sobre la infinita línea de lapislázuli del horizonte, se suspende un millar de nubes, semejando una maravillosa bandada de palomas que volaran hacia el sol, el cual se hunde, enrojecido, redondo,

soberbio, lentamente, en las grandes olas palpitantes, coronadas de reflejos de plata.

Pienso en las sirenas, en los tritones, en las ondinas. Pienso en Poseidón, rey de las aguas salobres, y en Venus, maravilla de la belleza, adorada de Plutón, inefable mujer nacida de las purísimas espumas.

Me parece escuchar la ronca voz de los caracoles, el armonioso batir de los remos de las naves dóricas, el rumor de la brisa al hinchar las blancas velas latinas.

Siento la nostalgia de un mundo muerto, y, como el dulce Musset, creo que he nacido tarde, que esta época no es la mía, que son otros mis tiempos.

Porque yo, hijo enfermo de este siglo, producto de una civilización sin ideales, fruto de un árbol ya viejo, semibárbaro del Nuevo Mundo, debí haber venido en los albores de la humanidad, en la aurora del paganismo, en la riente mañana de la Tierra, cuando Jove era fuerte con su haz de olímpicos rayos y Juno dejaba escapar de su seno divino una cascada de gotas de leche.

Entonces, oh mar, oh sol, oh viento, habría cantado en el grandioso ritmo helénico, acompañándome de la lira de tres cuerdas de Orfeo, un himno religioso y sereno, que tal vez hubiera sido propicio a los amados dioses inmortales.

## LUCIERNAGAS

Esta noche, viendo cintilar las luciérnagas en el fondo del follaje oscuro, pensé en ti, y una oleada de vírgenes aromas y de cálidos perfumes me envolvió, trayéndome muchos recuerdos idos, recuerdos de campiñas bañadas de sol, de cafetos cuajados de jazmines, de árboles doblegándose al peso de las frutas picoteadas por los pájaros salvajes de los bosques.

Por un momento he creído escuchar la algarabía de los loros en la copa de los cacaotales, el gemido melancólico de las palomas monteses, el áspero grito de las urracas ocultas en las tupidas frondas y el rumor del espumoso torrente, donde ibas a bañarte en las frescas mañanas de mayo, sueltos los negros rizos sobre la espalda y envuelta en tu elegante bata de lino.

Por un momento he pensado en aquella sencilla y rústica quinta, medio escondida a la falda del terrible volcán, quinta donde pasamos horas tan felices, viendo desde ella ondear a lo lejos los rumorosos maizales, los rumorosos cañaverales, los rumorosos árboles de los trópicos, bajo un cielo de fuego cortado en lontananza por la brillante comba de un mar azul.

Por un momento he visto los mansos bueyes rumiando perezosamente sobre el césped; he sentido el suave olor de las yerbas chafadas y han aparecido ante mis ojos los paisajes campestres que recorrimos juntos, en aquellos dichosos días,

cuando sumando tus años con los míos, apenas llegaban a cuarenta.

¡Ah, las noches estrelladas y ardientes, las hermosísimas noches de la costa, las noches en que los astros, llenos de intensa luz, se balancean armoniosamente en la bóveda celeste!

Vosotras no volveréis para mí. Habéis huído con vuestras sombras pobladas de luciérnagas, con vuestros quejumbrosos ruidos, con vuestras brisas venidas de los arbustos en flor, cubiertos de nardos de nieve, de rosas encendidas, no más encendidas que los labios inviolados de la mujer adorada.

Sólo la noche del dolor, la profunda noche del dolor me envuelve. Es una noche inclemente y letárgica como las noches polares; una noche fría como los páramos andinos, como los témpanos de hielo, como el fondo de los sepulcros.

Sólo tú, hermana de Beatriz, hermana de Leonora, hermana de Ofelia, hermana de todas las pálidas vírgenes, de todas las doncellas dolientes, de todas las castas mártires del amor, pasas tristemente por mi tenebroso espíritu, aureolada de un nimbo de polvo ! pero envuelta en una gasa de argentina luz y esparciendo un ultraterrestre resplandor.

Sólo tú descienes, como la adorable Espírita de Gauthier, a la obscuridad de mis pesares; descienes a enjugar con tus áureas manos la frente de Prometeo, el cual se subleva aún, atado a una montaña de egoísmos contra la incontrastable cólera de los hados.

Dejas los círculos angélicos, la gloria de la eterna paz, el mundo de las almas puras, y bajas, bajas como un soplo hasta el planeta que gira lentamente por los callados abismos.

Es entonces cuando me sublevo contra la vida, con rebeldías de ángel caído, cuando oprimo mis sienes entre las manos convulsas, cuando golpeo con mis alas el limo sobre el cual me arrastro.

Es entonces, cuando después de leer las páginas de todos los soñadores malditos, huyo desolado de mi cuarto de estudio, busco la soledad de un jardín lujurioso y salvaje y me entrego a la meditación bajo la copa de los dormidos árboles, entre cuyas ramas tiemblan las estrellas como flores de luz.

Un vago estremecimiento se cierne sobre él, como si los espíritus errantes del vacío agruparan sobre los follajes sus alas cargadas de sopor. Débiles claridades blanquean la umbría, hilos resplandecientes se prenden a los troncos y rumores imperceptibles turban la calma de la atmósfera tibia.

Una pléyade de luciérnagas, como fragmentos de un fuego fatuo, como átomos desprendidos del disco de la luna llena, como pálidas chispas errabundas, vuelan sobre los cálices entreabiertos, pueblan los naranjos florecientes de azahares, se agitan entre las enredaderas, brillan sobre las anchas hojas, caen en el musgo, se apagan y se encienden por todas partes.

Yo, acordándome de ti, acordándome de que las miré contigo, acordándome de las ardientes noches de la costa, sigo su vuelo con la mirada sin expresión de los dementes, mientras los astros pasan silenciosamente sobre mi cabeza.

¿A dónde vais, luciérnagas perdidas, efímeros insectos misteriosos, libélulas de la luz?

¿Dormís en el tierno fondo de las flores? ¿Vivís lo que viven las mariposas que parecen caídas del iris?

¿Acaso le teméis al sol y os ocultáis a la aurora bajo las matas empapadas de rocío?

Volad, volad ante mis ojos cuando yo os busque en mis horas de insomnio, volad aún ante ellos. Día llegará en que celebre mis nupcias con la muerte y entonces ella no me dejará veros ni por las grietas de mi fosa. Volad aún: es la media noche de la vida.

## PROFETICA

Y aquella tarde, el soñador se detuvo bajo los árboles de un bosque extranjero, a saborear su amarga melancolía.

Y, es que la melancolía es el placer de los espíritus superiores, que aman la soledad y el apartamiento, y se aíslan en las muchedumbres, y guardan su alma en una torre de piedra con siete llaves de hierro, y son callados como boca sin lengua.

Y, su corazón era como una ciudad arruinada por un gran terremoto.

Y, su espíritu era como un cementerio de sepulcros anónimos, cubiertos de malezas.

Y, en su frente, nublada de dolor, la muerte había trazado con la uña lívida de su índice, la primera arruga.

Y, sus labios eran como un hisopo empapado en la hiel de una res enferma.

Porque, huracanes de desgracia rugieron sobre su cabeza viril, y marchitaron el jardín de sus ilusiones.

Y, manos torpes tiraron piedras a su pecho, forrado de siete cueros de toro, como el escudo de Ajax.

Y, la calumnia le mordió traidoramente el talón, como una víbora india pisada en la cola.

Y, esa tarde, el soñador fugitivo se detuvo bajo los árboles de un bosque extranjero a meditar.

Y, como la de un mártir, el crepúsculo orló su frente pálida de iluminado rebelde, con un nimbo de oro.

Y, él también era un mártir de su inquietud interior y de su insania dolorosa.

Y, he aquí lo que meditó en aquella hora, bajo las hojas de los árboles, ante el sol moribundo en las cúspides de los montes del poniente:

Condenado estás al martirio, oh soñador, porque tu alma oscura se iluminará con el Verbo, y en tu boca tronará una "voz del que clama en el desierto", como si rugiese un león o hablase una caverna;

Y, dejarás en las zarzas hostiles del camino los jirones de tu túnica inconsútil;

Y, te perseguirán los malos, y te insultarán los perversos, y te calumniarán los réprobos;

Y, nada podrán contra ti, porque tú eres más fuerte que todos, como un roble joven de la montaña, como columna de un templo, como las mandíbulas de una fiera que ha cogido su presa;

Y, harás sonar sobre los malvados la trompeta de tu palabra, como grito de águila salvaje herida el ala;

Y, harás vibrar sobre los malvados tu sátira implacable, como látigo de brasas o de escorpiones monteses;

Y, harás oír a los malvados tu clamor de lenguas, de tal modo que se diga: habla el mar, o ruge el viento;

Y, harás sentir a los malvados el filo de tu pluma vengadora, como el de una espada sin piedad, sobre los enemigos de tu pueblo;

Y, tus dicerios caerán sobre la cabeza de los malvados, como pez hirviente, como pedrisco, como lava;

Y, harás contra los malvados una biblia de odio, con todos tus dolores, y todas tus iras, y todas tus tristezas;

Y, esa biblia tendrá versículos de oro, y versículos de plata, y versículos de hierro, y versículos de piedra, y versículos de sangre, y versículos de estiércol;

Porque llamado estás a predicar, de pueblo en pueblo, un evangelio de iracundia sublime, mas de bien y de verdad;

Porque estás ungido de una inspiración llena de tormentas y relámpagos y plagas;

Porque, si pecaste alguna vez, limpio eres de toda mancha por la gracia de vidente, que se te ha concedido;

Y, no adorarás a los fuertes que se ensañan en los débiles;

Y, aborrecerás a los débiles que adoran a los fuertes, y a los poderosos de la tierra;

Y, aborrecerás a los falsos profetas, y a los apóstoles del mal;

Y, a los que adoran el becerro de oro, y bebidos de vino, cantan y tocan arpas y cítaras ante él, con las barbas ungidas de esencias y túnicas de meretrices, y en las sienas guirnaldas de mirtos y de jazmines;

Y, sobre todas las cosas, amarás la verdad, y la razón, y la justicia;

Y, eso harás por la tierra, hasta que tus ojos no giren en sus cuencas, y tus carnes hiendan en la fosa.

.. .. .

Y, como la tiniebla venía, el vidente fijó las pupilas en el primer astro que brilló en un golfo de sombra, como un gran diamante;

Y, en la selva, llena de noche, lloró su amargura hasta el alba, porque se había hecho apóstol, e iba en pos del martirio a la más cruel de las muertes;

Y, en la cima de un monte, que bañaba de sangre el amanecer, vio un árbol como en cruz, que le reveló el fin de los pastores de almas, de los profetas vagabundos, de los Cristos mansos y humildes.

## LLOVIENDO

Caía la lluvia rumorosa, cadenciosamente, entretejida con los últimos rayos de un sol de octubre. Apoyada la frente en el cristal de la ventana, veía llover como si viese llorar, escuchando a lo lejos, en las avenidas, el sordo rumor de los tranvías. .

. . . En una esquina, en la casa de una mujer alegre, un organillo vagabundo canturreaba un aire plebeyo. Canturreaba un aire banal, melancólica, melancólicamente. . . Un aire populachero, de algún artista del arroyo, que tenía la tristeza de los lívidos amaneceres, un vaho de alcohol, el polvo de los arrabales extremos de las populosas metrópolis, donde debe haber agitado bailando locamente las ancas de las meretrices. . . Mas aquel aire, en aquella tarde llorosa, llenaba mi espíritu de la más obscura de las melancolías.

\* \* \*

¡Cuán lejos estaba el campo florido y verde! El campo en una dulce hora vespertina, en que mil átomos de oro volasen sobre los cálices silvestres. El césped afelpado y jugoso, los arbustos con rumores de insectos; un potro huyendo en el límite del horizonte; dos bueyes tranquilos, manchados a trechos, rumiando perezosamente. Y más allá el bosque, los árboles llenos de nidos, los troncos con plétora de savia, las hondona-

das cubiertas de verdor, y, en una rama, una pareja de pájaros tornasoles, chillando...

Mientras, la lluvia caía monótonamente, rumorosamente, sobre la ciudad. A lo lejos, el sordo rumor de los tranvías. Y cerca, el organillo callejero, tarareando su aire vulgar, melancólica, melancólicamente...

\* \* \*

Encendí un cigarrillo y me abandoné sobre una silla. Cerca, viéndote en un espejo antiguo estabas tú. Y tras el humo, como tras una niebla, contemplé con ojos vagos tus magníficos hombros morenos, donde se encrespaba, se alborotaba, se enroscaba tu cabellera de noche con visos de oro, como un torzal de serpientes negras de brillos metálicos.

Tenías veinte primaveras. Veinte primaveras en los ojos ávidos y espléndidos, amadores del mar, de las telas brillantes, de los cielos ardientes de astros.

Veinte primaveras en el cutis de durazno, en los labios rojos como la pulpa del fruto del cactus, en los dientes de carne de coco, en tu cuello de paloma montés, en tus brazos, en tu cintura, en tu andar al modo de una cierva virgen, que busca el amor en el laberinto de las lianas y de los troncos del bosque.

Veinte primaveras que eran mías, que me trastornaban la cabeza, que me enloquecían de pasión, una pasión cálida e intermitente, mezcla de caricias enervadoras y de celos africanos.

En aquel tu cuarto pequeño, lleno de cromos y de fotografías, olvidado del mundo, pasaban mis horas negras, mis tristezas prematuras, todas las crisis de la insania dolorosa que me atormentaba.

En aquel cuarto aprendí a amar y a ser amado. Las paredes deben guardar todavía nuestros nombres, escritos con

lápiz; sobre el piso deben verse las huellas de tus botines; en el aire debe haber un eco, un eco perdido de tus risas alegres, de tus besos sonoros. Allí debe oler a amor, a juventud fogosa, a primavera fecunda. Cada rincón debe tener algo, algún aroma penetrante y lánguido, un hálito poderoso de voluptuosidad juvenil, propio para desvanecer la cabeza de un inquilino decrepito. . .

\* \* \*

¡Ah! He visto llover después en otros tiempos y en otros países, viendo caer, presa de un tedio horrible, el llanto de las nubes. Y entonces, soñando en un tiempo feliz que no volverá nunca, porque no volverán tus veinte años ni los míos, de súbito me ha parecido escuchar la música de un organillo callejero, que arrulló un día nuestro amor, y, vuelta de espaldas contemplándote en el espejo, ver el contorno de tus magníficos hombros morenos, donde se encrespaba, se alborotaba, se enroscaba tu cabellera con visos de oro. . .

## VIENDO EL RIO ACELHUATE

Bajo la luz de la tarde, recostado en uno de los pasamanos del puente, miro correr sus aguas turbias y cenagosas. Se arrastra sin impetuosidad entre los pedruscos, lamiendo sus orillas, donde se alzan árboles raquíuticos, plantas acuáticas, malezas estrujadas por la última corriente. Es un río vergonzante, tímido y modesto, que no escandaliza la ciudad con turbulenta canturria. Y pasa en silencio, deslizándose, bajo los puentes, arrastrando las basuras de las casas vecinas, avergonzándose de su ruin papel.

¡Ah, pobre río Acelhuate! Nunca llegarán las gacelas de ojos de mujer a hundir en tus ondas sus delicados hocicos; ni en tu curso, en un remanso tranquilo, en cuyo fondo brilla la arena de oro, bajo un manto de verdura, formarás un sitio misterioso, donde se crea oír la música de las carcajadas de las ninfas de Diana; ni al mediodía, a la sombra de un árbol amigo, una garza de nieve en actitud hierática, se mirará en tus ondas de cristal.

Condenado a arrastrarte miserablemente, como una culebra entorpecida por un golpe de vara, irás bordeando la ciudad, murmurando apenas de tu suerte, insultado por los chiquillos que te escupen desde los puentes, llevándote las basuras, los andrajos, todo lo que te arrojen desde las espueñas.

Y viéndote tan abatido, tan humilde, se piensa en los

grandes ríos que riegan los continentes; en las mangas de agua que descienden de las cordilleras, enronqueciendo el aire, bramando entre las márgenes que sombrean árboles corpulentos, donde cantan pájaros extravagantes y multicolores y chillan los monos velludos, asomando entre los claros de las hojas sus caras cómicas; en los hermosos ríos cristalinos, anchos y profundos, que dialogan entre las márgenes floridas, se estrechan entre las gargantas de rocas, y saltan, y forman cascadas, y vuelven a correr arrastrando su sábana de espuma.

Se piensa en el inmenso raudal del Amazonas, que va a confundir sus cóleras con las terribles murrias del Atlántico; en el Ganges, deslizándose solemnemente entre los bosques indostánicos, donde rugen los tigres reales y silban las más venenosas serpientes; en el viejo Nilo que ha acumulado en sus deltas el polvo de algunas civilizaciones difuntas; en el Orontes que arrastra árboles de canela, trozos de cedro y ramas de ciprés; en el Danubio, en el Rhin y en el Tajo; y también en el Sena, a la media noche, cuando, a los reflejos del gas, arrastra entre sus ondas, sin ruido, el lívido cadáver de algún suicida...

Y como tú, pobre Acelhuate, no eres un río de muerte, ni en tus detritus están confundidos algunos huesos humanos, al recuerdo del río parisiense, donde se han precipitado tantos locos y tantos recuerdos, pareces menos feo; y hasta se me figura que eres un lindo arroyo, "que va la yerba lamiendo", bajo los follajes de un soto aromatizado, donde se oyen arrullos de palomas.

De pronto, vienen a la memoria los versos clásicos en que habla de ti Manuel Diéguez, el melancólico poeta pros crito, que arrastró por tus orillas su nostalgia y sus dolores, turbios e indolentes como tus aguas. ¡Y un baño de dulce poesía desciende sobre ti, mientras la noche aterciopela el cielo y la ciudad ilumina sus calles!

## EN EL GOLFO DE FONSECA

Esa mañana había sido espléndida. Corría una brisa fresca y suave, impregnada ligeramente de yodo y salitre. Las aguas del mar tenían un color plomizo, e innumerables olillas se levantaban apenas, parecidas a las que se elevan en la superficie de un estanque, al caer las primeras gotas de una lluvia. A veces se reunían esas pequeñas olas, se hinchaban, parecían próximas a estallar; pero se sumergían luego debajo de las otras como si fueran uno de tantos monstruos cuyo dorso sobresale a intervalos en las ondulaciones de las aguas del mar. El cielo tenía un color lechoso, un color de ópalo, suavemente bañado de rosa. En el oriente empezaba a ascender el sol; pero era un sol pálido, como visto a través de un vidrio opaco. Grandes resplandores partían de aquel foco luminoso, entre los que flotaban mil nubecillas ligeras, nacaradas, solas, impalpables, semejantes a copos de espuma o alas de ángel. Poco a poco una luz más intensa, más brillante fue disolviendo el rosado del cielo, y el sol, un sol magnífico, un sol de fuego, un sol de púrpura, apareció en el espacio, que se transformó en bruñida bóveda de plata, en convexo espejo resplandeciente. El mar se tiñó de tonos azulados, y nuestra balandra, llevada antes a grandes golpes de remo, hinchó su vela latina y se deslizó como un gran cisne. En la popa un marinero atezado fumaba tranquilamente, recibiendo los rayos del sol en el

rostro. Un delfín, oscuro y enorme, apareció a proa, mecándose con voluptuosidad. Luego otro. Después más, hasta formar un grupo que se sumergía de súbito, saliendo después a la superficie y alejándose con lentitud en el vaivén de las ondas. La balandra, después de ganar una punta, entró en los esteros, llenos de un agua tranquila, sin brillo, casi transparente. El viento, que antes aleteaba en la lona, plegó dulcemente las alas. Los remeros inclinándose para adelante y para atrás, a un mismo tiempo, como movidos por un resorte, batían el agua, que se desgarraba, formaba pliegues rápidos, vórtices y borbollones de espuma efímera. Aquello tenía cierta armonía, estaba sujeto a un compás, era una extraña música que corría sordamente sobre las amargas aguas tranquilas. Dos pelícanos volaron sobre nuestras cabezas, lanzando dos gritos roncós, que sonaron aislados, huecos, ásperos, quedando como suspendidos en la atmósfera seca. Uno de ellos se precipitó en el agua, produjo una explosión de gotas al chocar con ella, y voló de nuevo, llevando en el pico un pez, que brilló a la luz del sol como una ascua de oro. La balandra pasaba lentamente entre islotes poblados de manglares verdes, de un verde subido, lustroso, invariable. Al pie de los troncos se entrelazaba un bosque de raíces, de lianas, de restos vegetales, confundándose, amalgamándose y pudriéndose, para formar, con el eterno contacto del agua, un detritus negruzco y espeso, que se modifica en el verano, dando así asilo a las alimañas salvajes. Una bandada de palomas marinas pasó a lo lejos, cortando el horizonte. En el fondo de aquella vegetación mórbida, en marcos de verdura, veíanse algunas garzas de color de nieve, estiradas, inmóviles, como petrificadas sobre las ramas. En la copa de los manglares chillaban los loros, cantaban pájaros desconocidos, formando un concierto inarmónico, extraño, indefinible. Presentíase que entre aquellas hojas, entre aquellos troncos, entre aquellas raíces; presentíase que sobre aquellas

aguas, sobre aquel limo, sobre aquellas plantas, se agitaba una vida superabundante, magnífica y primitiva; una vida que hacía surgir de las aguas el sedimento, y del sedimento las raíces profundas, y de las raíces los manglares, y de los manglares las moscas zumbadoras de los trópicos, los insectos venenosos, armados de taladros invisibles, de sierras diminutas; y me pareció, por un momento, que aquel paisaje era de otros tiempos, de otras épocas lejanas, apenas sospechadas por los geólogos; y vi, en la imaginación, las primeras capas terrestres, los grandes helechos trémulos, los bosques de coníferas, poblados de cigarras y de grillos; adiviné la formación de nuestro planeta, las misteriosas incubaciones, los gérmenes ocultos de la vida; y un génesis profundo, sabio, inmortal, íntimo, supremo, llenó mi cerebro de luz y mi corazón de amor, haciéndome retroceder un millón de siglos, desvaneciéndome en el estremecimiento de una vida inmensa y bondadosa, hundiéndome en el océano de leche del Cosmos y obligándome a bendecir al Dios que arrojó el grano de arena al piélago marino, y el astro, otro grano de arena, al piélago infinito del vacío.

## DIALOGANDO CON EL AGUA

Ayer por la tarde, cayó un súbito chaparrón, lavando el cielo y la urbe calenturienta. El agua, sobre los techos, tocaba como sobre las teclas de un piano, una especie de música wagneriana, que place a los espíritus contemplativos. ¿Cuándo no gusta el rumor del líquido elemento? La orquestación de las cascadas, la voz acre del mar, la canturria del río, todo eso deleita a las almas que saben interpretar el idioma de la naturaleza.

Terminado el aguacero, las corrientes de agua monologaban por las calles, bulliciosas e inquietas, como colegialas al salir de un salón de clases.

Desde una ventana miro correr una. Enfrente, desde la suya, una fresca niña sonríe al agua del cielo. Y yo, viendo a las dos, móviles y alegres, traigo a la escena el pensar de Shakespeare: la mujer, pérfida como la onda. Y un decir de Salomón, de amarga y cruel sabiduría, como todas las ocurrencias de aquel sibarita de los sibaritas, que supo besar a las mujeres y decapitar a sus hermanos. Y algo de las divagaciones de los Santos Padres y de varias cartas de filósofos enemigos del amor de la mujer entre los que como es lógico, están Schopenhauer y Nietzsche. Todo lo cual no vale lo que la clara risa y los amables ojos de esa fresca niña.

Pero el monólogo que va diciendo la corriente, poco a

poco me sugestionan; y como sueño y fumo, y fumo y sueño, termino por ponerme al habla con ella.

*Yo.*—Me parece que vas triste.

*Ella.*—Sí, tengo toda la melancolía de lo que voy arrastrando: un trozo de periódico, en que se narra una horrible guerra; un billete amoroso, todo mentira; un dedal, que abandonó una Margarita por seguir a un Fausto ridículo; un décimo de la Lotería del Hospital y del Hospicio, que perdió su dueño y que ¡oh ironía! salió premiado con mil pesos; un rizo blondo de alguna pecadora; un calcetín lamentable... En fin, toda la tristeza de San Salvador...

*Yo.*—La corriente de mi alma lleva peores cosas que tú. Cadáveres de odios y de amores, recuerdos ahogándose, rípios de ciencias y de literaturas...

*Ella.*—El hombre para ser feliz, necesita conservar prístino el manantial del espíritu.

*Yo.*—¿Y cómo conservará prístino el manantial del espíritu?

*Ella.*—No abrevándose en los pozos del mal.

*Yo.*—¿Del mal?

*Ella.*—Del mal. O de lo que tú llames el bien.

*Yo.*—No te comprendo. Por lo visto, has interpretado ya los oscuros enigmas de Enrique Ibsen y de Bjoernstjerne Bjoernson, esas esfinges escandinavas.

*Ella.*—He arrastrado algunas de sus sentencias. Pero, en verdad te digo que una flor tiene más sapiencia que los dos. ¿Por qué? Porque tiene su fragancia.

*Yo.*—De modo que la sabiduría consiste en dar algo de sí, aunque sea un perfume.

*Ella.*—En dar lo que nos dio la Madre Naturaleza, no el artificio.

*Yo.*—¿Tiene el hombre algún perfume?

*Ella.*—Tuvo, mas la civilización se lo robó, estrujando a

tan bello animal. Hoy no huele, pero en cambio, hiede como las alcantarillas.

*Yo.*—Me hablaste del mal. ¿Está acaso en toda la naturaleza?

*Ella.*—No. Solamente en el hombre. Todas las cosas ambientes que le rodean son puras.

*Yo.*—Por consiguiente, a pesar de las suciedades que arrastras, eres pura.

*Ella.*—Traigo la pureza del cielo y mañana tornaré a él.

*Yo.*—¿Cómo haría para subir a ese cielo?

*Ella.*—¿Por qué no te construyes uno? Oye: el deber de todo hombre es hacerse un cielo.

*Yo.*—¡Un cielo! ¿Y a quién pondré allí?

*Ella.*—A ti mismo.

*Yo.*—¿Seré, pues, el Dios de ese cielo?

*Ella.*—Serás. Todo hombre es el Dios del cielo que se construye. Tal ha sido el secreto y la fuerza de los grandes taumaturgos, desde Buda hasta Federico Nietzsche.

La sabia corriente iba agotándose por momentos, de modo que apenas se oía su voz. Una linda mujer, vestida de negro, flexible como una víbora, la cruzó de un pequeño salto, dejando ver sus primorosos botines. Después me sonrió, arrojándome una mirada sombría. Y pasó.

*Yo.*—¡Qué mujer!

*Ella.*—Es la muerte. O, por otro nombre, la voluptuosidad.

*Yo.*—Dime, antes de desaparecer, ¿podría salvarme de ella?

*Ella.*—Es tarde ya. Sería preciso que tu alma fuese un vivo manantial, claro como un diamante. Así te podrías convertir en nube.

*Yo.*—¿Qué es ahora, pues?

*Ella.*—Un manantial seco. O mejor, el cauce de un manantial. Un pájaro se moriría de sed en tus orillas.

.....

La corriente se extinguió. El cielo de la tarde era limpio. La fresca niña cerró su ventana. La calle, lavada por la reciente lluvia, relucía de extremo a extremo. Y me dije: he aquí, cómo, viendo correr un poco de agua sucia, ocurriéronseme peregrinas cosas. La imaginación es madre de la filosofía. A veces.

## A ORILLAS DEL LEMPA

El trotón, aguijado por la espuela, avanza fatigosamente por el camino, que parece un reguero de brasas. Siéntese un verdadero vaho de incendio, que tuesta los follajes próximos con su hálito mortífero. De pronto una bocanada de aire fresco alivia mis pulmones, y el Nilo salvadoreño, verde y apacible, surge ante mis ojos fatigados por los deslumbramientos solares.

Ahora voy por una ruta de arena finísima, de blancura deslumbrante, a cuya vera se alzan miserables chozas, donde, probablemente, viven pescadores con sus familias.

Se ven verdes sandías y amarillos melones a uno y otro lado, cociéndose en aquella tierra como en un horno. Los chiquillos y las mujeres que se asoman a las puertas de las pobres cabañas parecen atacados de un paludismo incurable, tan mortecinos son sus ojos y tan pálida su piel.

La marcha se hace más difícil.

El caballo no puede caminar bien en aquel piso de arena menuda, semejante a un gran reguero de sal, donde tremulan los vidriosos reflejos de un ardiente mediodía, que ha convertido el cielo en una lámina candente de cinc.

A la derecha, lamiendo el borde de un enorme ribazo de lujuriente y pródiga vegetación, el río se desliza majestuosamente, arrastrando en silencio el caudal de sus aguas. A la

izquierda, después de caminar un kilómetro, los árboles van espesándose hasta parecer una selva, donde las grandes crecientes han dejado visibles huellas. Al pie de los troncos, entre las raíces, se hacina toda clase de restos vegetales; en las ramas se ve aún el ciego furor de la pasada estación lluviosa; y los arbustos, ajados y llenos de limo, tienen la señal del miedo que les causara la súbita invasión de las aguas iracundas.

En un claro, bajo las altas copas de los árboles y la red de las lianas, algunos hombres están haciendo leña de un robusto tronco. Suenan sus golpes secos y acompasados, relampaguean las hachas en el aire luminoso y se oye, al pasar, la respiración de sus pechos jadeantes y sudorosos.

Y la vegetación va aclarándose, y la deslumbrante arena no concluye, y el sol sigue más crudo y ardiente, y la nariz, en aquella atmósfera de llamas, aspira las emanaciones del agua próxima, en la muda soledad de aquel mediodía casi blanco, que parece tener como suspensa la vida de la naturaleza. En aquel angustioso silencio, sólo se escucha el áspero y metálico chirrido de las cigarras, a lo lejos, entre las malezas. Chirrido melancólico y lamentable, que hace soñar, en el ambiente sofocante, con un alegre y torrencial aguacero que refrescase el cielo y la tierra.

Y más polvo deslumbrador, más sequedad en el aire, más fuego en el sol, y en mí, más ansia de ganar la orilla del caudaloso y generoso río.

La masa de agua verde, bajo una sutil neblina, aparece al fin cercana, deslizándose pausadamente entre sus orillas. Toda la dulce frescura del río penetró en mi ser, haciéndome olvidar las fatigas de la jornada. Hubiera querido arrojarme desnudo en la profundidad de la corriente, beber a grandes sorbos de ella, hundirme hasta su fondo y abrir los ojos en su lecho de arena, mientras pasaba sobre mí su grave rumor y el deleite de sus aguas frescas y tranquilas.

Enfrente, veíanse los penachos de los cocoteros de *Parras Lempa*, mustios y polvorosos. Una barcaza llegó lentamente a la orilla. Pasé, tratando de retener en las pupilas la visión de aquella manga de agua verde, tan silenciosa y tan caudalosa. Antes de perderla de vista, contemplé otra vez el río desde una cuesta próxima a su orilla. Dulce, lento, vasto, solemne y silencioso, seguía deslizándose entre sus solitarias riberas, copiando el incendio solar y la fiesta de las nubes. Y rememoré el siguiente soneto mío:

Corre con tarda mansedumbre el río,  
copiando en sus cristales la arboleda,  
y un monótono diálogo remeda  
con el viento su grave murmurío.

Bajo el candente cielo del estío  
no se apresura ni estancado queda,  
sino que —lento y rumoroso— rueda  
a perderse en el piélago bravío.

Tal se apresura la corriente humana  
con su rumor efímero de gloria  
reproduciendo una cultura vana;

y —sin que mude el curso de su suerte—  
corre en el viejo cauce de la historia  
hacia el mar misterioso de la muerte.

## EL NIÑO CIEGO

Le encontraron en la calle vagando, sin rumbo fijo, un día de estos en que el sol llameaba sobre las baldosas y los duros empedrados. ¿A dónde iba el infeliz? A ninguna parte. Caminaba al azar, arrastrando trabajosamente sus pies doloridos, que habían tropezado en todas las piedras y resbalado en todas las aceras. Caminaba en medio de la ciudad hostil, ante la indiferencia de los transeúntes, poniendo el oído a los sordos rumores callejeros, estremeciéndose al ruidoso paso de los tranvías, temblando a los gritos de los vendedores de sorbetes.

Con su vaga intuición infantil, aguzada por las prematuras miserias de la vida, adivinaba las felicidades ocultas en los edificios cercanos. Frescos jardines donde jugaban y cortaban flores los niños de las familias opulentas; salas llenas de raros juguetes, donde se divertían aquéllos en las horas de solaz; y luego el comedor, los platos humeantes, las risas y los gritos alegres, y los estómagos satisfechos, que nunca conocieron el hambre ni la sed.

¡El hambre! El la tenía desde hacía veinticuatro horas. Su último alimento fue una *tortilla* que le pusieron en la mano, cuando una mujer, tal vez su madre, le dijo: ¡Andate a la calle a pedir limosna! Y le echó fuera del cuchitril donde había vivido seis años. ¿Vivido? No, no era vida aquélla; era una muerte lenta, por el martirio. Desde que su cuerpecito

pudo soportar el látigo, vibraba continuamente sobre él: en la mañana, en la tarde, en la noche. Sobre todo, en la noche, cuando llegaba la mujer acompañada de algún hombre, siempre un desconocido, los dos borrachos de caerse: —Duérmete, animal! Y en seguida, un puntapié o un palo. Y él, tembloroso, lleno de pavor, se apretaba, se escondía, se evaporizaba, por decirlo así, en el sucio cajón donde dormía como un perro. Y lloraba toda la noche, quedo, quedito, por temor de que se levantasen a golpearle.

Lloró tanto durante un año, que empezó a ver turbio, a perder la vista. Fue aquello una cosa triste, lastimosa. Ya no veía lo que pasaba cerca de él, acurrucado en su cajón. Los palos y los puntapiés, eso sí, no faltaban; ni los pleitos de su madre con hombres de voz aguardentosa, que proferían horribles blasfemias y amenazas. Como no tenía padre, nadie ponía paz en aquel infierno. ¡Padre! La misma que lo había dado a luz no sabía quién era.

Y aquella mañana, viéndolo completamente ciego, le echaron a la calle a implorar la caridad pública. Vagó muchas horas, mostrando al sol sus andrajos, sin pedirle nada a nadie. El hambre y la sed lo mataban.

La luz cenital, reverberando en las calles, hiriéndole los ojos enfermos, le hacía sufrir horriblemente. Las piernecitas, flojas y endebles, ya no podían sostenerle. Tropezó otra vez. Iba a caerse en medio de la calle, a morir sobre las piernas.

De pronto sintió que una mano fuerte le agarraba por el brazo. “—¿Dónde es tu casa?” No pudo responder. “—¿Dónde vive tu madre?” Silencio del infeliz. Y el policía, porque era un agente del orden público, lo llevó a la Dirección. Allí le dieron, durante algunos días, comida y lecho. Volvió a la vida, renació de la muerte. Ahora en el hospicio, tiene cama en qué dormir, pan qué comer. La caridad oficial, recogiénolo del arroyo, le ha salvado. Si vuelve a ver el sol ya no será un vaga-

bundo mendigo, ni tampoco un criminal, en cuyo tobillo mor-  
derían los dientes de hierro de la cadena.

¡Ah! ¡Los niños engendrados al azar, en noches orgiás-  
ticas, húmedas de alcohol, que no tienen padres y cuya madre  
es una hembra, simplemente una hembra! La caridad oficial,  
viéndolos con ojos bondadosos, debe recogerlos, debe ampa-  
rarlos. Así, cuando sean hombres, los libraré de tender las ma-  
nos a las esposas en las cárceles, o en las puertas de los templos  
y en las esquinas, a todos los que pasan, implorándoles una  
limosna.

## LA INTRUSA

La vela esteárica, oculta tras un biombo, proyectaba —con las oscilaciones de su flama y sus chisporroteos— trazos fantásticos en la pared. La noche, una noche de junio, joyante de astros, iba rápidamente a su orto. Todo dormía en torno de la moribunda y de él en la solemne paz de la tierra, que pronto argentaría el alba. De las cumbres venía, a través del espacio, el aria melancólica de los gallos. En el techo, desde las rendijas, los grillos chirriaban interminablemente, tal como en la noche milenaria del mundo, escondidos en el espeso follaje de las gigantescas coníferas. Llegaba la plañidera canturria del próximo río, que él creía ver deslizarse, lentamente, con aguas más negras que las del Aqueronte, hacia el mar del olvido y de la muerte.

El, oculta entre las manos la frente febril de insomnios y meditaciones, pensaba en aquella tragedia de su vida, paladeando los más acres sulfatos de su dolor. Amaba, con la locura del corazón y de la carne, a aquella que había sido una adorable mujer, semejante, por la aristocracia de sus gráciles formas —como que era retoño de una estirpe selecta— al hermafrodita de la fábula. Cuando la conoció, su cabellera insólitamente profusa, tenía visos de oro, como un rincón de noche estriado de splendores lunares; su frente era un triángulo armonioso entre sus negros bandos; sus orejas eran dos finas

conchas de las melodiosas playas de Lesbos; sus cejas sombrías y aterciopeladas, como las alas de ciertas mariposas de la noche, cejas que se confundían con la iniciación de una nariz sin mácula, tal la de una Diana o una Minerva; sus pestañas luengas y unánimes como las de las vírgenes de las catedrales españolas. En el orbe de los admirables ojos, así como dos camafeos trabajados por un ilustre artífice, ya Juan de Segovia o Benvenuto Cellini, brillaban dos topacios incrustados de puntos diamantinos. Los labios eran armoniosos y casi mármóreos por lo pálidos, con un rictus de resignación por las asperezas y hieles de la vida; la faz, larga, de blancura láctea, el cuerpo gentil y fino, que la maternidad no pudo deformar; las manos como las de Juana de Aragón o las de Ana Bolena, una de éstas tendida aún a los siglos, desde la región del misterio; y los pies breves, rosas las uñas, alto el empeine, mostrando el insigne abolengo de su prosapia.

Tal era aquella mujer, cuando en el abril más amable de su vida, tras un ardiente prólogo de amor —aquel de Romeo y de Julieta— la hizo suya, previa la bendición sacerdotal. Dióle el tesoro de su carne y de su espíritu: carne de diosa y espíritu de ángel; puso algo de paz pradiar en aquella alma huraña y taciturna, tal como la selva de Dante; algo de miel de égloga de aquel corazón, que tenía la inquietud y la amargura del mar; y fue ella, para aquel Prometeo mental, una dulce oceánide que le dijo palabras de consuelo y esperanza. Mas, ahora, víctima de una terrible enfermedad, espantosamente demacrada, mostrando el armazón óseo bajo la lívida piel, ella se moría, sin una queja, mártir del amor, en el orto de aquella noche de junio.

Alguien andaba, con paso lento y sospechoso, por los corredores de la estancia. Se detuvo un instante en el umbral de la puerta, empujó y entró —escuchándose luego un rumor como de faldas de seda. Los remotos gallos suspendieron sus

estridentes clarinadas; del río no llegaba un solo rumor; únicamente un grillo prolongó su fúnebre chirrido, que parecía ir de su escondrijo al fondo de la Eternidad.

El, sobresaltado, escuchaba la aproximación de la visita invisible. Un gran suspiro llenó el ambiente, impregnado de un fuerte olor de creosota; los ojos de la enferma se abrieron extraordinariamente, ávidos de vida aún y unos dedos misteriosos los cerraron en seguida. Gimió la mujer palpando en el vacío; palideció, casi hasta apagarse la bujía: y un aire gélido, venido de la Estigia, penetró en el cuarto. Cuando él estrechó, temblando, a la amada yacente en el lecho, sólo suspendió un cadáver. La intrusa de Maeterlinck, menos corpórea que un fantasma, había salido por donde entró.

Ya el alba tendía su gasa argéntea sobre las montañas húmedas de rocío, semejando enormes turquesas o esmeraldas; los gallos la saludaban con sus resonantes dianas, desde la copa de los árboles; el río, laminado de luz, iba cantando armoniosamente entre sus riberas. Despertaba la naturaleza como al rumor de un inmenso epitalamio. Todo era vida: en el cielo, los pájaros volaban alegremente; en la tierra, se alborozaban los brutos; y, en el mar, en los azules abismos, rebullían los peces monstruosos.

Bajo el insulto de aquella alegría universal, aquel taciturno insomne, llen de fiebre, tuvo ímpetus de maldecir a la creación. Y dos lágrimas, como dos gotas de metal fundido, cayeron de sus ojos, rodando a la tierra indiferente. En la sala, entre los agudos gritos del coro familiar, a la luz de los cirios, yacía la muerta, tal como una dulce cristesa de un *marfil* antiguo.

## LA NIÑA DE LA PATATA

Ahora rememoro aquella gélida mañana otoñal, cuando, puestos los guantes y enfundado en mi gabán neoyorquino, subí uno de los puentes del *Graff Waldersée*, a ver el espectáculo del cielo y del mar, siempre emocionante y sugestivo. El transatlántico había salido ya del hirviente Canal de la Mancha, metiéndose, a grandes golpes de hélice, en pleno océano, que le acariciaba los costados con sus ventrudas olas plumizas, diademadas de espuma, sobre las que se arremolinaban las gaviotas que chillan angustiosamente en los adioses de Byron. Sobre la febril inquietud marina, de la que emanaba un potente soplo de abismo, el cielo septentrional, de un gris ahumado, parecía es remecerse con el viento venido de la lejana y misteriosa región ártica, donde el frío, en esa hora, cincelaba los bloques de hielo que las corrientes arrastran al tumulto de las olas atlánticas.

Mas, en mi corazón, a pesar del extraño y soberbio panorama, hacía presa la nostalgia de los ardientes y luminosos mares del trópico. Soñaba con los ojos puestos en las nubes cenicientas y en las aguas pardas, con las verdes bahías brasileras que acababa de recorrer; con el cielo, generoso de luz, que brilla sobre el Mar Canario; con las inmensas y azules soledades del Atlántico ecuatorial, donde los crepúsculos son ardientes orgías de colores; con las tardes y mañanas del Mar

**Caribe, cuando, recostado a babor o estribor, enhebraba sueños y pensamientos, anegados mis ojos en aquellos resplandecientes azules, siguiendo el paso de las algas, las uvas del trópico, arrastradas por las tibias aguas de la corriente del Golfo, o la perspectiva de las nubes en el horizonte sin límite, donde, a veces, semejan una tropa de ángeles volando a los altos círculos celestes; otras, arquitecturas de magia y espejismos; otras, rebaños paciendos en campiñas de ensueño o de ilusión, para transformarse luego en monstruos de fábula o de pesadilla: dragones apocalípticos, grifos y quimeras gigantes, pitones alados, toda una fauna, en fin, caótica y estrambótica, que se diluía lentamente en la sombra crepuscular.**

Iba, arañado por el frío, a refugiarme en el salón de fumar, cuando, por entre los huecos de las lonas que resguardaban el puente, apareció a mis ojos un espectáculo imprevisto. A proa, entre ruedas y cilindros de hierro, bajo la red de los cables embreados, apretábase un verdadero rebaño: todos los pasajeros de tercera: aldeanos, alemanes de barbas incultas; muchachas inglesas, de rostros secos y angulosos; emigrantes de los dos sexos y de todas las regiones europeas del norte; gentes, en fin, amontonadas allí por la fuerza, charlando en varios idiomas, calentándose con la aproximación, envueltas con el humo de las pipas, sufriendo los rigores de aquella cruda mañana, alimentadas como los cerdos, andrajosas y macilentas.

En medio de aquel maremágnum cosmopolita, alegre en su angelical inocencia, toda encendida del frío, muy regordeta, con los ojos que parecían dos lagos azules, con los burdos zapaticos rotos y el traje raído, envuelta la rubia cabecita en una mala manteleta, una preciosa niña, no mayor de tres años, un lindo querubín entre aquella soez hampa, quería comerse una gruesa patata caliente y medio cruda, que acababa de tomar de un cubo próximo. Es probable que cualquiera de los marineros de a bordo le hubiese hecho ascos a aquel manjar; pero

la criatura tenía hambre, hambre aguzada por el frío, y se veía su afán de mordisquear el duro tubérculo. Así, con él en las manos, ni los querubines de Murillo son más graciosos que aquella amable y dulce pequeñuela entre aquella muchedumbre trashumante, a bordo de aquel transatlántico que la llevaba hacia las costas de América, inconsciente de su destino, feliz con su grosera patata, bajo el bóreas hostil y sobre los vórtices del océano.

Una gran tristeza invadía mi corazón. ¿Cuál sería el mañana de esa deliciosa criatura? ¿Acaso, convertida en una linda mujer, alegrará con su tentadora juventud los grandes almacenes de New York o Chicago, inclinada sobre los libros de cuentas? ¿O tal vez, atediada de su monótono trabajo, se resuelva a ser cliente de los cafés cantantes de Broadway, y beba whiskey y fume, entre un círculo de calaveras, bajo la cruda luz de los focos eléctricos, al son de la música lasciva de la orquesta? ¿O aguardará, pasada la media noche, en el quicio de las puertas, trémula de frío, a los que vuelven a sus lejanos hoteles, ofreciéndose a ellos con el impudor de las busconas? ¿O será carne de burdel en esas casas de citas, que trata de disimular el puritanismo angloamericano?

Pero no, angelito de cuatro años, flor de inocencia, inefable pequeñuela. Te has de librar del mundo, del demonio y de la carne, de la astuta alcahueta y del Don Juan corrompido, del criado del hotel y del viejo libidinoso y has de ser, en un feliz futuro, la esposa de un honrado obrero o de un fuerte agricultor, para que de tu vientre, sano y proficuo, salga una raza de gigantes rubios, que sepan domar máquinas y remover montañas, en esos asombrosos Estados Unidos, recipiente de todos los ríos humanos, almáciga de naciones, crisol de pueblos!

Tal desea este pálido viajero, este taciturno soñador, que, en esta fría mañana otoñal, iluminó su noche interior con tu

risueño amanecer, y gozó del perfume de tu infancia, y bebió el rocío de tus azules ojos, y derramó su angustiosa piedad sobre tu cabecita blonda, y te amó, en un fugitivo momento de su vida, bajo el plumizo cielo septentrional, entre la áspera vocinglería de las olas del Atlántico.

## LA MUERTE DE DIONISIO

No está en lo cierto el gran Sófocles al asegurar que Dionisio, el vicio y neurótico tirano de Siracusa, murió de alegría, ni tampoco otros buenos historiadores, cuando dicen que murió envenenado por su hijo, que ambicionaba el trono. Dionisio entregó el alma a Plutón de una manera extraña. Ahora oíd la leyenda que contiene un antiguo pergamino encontrado en una empolvada biblioteca de las ciudades del sur de Italia.

\* \* \*

Dionisio regalaba con un magnífico festín a Dión, uno de sus ministros y generales más temibles, que había puesto terror a los escuadrones cartagineses.

El déspota era espléndido y caprichoso. Gustaba de reunir hombres célebres e ilustres alrededor de su mesa, para que lo tuvieran como protector de las artes y de la filosofía. Allí estaban esa noche Platón, Filisto, Damocles, Tocio, Fabricio, Cinias y otros muchos griegos y cartagineses, todos ellos filósofos, pintores, músicos y poetas.

El banquete tocaba a su fin. La música embriagadora de las hetairas hinchaba el cálido ambiente del salón, cubierto con mullidas alfombras de Cachemira y adornado con opulentas velas de Tiro; reía la luz de las antorchas en las armoniosas y desnudas estatuas, salidas del mágico cincel de Fidias, en los

delicados cuadros de Melanto y en las soberbias obras de Apelles, y el sueño invisible empezaba a coronar de adormideras las cabezas de los convidados.

Dionisio era feliz en aquel momento porque se encontraba borracho ya. Luenga barba innoble orlaba su rostro pálido por las frecuentes libaciones. Era tan encendida la púrpura de su manto, que parecía que acababan de sumergirlo en un baño de sangre. Descansaba su corona de oro sobre un trípode cercano, y la pulimentada calva de marfil resplandecía bajo el riquísimo techo, de donde colgaba una fulgurante espada de acero, amenazando a los comensales.

Habló el rey, sonriéndose estúpidamente: “No podéis quejaros de mí, buenos amigos. Artista y filósofo soy, y por eso os tengo en tanto aprecio y estima. ¿No es cierto lo que digo, Platón? Os he obsequiado con toda la delicada volatería del Atica, y con los más añejos vinos de Chipre y de Tenedos, en ánforas salpicadas de áureas estrellas. Tú, Filisto, mi cronista, lo puedes asegurar. Y tú, Damocles, medroso Damocles, ¿no estás esta noche contento del gran Dionisio? Si hubieras tenido más valor, la felicidad sería tu esclava. Te senté en mi trono, te hice adorar por mis guardianes, fuiste un monarca como yo durante algunos días, y renunciaste a todo esto por no tener sobre ti esa espada que cuelga sobre nosotros”.

Todos los invitados alzaron los ojos, viendo la terrible espada prendida al extremo de un hilo, temblorosa y resplandeciente.

Y él continuó:

—“Esto nos prueba, amigos, que la fortuna está amenazada de continuo por la desgracia, y que no siempre se es tan feliz como el rey Giges. Como tú, Platón, yo soy algo filósofo. Y no sólo filósofo, sino músico y poeta.

.. En Atenas haría furor con mi lira, y esta misma noble

y orgullosa Atenas, no ha mucho que premió una de mis tragedias, en las fiestas... ¡Oh, el Arte!...

En estos momentos oyéronse unos ayes que llenaron de estupor a la reunión.

—“No os asustéis —dijo Dionisio—. Son unos prisioneros que he mandado ejecutar. Me estorbaban. Mañana acabaré con los cabecillas de la última conspiración de Siracusa. Los más comprometidos tomarán cicuta, y los otros al destierro. Y no es que sea feroz ni sanguinario. Soy clemente y accedo a todo. A Calístenes lo hice ahogar en un tonel de vino: le gustaba mucho, sobre todo el Falerno. Heracles era partidario de los átomos: por eso lo mandé a cortar a pedazos. ¿Y Tedón? ¡El pobre decía que por el olfato se puede alimentar al hombre! Para hacer un ensayo, lo encerré en un jardín amurallado y a los siete días se murió de hambre, de pura hambre, a pesar del aroma de las flores. .

Dionisio llevó con mano torpe a sus labios la postrimera copa de Falerno, desplomándose completamente ebrio sobre el triclinio.

Agonizaba la luz de las antorchas; dejaron de vibrar las liras y una semioscuridad invadió la sala del festín. De repente la espada retorciöse como si tuviera vida, cayendo sobre la mesa y ondulando, serpiente de fuego, después de lanzar un silbido siniestro. Un grito de horror se escapó de la boca de los convidados, y sus semblantes se pusieron lívidos al reflejo trémulo de las antorchas. El reptil serpeó entre las ánforas y las fuentes de plata, lanzándose sobre la cabeza del tirano e hincando en ella sus colmillos. Enderezóse Dionisio rugiendo para caer en seguida inerte sobre la alfombra, en tanto que la fantástica culebra desaparecía en una de las sombrías esquinas del salón.

\* \* \*

Cuando llegaron los áulicos y los guardias, el rey yacía muerto sobre la alfombra de Cachemira, estrujando bajo la espalda su soberbio manto purpúreo, semejante a una fresca degollación, de donde surgía resaltando su cabeza pálida, bajo el bosque de los brillantes sables desenvainados en lo alto de las antorchas traídas por los esclavos atónitos.

## EL ESTILO

Los que piden a prosistas y versificadores que se expresen con claridad, de tal modo que pueda entenderles el vulgo, ignoran que la literatura, como la ciencia, tiene su lengua única, incomprensible para la muchedumbre. Esta lengua, purificada, refinada y quintaesenciada por todos los artífices del verbo, es como un secreto sacerdotal, cuyo conocimiento exige una iniciación previa. Los léxicos no son más que opulentas minas, donde están, entre las brozas del idioma, que son los tópicos viles y comunes, confundidos los metales preciosos, el oro y la plata. El genio del escritor debe extraerlos y separarlos, acunándolos después en sus troqueles. Semejante procedimiento llevado a la suma perfección en la literatura moderna es el que ha producido las más exquisitas prosas y los más refinados versos, en los que no se sabe qué admirar más, si la impecable factura o el recóndito pensamiento, que siempre deben ir unidos, como el lema y el metal de las medallas insignes.

Un alto y noble estilo no es más que el producto de la paciente selección del lenguaje. Hay vocablos de orígenes bárbaros y oscuros, cuya sola presencia mancha y envilece a los que están cerca, aun cuando sean de la más noble prosapia. Sus consonantes y sus vocales, de una horrible combinación en las fauces del hombre primitivo que trató de producir alguna onomatopeya brutal, nos traen, de súbito, la rememoración

de la selva, con su gruñido de fieras y estruendo de aguas. Metidos en la armonía verbal del estilo, a lo mejor, saltan ante los ojos como groseras alimañas, almizclando el ambiente de la página y mostrándonos su dudoso pelaje. Cuando el artista —prosador o versificador— se halla en sus jardines estéticos con palabras de esa índole, debe eliminarlas en el acto, sustituyéndolas con otras que tengan un más puro abolengo. Búsquelas cuidadosamente, sondee el idioma, torture su imaginación, que las encontrará siempre, engarzándolas armoniosamente con las demás, como si fueran perlas encadenadas por un hilo de oro.

El estilo será siempre una de las más arduas preocupaciones de los escritores de sangre ilustre, de los verdaderos estetas, quienes trabajarán en una labor benedictina, por darle la suavidad de la seda, la limpieza del jaspe, el centelleo de las gemas, la instrumentación verbal. Labor difícil y dolorosa es ésta, en que se borda, se burila, se pule, se labra y se armoniza el lenguaje, empleando todos los medios, retorciendo las frases, seleccionando, una por una, las palabras. El idioma, a veces, se encabrita y rebela como un potro salvaje; mas fustígalo el domador terriblemente, y la bestia acata en seguida la represión del freno, la muda orden de la mano, la enérgica tiranía de la espuela. A la postre concluye por ser un bruto de paseo, de gallardo continente y cuyo dueño puede ponerle la silla y el arnés, sin cuidado, seguro de que le recibirá jubilosamente en su lomo.

## UN ENTIERRO

Aquella tarde de aquel día —un día de un año del que no quiero acordarme— salí a recorrer las calles de Tegucigalpa, ciudad que no veía desde hacía mucho tiempo. Caía una lluvia fina, monótona y desesperante, mojando los tejados de las casas, las ruinosas aceras sin nivel, las calles empedradas con guijarros, esos guijarros puntiagudos que me hacen pensar en horribles galopes de caballos con herraduras y en carretas chillonas rodando sobre ellos. Crucé el puente, aletargado sobre el río, y recorrí varias calles desiertas, presa ya de un hastío sin límites, que me traía a la memoria recuerdos melancólicos y fúnebres. Los tejados de algunas casas doblegábanse bajo el peso de un siglo de aguaceros, amenazando la cabeza de los transeúntes. Algunos redondos postigos abiertos por casualidad, me veían al paso, como si fueran grandes ojos oscuros sin expresión. Pasaban casas y más casas, aceras y más aceras, callejones estrechos, calles desoladas, ventanas conventuales, tejados oblicuos; todo bajo aquella llovizna interminable que caía del fondo del cielo nebuloso, sobre la ciudad muerta, con la abrumadora constancia de que no había de suspenderse nunca.

Al pasar frente a los almacenes pude fijarme en uno que otro. Polvosos estantes llenos de cajas de cartón, simétricamente alineadas, conteniendo sin duda encajes antiguos, sombreros de Maricastaña, géneros inverosímiles y dijes parisienses del

año cincuenta. Todo indicaba falta de movimiento, de comercio, de actividad. En el fondo de las tiendas, dos o tres viejos amigos, de barbas descoloridas y ojos apagados, hablaban sin duda de probables matrimonios, de la pobreza del país, tal vez de política. En los mostradores, entre la clásica vara española de medir telas y las balanzas inválidas de pesar especias, dormitaba algún dependiente de chaqueta con pretensiones a lechuguino, o asomándose a la puerta, me seguía por largo tiempo con ojos curiosos e imbéciles. Y aquella lluvia, aquel polvillo blanco que caía sobre la ciudad, armonizaba del todo con aquellas calles torcidas, heladas y desiertas; con aquel ambiente húmedo, poblado de bostezos; con aquellas casas antiguas, con aquellas aceras carcomidas, con aquellas gentes soñolientas. .

Una angustia inmensa invadía mi corazón, y probablemente hubiera echado a correr, si a la vuelta de una esquina no me encuentro con varios hombres vestidos de trajes negros, agrupándose a la puerta de una casa de aspecto triste. Iba a seguir mi camino, huyendo de ellos, cuando alguno me presentó una vela esteárica e inconscientemente me vi incorporado a un cortejo fúnebre. Adelante iba el ataúd, en hombros de seis personajes mudos, probablemente habituados a llevar difuntos, por el aspecto indiferente de sus rostros, cubiertos de barbas despeinadas y ásperas. Atrás, sin guardar ningún orden, por pelotones, caminaban los demás invitados, con aires imperturbables, haciendo sonar sus zapatos acompasadamente sobre el húmedo empedrado. Y mientras íbamos así, bajo aquella llovizna interminable, tras aquel ataúd que encerraba un difunto cuyo nombre no sabía yo, ni pronunciaba a mi lado ninguno, las campanas de la Parroquia doblaban lentamente, con unos dobles agonizantes, llenando la helada atmósfera de quejas y de tristeza infinita mi corazón. Caminábamos como una procesión de idiotas o de sonámbulos, sin dirigirnos la

palabra, sin volver la cabeza a ningún lado, sin pensar en la vida, ni en la muerte, ni en nada, en dirección al cementerio, tras aquella caja negra que llevaban aquellos hombres extraños.

¿Cuánto tiempo duró aquel viaje casi fantástico? No lo sé, tan olvidado iba de mí entre aquellos espectros. Por mi parte hubiera querido que no terminara nunca, que siguiéramos caminando así por muchas horas más, recorriendo calles sin término, bajo aquella llovizna eterna, oyendo a lo lejos los dobles lentos y pausados, pausados y lentos de las campanas. Cuando pude darme cuenta de mi situación, estaba en el camposanto, viendo sacar a un sepulturero de cara salvaje, grandes paletadas de esa horrible tierra roja y abetunada de nuestros alrededores, cuya vista me daña intensamente los nervios. Los fantasmas, mis compañeros del cortejo fúnebre, se acercaron a la huesa mirando con ojos inmóviles y soñolientos, cómo iba el cajón descendiendo al fondo de ella; y cuando todo terminó a la borrosa claridad del crepúsculo de aquella tarde indescriptible, se marcharon con caras indiferentes los que quedaban, bajo aquella llovizna lenta, interminable, eterna, olvidándose del amigo enterrado en aquella tierra roja, en aquel barro pegajoso, en aquel betún color de sangre, que me hizo pensar por mucho tiempo en cementerios sembrados de frescos y elegantes cipreses y en sepulturas cubiertas de flores y bañadas de alegre sol.

## LA SIGUANABA

Yo me acuerdo de una dulce canción alemana, de una canción de Heine, tan triste como algunos versos del *Intermezzo*, tan llena de susurros como los pinos de la Selva Negra, tan impalpable como las pálidas nieblas del otoño. .

Es una canción que puebla mi alma de reminiscencias de cuentos de hadas, de brumosas narraciones góticas, de leyendas germánicas referidas al calor y a la paz del hogar, mientras la cerveza hierve en las jarras, corre a lo lejos entre los viñedos murmurando el Rhin y el viento gime en los deshojados árboles del huerto, que tiritan bajo la lenta lluvia de plumillas de nieve.

Es la canción de Lorelei, la canción de la Siguanaba alemana, más terrible y más pérfida que la nuestra:

No sé lo que por mí pasa,  
que tal tristeza me da:  
un cuento de edad remota  
clavado en mi mente está.

Sopla el cierzo y anochece,  
y tranquilo corre el Rhin;  
la cumbre del monte dora  
el sol que baja a su fin.

Sentada allá arriba se halla  
la más hermosa mujer:  
relucen sus joyas de oro,  
de oro es su pelo también.

Se peina con peine de oro,  
se peina y canta a la par,  
y tiene mágico hechizo  
su melodioso cantar.

El pescador en su barca  
la oye con hondo placer:  
no repara en los escollos,  
mira en alto a la mujer.

Al fin perece en las olas  
con su barca el pescador,  
por prestar incauto oído  
a ese canto seductor.

Esta balada muchas veces me trae a la memoria el lejano recuerdo de mi niñez, cuando sentado en el umbral del hogar, al toque de oraciones, oía en religioso silencio los inocentes cuentos que nos refería una buena y sencilla anciana, que Dios debe tener en su seno, porque estoy seguro de que se murió libre de todo pecado, si acaso puede suceder esto en este valle de lágrimas.

Después que las esquilas llenaban de lentos rumores metálicos el aire, cuando agonizaban sus pausadas voces de bronce en el vacío, la jovial viejecita, repasando las cuentas de su rosario, sentada en la invariable butaca de cuero, con su aspecto de no mentir jamás, porque ella también lo creía de buena fe, nos contaba, tosiendo a intervalos, algunas leyendas lugareñas de duendes y de apariciones.

Pero lo que más influía en mi imaginación, lo que más me preocupaba por aquel tiempo, lo que más atraía mi interés, era el cuento de la Siguanaba, un cuento burdo que no dejaba de llenarme de cierto terror.

¡Ah! ¡La Siguanaba! ¿Conque era cierto que existía aquella mujer? ¿Conque se la encontraba en los ríos, en los remansos poco profundos, bañándose a la claridad de las noches serenas? ¿Conque a veces, a la boca de la oración, tal vez a la media noche, aparecía junto a las quebradas, en las llanuras solitarias, a la falda de ciertos montes, envuelta en la dudosa luz del crepúsculo o en la atmósfera de plata de nuestras lunas llenas?

—Yo la he visto, con estos ojos que se ha de comer la tierra, decía la narradora— viendo en nuestros semblantes pintada cierta incredulidad—. A veces se aparece bajo la forma de una vieja cubierta de ropa sucia, buscando algo entre la yerba de los campos; a veces en los ríos, con el aspecto de una hermosa joven que canta con voz dulce, mientras golpea sus harapos contra las piedras del lavadero; entonces es más peligrosa porque llama a los hombres, y cuando éstos se acercan a ella, los arrastra al fondo de la poza, de donde jamás vuelven a salir. Es muy mala: ¡cuidado con la Siguanaba!

Tanto nos repitió esto, que al fin acabamos por creerlo. Yo, si he de ser franco, siempre me la figuré joven, bella, atrayente: casi llegué a amarla por el misterio de que estaba rodeada.

Así se deslizó mi infancia, llena de inocentes creencias, arrullada por sencillos cuentos, mecida por vagas y dulces leyendas.

Muchas veces ansié encontrarme con la Siguanaba, verla de cerca, saber si realmente existía.

Porque aquella mujer errante, aquel hermoso fantasma de los senderos pedregosos, de los campos cubiertos de mato-

rrales y de espinos, de las rumorosas playas de los grandes ríos, de las laderas de las montañas, atraía vivamente mi imaginación soñadora y febril, en la que, como pájaros implumes, estaban adormecidos y aletargados mis delirios y mis ansias de joven.

Cuántas veces, en los parajes sombríos, creí escuchar el eco de su voz en el rumor del viento venido de los bosques profundos!

¡Cuántas veces, a la hora del toque de oraciones, me pareció que iba a alzarse de pronto entre las altas yerbas temblorosas, tras las próximas zarzas, en el oscuro límite del horizonte!

¡Cuántas veces, cerca de las cascadas espumantes y rugientes, en la margen de los ríos orlados de nenúfares y sombreados por ceibas corpulentas, a la melancólica claridad de la luna, cuyo disco parecía, en el azur despejado y tranquilo, una claraboya de luz, me pareció de súbito escuchar su acento a lo lejos, como entre los enormes peñascos, tras las matas de los salvajes lirios acuáticos, siendo así que era el ruido parlero de la cascada o la canturria monótona de las aguas del río!

¡Ah! No la vi, no veré jamás a la Siguanaba. Huyó mi niñez y también huyó con ella; huyó para siempre. No la buscaré más en las campiñas, no la buscaré más en los montes, no la buscaré más en los ríos. No está ya en ninguna parte, no aparece por ningún lado: sólo la viejecita, la pobre viejecita aquélla, pudo verla y morirse creyendo en que de veras existía.

Dichosa la anciana, dichosa mil veces. Dichosos los que piensan aún en la Siguanaba; dichosos. Ellos tienen todavía creencias, gozan y sufren con las leyendas de antaño, viven una vida feliz, la vida de la eterna infancia del cerebro y de la eterna sencillez del corazón.

No son como yo que perdí para siempre la fe; que he sido disciplinado con disciplina de hierro por una civilización des-

creída; que he absorbido los éteres mortíferos del pesimismo contemporáneo; que he sido impasible testigo de un duelo a muerte entre las seculares ideas y los nuevos principios; que he visto a mi alrededor desvanecerse, como jirones de niebla, los fantasmas que turbaron el sueño de mi generación.

¡Qué no diera hoy por volver a creer en la Siguanaba, por volver a sentir los temores que me hizo sentir en mi infancia!

Todo lo que he aprendido sobre los pedantes libros de los retóricos griegos, de los poetas latinos, de los brumosos filósofos alemanes.

Todas las negaciones y afirmaciones de Heráclito y Demócrito; todas las odas de Horacio y de Virgilio; todas las dudas de Hegel y los sublimes pensamientos de Kant.

Todo, todo eso diera. En cambio me quedaría un corazón puro, una alma sencilla y límpida, llena de creencias vulgares, pero inofensivas; y la fe, sobre todo, la fe en el Dios de mis abuelos, que estaba medio oculto entre grandes nubes, con los brazos extendidos sobre el mundo terrestre, la barba celestial caída sobre el pecho y los ojos cargados de siglos.

## NATURA

Una de estas tardes estaba sentado a la margen de nuestro río, sobre una de esas grandes lajas erizadas de ásperos poliedros y de ángulos rudos.

Un musgo raquíptico, verde, húmedo, medio oculto bajo las hojas secas, crecía miserablemente entre los huecos donde el río había dejado un poco de limo que arrastra en la estación de las lluvias.

Varios árboles entrelazaban su ramaje sobre mi cabeza, formando una especie de dosel, a través del cual, sin embargo, tamizábase suavemente el sol, bañando de una claridad de oro el fondo transparente del agua que corría con mansedumbre a mis pies.

Un centenar de insectos acuáticos, de largas y débiles extremidades, se deslizaba con vertiginosa rapidez sobre la tibia superficie resplandeciente. Corrían, saltaban, huían, se aproximaban, formando círculos, extrañas figuras geométricas o diseminándose instantáneamente por todas partes.

Enfrente, en la orilla opuesta, veíase una gigantesca roca cortada a tajo por un cíclope hace cincuenta siglos.

A la ceja de ella se asomaban varios matorrales espinosos, ásperos, casi agresivos, y algunos extraños arbolillos, en raras actitudes, en estrambóticas posiciones, medio doblados de rodillas o en ademán de arrojarse al fondo de la poza cercana.

Hundido en un mar de pensamientos, veía distraídamente desde el lugar donde me encontraba, el agua murmuradora que corría cerca, el precipicio que tenía enfrente; los peñascos bravíos que se alzaban a lo lejos, ceñidos de un cinturón de espuma borbollante.

Iba a ponerme de pie, porque la tarde moría en el ocaso tiñendo el cielo de todos los colores del arco iris, cuando algo que se agitaba ante mis ojos me llamó la atención.

Un gusano, un gusanillo de color verde claro, más claro que el de las hojas de las ramas que tenía sobre mí, flotaba temblando en el aire, mecido por una fresca ráfaga de viento venida del próximo soto.

¿De qué modo estaba suspendido el diminuto insecto? ¿Cómo era posible que se atreviera a lanzarse a un abismo tan grande para él como para nosotros el espacio atmosférico? ¿Qué razón lo había empujado a buscar lo desconocido?

A completa merced del viento, el pobre no tenía un momento de tranquilidad y así era llevado y traído *constantemente*; pero, cuando aquél dejó de balancearlo con peligro de su vida, poco a poco fue descendiendo hasta tocar en la roca.

Pude entonces fijarme en él. Un hilo finísimo, más fino que el hilo de las Parcas, más fino que el filo de la hoja de acero más afilada, cien veces más fino que el hilo de una araña; un hilo que habría desesperado a uno de esos admirables tejedores de la India, poníalo en comunicación con la rama de donde descendiera un momento antes.

Probablemente, en busca de sustento más delicado y tierno, había bajado al suelo, porque en seguida lo vi trepar a un débil tallo, el que empezó a roer con voluptuosidad y delicia, hinchando sus minúsculos anillos, sin fijarse en un moscardón que zumbaba cerca de él, arrojándole miradas amenazadoras con sus ojitos saltones y sangrientos.

Poco después hubo una desesperada lucha, un duelo a

muerte entre los dos, que me pareció el choque de una de esas águilas leonadas de garras férreas y pupilas como ascuas, con una de esas enormes serpientes crecidas al calor y a la humedad de los bosques vírgenes.

A pesar de la heroica defensa que hizo el mísero, no pasó mucho tiempo sin que fuera presa del alado bandido, quien después de matarlo, comenzó a chupárselo lentamente, de igual modo que los pulpos se chupan a los cangrejos en el tranquilo fondo de las vastas bóvedas marinas.

Aquel terrible espectáculo se cambió por otro más repugnante. El vivo arrastraba al muerto sobre el campo de batalla, hacía befa de la suerte del infeliz, manchaba con una saña ruin el triunfo conseguido.

No de otro modo el furibundo Aquiles, después de vencer al ligero Héctor, lo ató por los talones a su veloz carro de guerra, arrastrándolo así alrededor de los muros de la ciudad sitiada, sin que lo enternecieran los alaridos de las mujeres de Ilión.

Sentí un odio mortal, un odio profundo contra el vencedor. ¿Por qué le había quitado la vida al otro? ¿Qué ofensa le había hecho aquel miserable ser, para que se vengara en él de una manera tan espantosa? ¿Qué terrible misterio ocultaba aquella escena que había tenido un fin tan trágico?

Estaba haciéndome estas reflexiones, cuando he ahí que un pájaro tornasolado cae con la velocidad del relámpago sobre el moscardón, arrebatándolo del suelo y llevándolo prisionero en el pico por donde antes, sin duda, había brotado un raudal de armonías.

Mis ojos, fijos en aquellas escenas, se humedecieron entonces, no sé si de placer o de dolor. En un segundo averigüé uno de los más terribles y sombríos misterios de la naturaleza, ante el cual no valen nada los de Eleusis: el misterio de la vida y de la muerte.

Aquel gusanillo devorando el tallo, aquel moscardón devorando al gusanillo y aquel pájaro devorando al moscardón, me revelaron el equilibrio de la vida, el equilibrio de la naturaleza, el portentoso equilibrio universal.

Si no fuera por esa caza inconsciente y despiadada, tal vez la materia sufriría una plétora mortal. Pero no; la materia no aumenta ni disminuye, la materia no está sujeta a ciertos vaivenes, la materia no puede reducirse, ni tampoco desbordarse del vasto recipiente de la Creación.

Una suprema sabiduría ha organizado el laboratorio de la naturaleza; una suprema voluntad hace girar armoniosamente la vida en eternos círculos; un arte supremo talla los mundos que, disparados por su órbita sublime, van rompiendo por los cielos sin fin.

Los seres se comen a los seres. De otro modo no se podría vivir, ni se podría morir. Esto parece monstruoso; pero no es así. Devorados y devoradores, cumplen una ley ciega, un fatalismo inexorable, un decreto de la providencia.

En el aire, en la tierra y en el mar, está patente esa lucha por la vida y por la muerte. El milano devora a la paloma; el tiburón devora al atún; el tigre devora al antílope; y el hombre, el hombre mismo, devora al hombre.

¡Qué grande es esto, visto desde las altas cúspides del espíritu! ¡Qué sabio, qué bondadoso, qué bueno parece Dios, si reflexionamos en este problema gigantesco y misterioso, planteado por todas partes con cifras vivientes, que tienen voluntad e instinto!

La muerte devora a la vida y la vida devora a la muerte. Las células se devoran las unas a las otras, pasan por todos los intestinos de la Creación, y se dilatan, en el infinito curso de los siglos, en nervios, en músculos y en cerebros, a través de todas las transformaciones y evoluciones palingenésicas!

## EL GRILLO

El grillo es más viejo que las inscripciones de las pagodas indostánicas, que los ladrillos cuneiformes de Babilonia, que las apergaminadas momias de Egipto.

El grillo es contemporáneo de la selva carbonífera. En medio de aquella vegetación monótona, en la glacial obscuridad del mundo primitivo, el grillo, rey y señor del planeta, cantó mucho tiempo, tal vez algunos siglos, oculto en los rumorosos follajes.

De este modo se acostumbró a la sombra, a encariñarse con las tinieblas, a vivir en la dilatada noche que envolvió el mundo naciente, aún no purificado de los miasmas del Caos.

El, desde el fondo de los temerosos bosques, vio las primeras bandadas de enormes cocodrilos, abriendo las jetas sobre los pantanosos ribazos, que limitaban los terribles mares de entonces.

El vio a los colosos de las olas, a los ictiosauros y plesiosauros, abortos de un génesis delirante, devorarse a terribles dentelladas en la cima de una montaña líquida, rechinando las mandíbulas de hierro, retorciendo sus metálicos anillos de dragón y azotando con la cola el hervor oceánico.

El, debajo de una hoja, en un hueco de la corteza de un árbol, escondido entre los guijarros, oyó el rumor de los pasos de los rebaños de monstruos de los colosales cuadrúpedos;

escuchó los resoplidos de sus elásticas trompas alargándose entre las yerbas, y sintió que desgajaban a su alrededor, arrancadas de cuajo por sus hocicos formidables, las corpulentas ramas de los grandes árboles.

El asistió a la edad de piedra y conoció al velludo oso de las cavernas y al reno, que llevaba sobre el testuz un bosque de cuernos.

Cuando vino el reino de la luz, cuando el sol brilló alegremente sobre las sombrías cordilleras, el grillo se puso triste, sintió la nostalgia de la obscuridad y colgó su violín entre las hojas, que empezaban a colorearse de un verde brillante.

Así se explica su silencio durante el día; su indiferencia por todo lo que está bañado de fulgores, su desprecio por la flora del mundo contemporáneo.

Es un asceta, una especie de monje entre los insectos. Nunca sale de su agujero, de su cueva, del rincón en donde vive.

Casi no tiene idea de lo que es nuestra naturaleza, porque no la ha visto a la luz del día, ni quiere tampoco verla.

Es uno de esos retrógrados inconscientes del mundo animal; un infeliz sonámbulo de la gran noche que siguió al relámpago del génesis; un extraño en la Tierra actual.

Nunca ha visto una mariposa, ni sabe lo que es una libélula, ni ha tenido coloquios de amor con las violetas, ni se ha dormido sobre el voluptuoso seno de las rosas de abril.

Es un músico desgraciado. Su instrumento, su monótono y viejo violín, no tiene más que una cuerda, una chillona y destemplada cuerda, que él hace sonar incansablemente en las largas horas de la noche, lamentando su mísera suerte y echando de menos su tenebroso reinado de otros tiempos.

Por eso su serenata es tan triste. Oyéndola, fijándose en ella, siguiendo su chirrido sin término, vienen vagamente a la memoria las épocas geológicas, se hunde la imaginación en

un caos informe, y aparecen, en un crepúsculo indeciso, vegetaciones raras y fantásticas.

El grillo se calla a la aurora. Presiente la luz, la odiada luz, y se oculta tímidamente. Buscadlo entre las matas, buscadlo en el césped, averiguad su paradero y es fácil que no deis con él.

Pero si os empeñáis, si persistís en vuestro intento, si removéis las piedras, un insecto obscuro brincará ante vuestros ojos, procurando ocultarse por todas partes.

Es el grillo, el infeliz proscrito, el eterno desterrado del día, que huye, saltando trabajosamente en busca de un asilo miserable en donde ocultar su vergüenza y su timidez.

Dejadlo escaparse; no lo persigáis; no cometáis la ingratitude de matarlo. Acordaos de que cuando él vino al orbe; de que cuando él alegraba la horrible selva carbonífera; de que cuando él imperaba como dueño del mundo vegetal, el hombre, el déspota de hoy, el que arranca el rayo del vientre de la nube, el que arranca el coral del fondo del océano, el que arranca el oro de los riñones de la roca, aún no pisaba con el pie desnudo la tierra virgen, ni había vencido al león africano, ni había domado al corcel árabe, ni había sentido la cariñosa lengua del perro lamiéndole las plantas.

## LAS OLAS

El mar era vasto, fosforescente, misterioso.

Monstruosas sombras abrían sus fauces negras delante del vapor, a ras de la líquida superficie, mudas, enmarañadas, hoscas, llenas de vagos pliegues, de casi invisibles estremecimientos, como si gozaran de vida real sobre la gran palpitación de las aguas.

Arriba —en el fondo de un cielo impasible— había un moribundo centelleo de astros; y abajo, en el elemento salobre, como enormes luciérnagas, como colosales sierpes lívidas, como la estela de plata de un meteoro, saltaban puntos luminosos, enroscábanse círculos de fuego pálido, y brillaba la estela del vapor, que movía su máquina y sus hélices, rompiendo la red líquida, golpeando el agua, haciendo estallar furiosos copos de espuma, y produciendo un traqueteo sordo y monotonó.

Y una fresca brisa soplaba trayendo una oleada de exóticos perfumes, humedeciendo las frentes ardorosas y pensativas, alborotando las cabelleras descubiertas, hinchando los pulmones y el pecho abierto al horizonte.

Y arriba seguía el centelleo de los astros. Y abajo el ruido de las olas.

¿Cantaban? ¿Reían? ¿Lloraban? A veces hería los oídos un como canto triste, tristísimo; después risas femeniles brota-

ban del abismo del mar, y luego sollozos, sollozos vagos, contenidos, desgarradores, que se llevaba la brisa, la brisa húmeda y fresca.

Y ¡oh poetas, oh soñadores, oh magos de la leyenda! los viajeros pudieron percibir extrañas voces como que si hablara cada ola.

—Yo soy la Ondina, hija del verde mar. Mis ojos melancólicos son glaucos como él. Habito un palacio submarino hecho de conchas irisadas. Yo sé dónde se esconden las perlas de mis dientes y el coral de mis labios. Soy inmaculada como la nieve, y tengo el corazón frío, aunque ya amé a un náufrago de bozo de oro, a quien encontré muerto sobre la blanca arena de una playa, sin que lo pudieran revivir mis besos helados. Ningún mortal ha podido ver las delicadas curvaturas de mi admirable cuerpo.

—Yo soy el Tritón, el viejo Tritón de la historia olímpica. Conocí a Neptuno, al padre Neptuno, y vi nacer a Venus entre la cándida espuma. Surgió llena de belleza, de majestad y de amor. Yo estaba tras una roca, espionando aquella prodigiosa desnudez, bañada por los fulgores de la aurora. Después tras la muerte de Júpiter, me atreví a salvar las columnas de Hércules y heme aquí a merced de este viejo loco del océano, que se tambalea como si se hubiera bebido mil ánforas de Chipre. Gústame el soplo de la tempestad, y voy dando saltos monstruosos sobre las ondas irritadas, lanzando al viento, mi viejo amigo, las ásperas notas de mi canto.

—Yo soy la Sirena, la bella y aleve Sirena. Dióme la mujer la armonía de su espléndido torsi y el pez su cola de escamas brillantes y fulgores extraños. Canto a la luz perlada de la luna, bajo la tibia superficie del mar en calma, o en el escollo, donde hago estrellarse los débiles esquifes y las enormes naves. Mis ojos son de un purísimo azul marino, y sólo los náufragos han visto el ensueño de mi seno y mis armoniosas

caderas, llenas de una voluptuosidad infinita, desconocida para el hombre.

Y en esto el viento, batiendo las alas con más furia apagó aquellas extrañas voces, en tanto que el vapor seguía rompiendo las aguas con su traqueteo sordo y monótono.

## LA ROSA

Acababa de surgir la Tierra del Caos, a la voz del Omnipotente Ser Supremo.

Envuelta entre cándidas nubes, como en velo de desposada, recibía con emoción, en el blando tálamo del azul, el primer beso de fuego del sol, de su almo enamorado, de su ardiente esposo, que le derramaba luz en su seno fecundo y negro.

\* \* \*

¡Cómo se recreaba sobre ella la generosa mirada del gran Dios, desde su trono de astros del infinito!

Le había dado para sus sienes la corona de luminosas estrellas del abismo; para sus labios la lluvia húmeda y fresca; para su seno la inagotable fecundidad.

Tenía por cabellera las ásperas montañas; en sus entrañas se cuajaba el oro, y reflejábanse sus enormes caderas de granito en el tembloroso espejo de los mares.

\* \* \*

En el Edén celebrábase una fiesta de luz y de amor. Sonaba entre los follajes paradisíacos un como concierto celestial,

que ponía temblor de armonía en las altas yerbas, en las fuentes que se desataban en espuma, en las serpientes que se enroscaban con voluptuosidad a los robustos troncos, en los leones que sacudían blandamente la crin hirsuta, en los tigres que se desperezaban bajo la cálida caricia del sol y en el membrudo elefante, que resaltaba majestuoso, en medio de aquella vegetación exuberante y soberbia, humedecida con el rocío primitivo.

\* \* \*

Y el padre Adán era el rey del edénico jardín, donde lo había puesto el Señor para que gozara de todos los frutos, menos del fruto del misterioso árbol de la vida, que le estaba prohibido, porque guardaba en su sabrosa pulpa el jugo del supremo deleite.

\* \* \*

Los lirios dábanle su perfume; el panal, la miel rubia y grata; las grandes ramas, su comfortable sombra; el césped, mullido lecho; y Eva, la que después lo incitaría al pecado, la cándida sonrisa de su virginidad en flor.

Y él se paseaba feliz por los tibios senderos, bajo las frondosas higueras, entre los fragantes arbustos, envuelto en la armónica oleada de un como concierto celestial...

\* \* \*

Al pie de un venerable cedro, entre las verdes hojas, veíase una flor admirable.

Era más blanca que el plumón del cisne; más blanca que la nieve de la montaña; más blanca que la espuma marina;

más blanca que el vellón de un cordero pascual; más blanca que la errabunda nube de azul; más blanca que la tierna epidermis de Eva, que cerca, sentada entre floridas matas, acariciaba con sus gráciles manos la enorme cabeza de un tigre ágil y nervioso, de lengua roja entre los dientes agudos, y de ojos verdes, echado con mansedumbre a sus pies.

\* \* \*

Acercóse Adán a la flor.

Ella, avergonzada plegando sus pétalos, escondíase entre las hojas de esmeralda; pero él, ante aquella casta desnudez, fijó una mirada en el seno de su corola; y la flor de nieve, bajo la influencia del pudor, fue coloreándose de un tinte sonrosado como el de la encarnación seráfica...

\* \* \*

Y así te quedaste para siempre ¡oh flor divina, oh virgen edénica, oh reina de todas las flores!

## MR. BLACK

A ANTONIO CALLEJAS

Creo que si volviera al lugar donde estuvo la escuela de Mr. Black, se despertarían extrañas reminiscencias en mi memoria, tal como le sucedió en Londres a Edgar Allan Poe, al volver a visitar la escuela del *dómine* Brandsby; pero, aunque volviese allí, tendría que hacer un gran esfuerzo mental para reunir los pensamientos que abandoné hace doce años en el vetusto caserón, porque hoy, en el lugar de él, álzase un elegante edificio moderno, donde se oyen sonoras carcajadas femeniles y músicas de instrumentos de cuerda, en vez de los ayes de los párvulos martirizados por las disciplinas del ogro, que durante el día nos enseñaba aritmética, y por la noche, a la luz agonizante de una lámpara de alquimista, nos hacía rezar el rosario, de rodillas sobre las baldosas de la celda que le servía de cuarto. Creo innecesario decir que cuando alguno de nosotros cabeceaba, rendido por el sueño, era agarrado de la oreja por la mano de Mr. Black, y columpiado cerca del techo, donde se despertaba dando alaridos. Poniéndolo en el suelo otra vez, el gigante continuaba su interminable rosario, con voz monótona y pacata, golpeándose el pecho, mientras nosotros nos veíamos a hurtadillas llenos de terror.

Para figurarse con verdad a Mr. Black, hay que describir el edificio de su escuela, tal como era cuando yo viví en él durante tres años mortales, que no olvidaré ni en la otra

vida, con ser que allí se olvida todo. Imaginaos una antiquísima casa, llena de telarañas, con las tejas cubiertas de musgo y con un patio empedrado de guijarros volcánicos, probablemente del período paleolítico; patio desconocido de los pájaros del cielo y donde jamás había nacido una sola flor. Horribles paredones negros aislábanlo de toda comunicación con las vecinas casas y sólo de cuando en vez, por una rara casualidad, asomábase a él, desde lo alto, uno que otro gato perdido, que lo examinaba atentamente lleno de asombro, con los bigotes erizados, huyendo en seguida a grandes saltos. Los murciélagos y las lechuzas, a la luz de la luna, aleteaban en él; los ancianos pilares proyectábanle sus sombras y los grillos lo asordaban con sus monótonos chirridos. En las noches tempestuosas, el viento aullaba sobre el edificio, sacudiendo aquella vieja armazón, cubierta de polvo de cien años, como si quisiera arrastrar su descarnado esqueleto de vigas. El sol, por la mañana apenas calentaba aquellos corredores húmedos, donde sonaban huecas las pisadas y los ratones tenían sus agujeros. Un fuerte olor a mohó, a vejez, a hongos podridos, se cernía de continuo en aquel ambiente, que, como el agua de ciertas fuentes las raíces que va mojando, tenía la cualidad de petrificar lentamente las carnes de los niños, dándoles el color de la piedra pómez y cubriéndolas de un polvillo terroso.

A esa maldita escuela fui llevado un día de enero, a las ocho de la mañana, cuando apenas contaba diez años. Al ir a entrar, volví maquinalmente los ojos a la calle, que no volvería a ver mas, para despedirme del tibio sol que bañaba las paredes de las vecinas casas; de dos o tres pilluelos, mis amigos, que me habían seguido de lejos con caras tristes; y de dos bueyes, gordos y mansos, que pasaron en aquel momento, repletos sin duda de jugosa yerba y de felicidad. Cuando entré a la sala de clase, completamente desmantelada, varios niños

volvieron tímidamente los ojos hacia mí, apartándolos de sus pizarras, donde probablemente resolvían un problema. Eran como veinticinco, sentados en bancos de pino. Reinaba un profundo silencio, apenas interrumpido por el chirrido de los pizarrines al trazar las cifras o por la tos tímida de alguno de aquellos infelices, en cuyos semblantes se pintaba el miedo.

Mr. Black, a quien no conocía sino por la terrible fama de que gozaba entre los párvulos de las escuelas, estaba inclinado en ese momento sobre una gran mesa, donde se veían algunos libros de tiempos remotos, una palmeta enorme, un ancho tintero de barro y unas disciplinas de cuero de res, negras, horribles y nudosas, que conocían las espaldas de una generación de niños. De lejos veíase únicamente la parte superior de su cabeza puntiaguda, cubierta de un pelo crespo y gris. Como sintiera mis pasos en la puerta, se enderezó, y dijo con una voz seca, que zumbó ásperamente en mis oídos: —“¡Entre!” Yo entré lleno de pavor, aunque cruzó por mi mente la idea de escaparme a todo correr por la calle próxima.

Desde esa hora, después de algunas explicaciones en que se habló de mi *carácter fuerte*, de los latigazos que debía darme aquel verdugo para *domarme*, y de otras cosas por el estilo, quedé incorporado a aquella sucursal de la Inquisición, y empecé, para evitar pérdida de tiempo, a copiar allí mismo el problema que estaban resolviendo mis compañeros de infortunio. Era una maldita resta, por la que se trataba de averiguar cuántos años tenía el *maestro*. Los números, rígidos y estirados, escritos con tizate por la mano de Mr. Black, se destacaban como enjutas figuras geométricas en el fondo negro del pizarrón. Cada uno de ellos era el retrato del que los había trazado con los huesosos y largos dedos de su mano, capaz de perforar una mesa de un solo impulso. Si aquellos números, casi misteriosos, parecidos a jeroglíficos egipcios o a fórmulas mágicas, se hubieran juntado por el capricho de un hechicero,

indudablemente que la silueta angulosa de su autor habría aparecido de repente en el pizarrón. Yo no podía imaginarme aquellos guarismos, sin imaginarme a Mr. Black, y viceversa. Entre él y ellos había un lazo invisible, una relación misteriosa, un parentesco raro. Eran sus hijos, sus esclavos. Parecía que estaban doblegados a su voluntad, que obedecían sus caprichos, que estaban ciegamente a sus órdenes. Si él les hubiera dicho con su terrible voz: —“¡Números: a la mesa”, los números, desprendiéndose como por encanto de su puesto, irían en seguida a colocarse en ella, respetuosamente inclinados. Si él les hubiera dicho: —“¡Números: a mi cabeza!”, los números, subiéndose por sus largos brazos, entrarían en ella por su boca, por sus orejas, por su nariz y por sus ojos: tal homogeneidad existía entre aquel hombre y aquellos guarismos.

Como ninguno de nosotros resolvió el problema de encontrar su edad —cosa del todo imposible, porque sin duda se le había muerto de vieja, o tal vez nunca la tuvo, lo que es más probable— levantóse de su taburete, y después de dar de latigazos a los más grandes, cogió el tizate y se dirigió al pizarrón. Los números, viéndolo acercarse, hicieron una mueca, que era una sonrisa, alineándose gravemente sobre la horizontal.

Entonces pude verlo y considerarlo bien. Era un hombre cerbatana, como el dómine Cabra de Quevedo; una alta osamenta cuyos huesos chocaban a cada instante, una como momia colosal metida en una levita milagrosa, del color de la miseria, cortada por la desgracia, raída por el hambre y empolvada por el tiempo. Sus pantalones de panilla ocultaban unas piernas inverosímiles y temblorosas, que parecían de avestruz, o con más verdad, de alambre, cuyas choquezuelas crujían a cada momento; temíase que los tales órganos de locomoción se quebraran como una caña. Su calzado de suela, con señales de muchos remiendos de zapatero de viejo, veíase cortado sobre los dedos, por temor de los callos, que tenía muchos y muy

grandes. La pechera de una camisa, o de una mugre que parecía tal, enemiga de lavanderas, desconocida del agua, mal vista con la plancha, asomábase por entre el chaleco, o *centro*, como decía él, flojo sobre su abdomen inverosímil, digo, sobre su espinazo, porque lo que es vientre no tenía, ni le hacía falta para maldita cosa. No tenía color su rostro, sino era cuando montaba en ira, que entonces se bañaba del de la muerte, aunque de por sí estaba de pecas y de cicatrices. Terminaban sus flacos brazos en manos más flacas, que terminaban en dedos más flacos aún, de donde salían diez uñas enflaquecidas de tanta flaqueza; cada dedo, así con aquella uña negra, era a propósito para gancho del tridente del diablo. La cabeza, cabo de aquella tranca de hombro, era nido de terquedades, terreno ingrato para retóricas, bosque virgen para los peines, refugio seguro de las pulgas proscritas de su pescuezo. Bajo sus párpados llenos de fatiga, palidecían sus ojillos miopes, defecto que favorecía nuestras risas desde lejos, aunque a veces, por sólo un culpable, caía el látigo sobre chicos y grandes. Por entre las ventanas de su nariz de lobo, veíase un vello color de tierra, pareciendo que dos arañas tejieran sus telas allí. A los lados, dos patillas anémicas, queridas del desaseo y viudas sin consuelo del jabón, caían melancólicamente sobre su mandíbula inferior, que a veces se doblaba sobre su pecho, digo, sobre sus costillas, que podían doblarse sin duda sobre su espinazo, que a su vez lo haría sobre sus piernas; tal facilidad para ello indicaba aquella armazón de resortes. Sus grandes orejas parecían conchas de ostras; su boca, o mejor dicho, la abertura que hacía de tal órgano, entreabríase y mostraba un colmillo negro y encorvado, semejante a una bruja en el fondo de su cueva; y su pescuezo arrugado, estirábase como el de ciertas aves de rapiña en dirección del menor ruido. Sentado me pareció un número 4; de pie, un gran número 1; y encogido sobre el pizarrón, un número 7.

**Resuelto por Mr. Black** el problema de averiguar los años que tenía, salió tal cantidad, que él mismo no dejó de asombrarse, con ser que hacía un siglo que no llevaba la cuenta. Después me dijeron que no tenía edad, y hasta que no era hijo de mujer, como todos los hombres; pero esto nunca lo creí del todo. Ni tampoco que tuviera pacto con el diablo; ni que no comía carne de puerco ni de vaca, sino ratones tiernos y alguna que otra lechuga; ni que su levita le creció con los años —y en eso sumaron siglos— como la túnica inconsútil de Nuestro Señor Jesucristo; ni que en un arcón viejo, al lado de la tarima donde dormía con un ojo abierto y el otro cerrado, tenía calaveras y canillas de muerto, con unos pergaminos que contenían secretos de cábala. Todos estos rumores, dichos al oído de los alumnos, contribuyeron a que le cobrara un supersticioso terror a Mr. Black, que se aumentó cuando oí asegurar que había nacido antes del Diluvio, y que se salvó de la catástrofe, escondiéndose en el arca entre las jirafas y los camellos, por lo que no llamó la atención de Noé. Algunos dudaban de esto; pero tenían por cierto que varios astrólogos caldeos, según constaba de un ladrillo cuneiforme, encontrado en las ruinas de Nínive, lo vieron con la misma levita en la torre de Babel. No faltaba quienes aseguraran, fundándose en un jeroglífico de una de las galerías de Memfis, y firmado por un sacerdote de Isis, que en tiempo de uno de los faraones había tenido la ocupación de envolver y pintar momias; pero la versión más racional, y que merece entero crédito, es la que cuenta que vino a América escondido en el fondo de uno de los buques de Colón, saltando a hurtadillas a tierra de Honduras en Punta Caxinas, y que después, corrido el tiempo, dedicóse con tesón a enseñar las cuatro reglas a los niños, ayudado asiduamente por la palmeta y las disciplinas, que después supe apreciar en su justo peso y valor.

## LA TRISTEZA DEL LIBRO

Ni los griegos, tan dialécticos y gárrulos, maravillosamente equilibrados, cuyos representantes, más que Platón y Sócrates, tipos esencialmente antihelénicos, serían Aristóteles y Aristófanes; ni los romanos, cuya alma, taciturna y cruel, era de una sola pieza; ni los hombres de la Edad Media conocieron la tristeza del libro, la melancolía de las enormes lecturas.

Encerrados los conocimientos humanos en las bibliotecas de Atenas, Roma, Pérgamo y Alejandría, y en los herméticos conventos de la época feudal, a pocos hombres les era dado abrevarse en las sagradas fuentes de las ciencias y las letras. Las copias de las obras originales eran escasísimas, de tal modo que la difusión de su contenido nunca llegaba a las masas populares, tan ignorantes en los tiempos de Pericles y los Tolomeos como en los de Roosevelt y Eduardo VII, quedándose, en calidad de misterioso depósito, en el círculo de los sabios, de los sacerdotes y de algunos hombres muy eminentes por su posición social y oficial.

Pero —con la invención de la imprenta— el libro se multiplicó con la facilidad de los panes y los peces del milagro. Millares de millones de volúmenes han sido, desde entonces, arrojados a la circulación de tal modo que el libro se ha puesto al alcance de todo el mundo. La influencia depresiva que ha alcanzado sobre el alma moderna, tan heterogénea y

dolorosa, es de todo punto innegable. En la tristeza ambiente de los últimos tiempos tiene tanta parte como el alcohol y el tabaco, porque en la forma que hoy se gusta, es uno de tantos variativos como hay, un verdadero excitante cerebral, origen de profundas neurastenias. En tiempos mejores fue una especie de sedante, una bebida espiritual aromática, que ponía en caja el sistema nervioso. Hoy —con raras excepciones— no lo es. Porque la ciencia y la literatura adolecen —de algunos años acá— de una cierta neurosis, que se deriva de los desequilibrios e idiosincrasias de todos los sembradores y productores de ideas. De este modo el libro, que era una cosa inocente, ha llegado a convertirse en un motivo de tristeza y de dolor, para hacer más angustiosa la vida del hombre moderno, que ya es un tipo zoológico que presenta todos los síntomas de la degeneración física y psíquica, agotado por algunos miles de años de civilización.

De esas bibliotecas y librerías, donde se amontona la producción mental de los hombres de todas las razas y los tiempos, e desprende una sutil tristeza, una especial melancolía, algo que no es más que el inmenso dolor del espíritu humano, condensado en miles y miles de volúmenes. Por eso los que han hecho provisión de una vasta lectura, tienen en la faz cierto matiz de tristeza, una disposición orgánica a estar siempre melancólicos o hipocondríacos, agobiados por el atlas de ideas que penosamente llevan encima.

Para todos aquellos en quienes la lectura ha tomado el carácter de un vicio, cada volumen llega a ser, a la postre, no una fuente de placer, sino más bien de sufrimiento. Tal le sucede a los alcohólicos y a los morfinómanos, para quienes una copa o una inyección más, es motivo de un recrudescimiento del malestar orgánico que les postra y atormenta, después de los gratos y fugitivos placeres del tóxico.

El libro, pues, es una cosa triste, un productor de melan-

colía, ya nos dé en sus páginas el alma antigua, ya nos revele las complicaciones del alma moderna. Es la mejor muestra —sin pesimismo cursis— de que todo lo material y artificial que nos rodea tiende a demostrarnos que el hombre, en su peregrinación por la tierra, camina un verdadero vía crucis, agujoneado por sus inagotables deseos, sediento siempre de un ideal impreciso. Gran parte de la angustiada psicosis contemporánea nos viene de esas bibliotecas donde están acumulados los ideales, dudas y dolores de los siglos. ¡Pero tales bibliotecas son nada menos que la forma concreta y tangible de la civilización!

## EL CHELE

Cuando ella le llevó el almuerzo —un plato de cocido hecho de prisa— aguardábala él a la reja, agarradas las manos a los barrotes. Era un mocetón membrudo, tirando a rojo, de mandíbulas fuertes, veloso como un perro de aguas, de barba viril. Un macho como pocos.

La hembra se acercó, rimando con las caderas, de amplio paréntesis, la estrofa del amor carnal. Era de mediana estatura, trigueña, rica de carnes, fresca como una sandía. Terciado el pañolón café, haciendo chillar los botines, pasó entre los soldados, despidiendo de su enagua una brisa ardiente y perturbadora, impregnada de perfumes baratos.

—Chico —dijo ronroneando la voz como gata—, aquí está el almuerzo.

—¿Por qué has venido tan tarde?— replicó el reo con una voz entre áspera y dulzona.

—No pude estar antes. Tengo mucho que hacer.

—¡Mentira! Es que vivís entretenida con ese tinterillo. Ya sé que me seguís engañando. Pero ve, por Dios —e hizo una cruz con la diestra y la besó— que te doy una lección cuando salga de este enchute. Y lo que es a él. .

Aquí la cara del *Chele* hizo un gesto feroz, enarcándose las pobladas cejas de sus ojos atigrados.

—A él —siguió iracundo— lo degüello con éste—. Y a

hurtadillas de los soldados sacó un cuchillo, no se sabe de dónde, terriblemente afilado—. Lo degüello, ya lo sabés.

En la faz de la mujer se pintó una mezcla de miedo y de odio. Esta, de repente, tiró al suelo el almuerzo, alejándose de la reja.

—Oíme, negra —gimió él arañando los barrotes—; oíme un momento.

Mas ella, caminando precipitadamente, como a pequeños saltos, ganó la entrada de la guardia.

—Oíme, negra, oíme, te lo suplico. Paráte un poco.

Ella iba a desaparecer, zangoloteando la pulpa de las redondas posaderas; mas de pronto se volvió, gritando con voz irritada, escupiendo las palabras:

—¡No, no vuelvo, enténdelo! Quedáte en la jeruja para siempre. Ya no quiero más guazangas con reos, ¿lo oís?, con reos, porque tengo hombre que me dé. Y me da aritos: vélos! Y pañolón: vélo!— Y descubrió el busto, agitando al aire el trapo, mientras sus ubres, sudorosas por la emoción, temblaban en la camisa como si fuesen de gelatina—. Y botines: mirálos! —y enseñó el calzado amarillo, sobre el que caía la media azul, mostrando al mismo tiempo algo de la carnosa pantorrilla, con una suave vellosidad de durazno. Luego volviéndole el fusto desdeñosamente, desapareció.

—¡Templada la negra! —dijo el cabo cuando se fue, entre las carcajadas de los soldados—. Y qué... —e hizo una seña de masonería indecente, que produjo otra explosión de risas.

\* \* \*

Chico Ramírez (a) *el Chele*, volvióse más taciturno desde entonces. Arregló su manutención con la mujer de otro prisionario, pasándose las horas fumando cigarrillos de tusa, o viendo obstinadamente al suelo. No pensaba más que en To-

masa, en la *negra*, acordándose del día en que se la trajo robada, como dicen, de Cedros. La muchacha, que era más ardiente que una cabra, cedió a sus primeras proposiciones, viniéndose a Tegucigalpa con él, donde sentó plaza de inspector de policía. Luego le echaron del puesto, porque un día, que estaba de malas pulgas, con la clava le abrió la cabeza a un borracho que le echaba mueras al gobierno, sin querer caminar. Así se encontró sin empleo, viviendo con la amasia en un cuartucho de La Plazuela.

Pero la quería, a pesar de las sopapinas que le daba en sus jumas, antes de sumergirse en sus letargos comatosos, y concibió el plan de llevársela a la Costa Norte, a probar fortuna.

Ella, al saberlo, dijo que no, que no y que no.

—¡Ah! —exclamó Chico, furioso—: es que estás embe-rinchinada con ese maldito estudiante. Pues sabé una cosa: si los hallo juntos, por estas cruces, que los mato a los dos: por éstas. Y me largo en seguida a rodar tierras, mientras te podrís.

Y un día les halló, en el quicio de una puerta, sobiqueándose y besuqueándose. Sacó el cuchillo, echando más jotas que un carretero; pero sólo logró darle al mozalbete un rasguño, así, de un jeme, porque el tal huyó con piernas de venado. Capturó la policía al *Chele*, y como el otro sabía de intríngulis de derecho, dio con él en la penitenciaría, condenado a dos años y meses de cárcel.

Más de un año no supo de la Tomasa, de la *negra*.

—Ya se endamó con otro —decían los reos, hurgándole, sin que dijese nada, porque sabía que era ciertísimo.

—Las mujeres así, *Chele*, no pueden vivir sin hombre —le soltaba un veterano del crimen, encanecido en la cárcel, que tenía un rayón desde un ojo hasta el hocico, donde no faltaba la magalla apestosa.

—No piénses en esa gallina —seguía mansamente—; no

pensés, y consoláte. Por cada peso falso, hay cien mujeres que sólo falta que se les diga: ¡adiós, cosita! para llevárselas uno.

Pero el *Chele*, ni por esas. La amaba de un modo animal, a lo bestia en celo, aumentando su pasión la forzosa castidad de la cárcel. La quería siempre, acordándose de todo lo que le había hecho sufrir y gozar. Cuando cumpliese su condena, iría a verla, perdonándola. ¿Cómo perder aquel cuerpo que había hecho vibrar como una guitarra? —Mía o de nadie, pensaba Chico, contando los reales ahorrados.

El día en que cumplió su condena, lloró de gozo. Diéronle libertad a otros dos reos, y celebraron el acontecimiento en un estanco de La Ronda, bebiéndose la cuarta parte de un garrafón. Iba a salir, dando traspiés, cuando pasó frente a él un joven, en el que reconoció a la luz del farol, a su odiado rival. ¿A dónde iba? A verla, seguramente. Pidió una botella de aguardiente, bebióse la en seis tragos, y haciendo eses, golpeándose contra las paredes, trató de dar alcance al muchacho. Caminaba frenético, embrutecido.

Le alcanzó a los pocos minutos. Sí, era él. ¿Conque la Tomasa —iba pensando en su cabeza sudorosa, llena de alcohol— prefiere a este tipo amujerado, a este chancletudo sinvergüenza, y desprecia a un hombre como el *Chele*. Ya vería esa tal; ya vería. Los mato, por Dios que los mato. No lo despacho ya, porque quiero acabar con los dos. Sí, con los dos.

Diluviaba ligeramente. El estudiante, sintiéndose seguido, apresuró el paso; mas el *Chele*, aunque completamente beodo, le seguía a grandes zancadas. El otro echó a correr, ganando media cuadra, y se metió al cuarto de la Tomasa, de la *negra*, que aplanchaba una camisa.

—¿Qué es? —dijo ella con susto.

—Un hombre me viene siguiendo; está bien bolo. Cerrá.

La puerta cerróse violentamente, en los momentos en que llegaba Chico.

—Abran —rugió empujando—. Abrió, maldita: yo te voy a enseñar. Decile a ese maricón que salga, si es hombre. ¡Abrió! Aquí estoy, sinvergüenzas—. Y vociferaba insultos horribles.

La puerta, débil y carcomida, estaba para ceder a los esfuerzos del borracho, cuando éste, perdiendo la cabeza, rodó pesadamente sobre el empedrado, resbaloso a causa de la lluvia.

A la media noche pasó una ronda, y el oficial, viendo aquel hombre tendido, encendió un fósforo.

Tenía el rostro horriblemente desencajado, las uñas clavadas en las palmas de las manos, y en la boca medio oculta en la maleza de su barba rojiza, un copo de espuma sanguinolenta. Lo movió enérgicamente. ¡Estaba muerto!

## DESARROLLO DE LA PRENSA CENTROAMERICANA

Para hacer —aunque sea a grandes rasgos— un estudio del génesis y desarrollo de la prensa centroamericana, hay que remontarse a los tiempos de la emancipación, cuando un reducido cónclave de ilustres patricios sembraba —en el terreno apenas arado por la literatura mística de los frailes gongóricos de la colonia— los gérmenes de las ideas jacobinas y girondinas, que, con burla de la suspicacia de los aduaneros españoles, penetraron en estos países difundién dose en ellos con notable celeridad, como toda doctrina subversiva contra las ideas ambientes,

Si la religión que predicó el pálido taumaturgo de Galilea no hubiese encubierto, con sus parábolas sedosas y su frase de doble fondo, la sorda y formidable protesta de todos los siervos y esclavos del mundo antiguo, contra el militarismo y la tiranía seculares del dominador romano, admirable de fuerza y de crueldad, la palabra nazarena no hubiese triunfado tan fácil y fatalmente, quedando crucificada en el calvario o perdida entre las chozas de Nazaret y de Betania.

Así también los principios revolucionarios franceses, importados al suelo centroamericano por hombres de espíritu inquieto, tenaz y soñador, traían todos los elementos disolventes que se necesitaban para hacerle comprender al régimen colonial, perezoso y anestesiado, que era llegada la hora de sus funerales.

El mismo Valle —hombre de método, docto en humanidades y en ciencias— tenía que ser, por la fuerza misma de su cultura, un revolucionario latente, aunque en público dijese que no era tiempo de un cambio. Barrundia, nutrido con todas las exaltaciones y los terribles discursos del 93, improvisaba sonoros credos patrióticos y vibrantes oraciones, más líricas que políticas, más armoniosas que substanciosas, que eran el eco de la fraseología altisonante y multicolor, de los primeros tiempos de la Convención, donde, junto a los aullidos y gruñidos de hiena de Marat, se oían los gritos de águila de Vergniaud y los rugidos leoninos del teatral Dantón.

Toda la literatura que contiene el periodismo de esa bella época de nuestra historia, está llena de una especie de vértigo patriótico y de borrachera política, que sentaban perfectamente en los días en que la república vino al mundo. De buena fe creían aquellos hombres que eran testigos del nacimiento de un gran pueblo, cuya posición geográfica, ciertamente, era la mejor del mundo; pueblo que era el istmo de unión entre las dos partes mayores del continente americano, bañado por dos soberbios mares, que querían como indicarle que en ellos estaba el secreto de su futura grandeza.

Por todas las publicaciones de esta época corre un potente soplo de entusiasmo y de fe, sin que haya frases de desmayo ni desconfianza por las pocas rentas y elementos de vida con que entonces contaba América Central, porque nuestros insignes abuelos no podían adivinar los males que le sobrevinieron en seguida a la naciente Patria, ni sospecharon que ya estaba señalado el lote donde sus malos hijos le cavarían la fosa, enterrando en ella el cadáver de la Federación, acribillada por las balas de doce años de guerras civiles, que no pudo contener, con su actividad, valor y talento, todo un Francisco Morazán.

Propiamente la prensa política no nació en la República,

porque los que mangoneaban en los asuntos públicos eran más bien tribunos que periodistas de escuela y de partido, más bien apóstoles que ingeniosos dialécticos. Con su dedo bíblico mostraron al pueblo la tierra de promisión de la paz y de la libertad, tratando en lenguaje sencillo y claro, las cuestiones que más se relacionaban con el comercio y la futura vida industrial de los cinco países federados. El tráfico por el Atlántico y el Pacífico; el canal interoceánico por Nicaragua, que preocupó a los hombres de la colonia; la explotación de las maderas de nuestros bosques y algunas sanas cavilaciones sobre la naturaleza, cuyo amor tomaron de las lecturas de Rousseau, temas eran para las disertaciones de aquellos ilustres patricios, que no se conformaban con haber emancipado la América Central de España, sino que pretendían ponerla a tiempo el hacha en la mano, para que demoliera sus bosques vírgenes, y darle herramientas y conocimientos para la explotación de su rico subsuelo, que apenas había violado la codicia europea.

Mas, toda su admirable labor de convertir a esta región del mundo en un emporio mercantil e industrial, al amparo de la libertad, fracasó lamentablemente en pocos años, cuando las ambiciones desatentadas de algunos encendieron las rojas fogatas de las guerras separatistas, que sepultaron a la República en un pavoroso caos, haciéndola fácil presa de la barbarie que hormigueaba en los montes, y que un día se agrupó alrededor de Rafael Carrera y de otros caudillos aborígenes, salvajes, crueles y supersticiosos, lanzándose sobre los débiles baluartes de nuestra cultura. Aquella regresión de las selvas sobre la ciudad, es una de las más sombrías fechas que hay en la historia de la América Central, porque los blancos y mestizos que formaban el grupo director, estuvieron a punto de perecer bajo el rencor ancestral de los hordas silvestres que vomitaron las sabanas y las serranías.

## II

Notará el lector, en estos breves apuntamientos que —*calamo currente*— hacemos sobre el desarrollo de la prensa centroamericana, que no entramos en detalles, para lo cual necesitaríamos una vasta copia de datos y de citas, que no tenemos al alcance, sino que nos limitamos a seguir las evoluciones del espíritu de determinadas épocas de nuestra historia, cuyos periódicos están relegados en los anaqueles de los archivos y de las bibliotecas o perdidos del todo.

A las pomposas declaraciones de la prensa girondina, donde campeaban una buena fe y un entusiasmo sin límites, sucedió la prensa doctrinaria, cuando roto el pacto federal, cada Estado se declaró autónomo e independiente.

La República Federal, sostenida y alimentada por las victorias morazánicas, vióse siempre envuelta en los nubarrones de la guerra civil, continuamente disipados por la luz que irradiaba la buena estrella del héroe de Gualcho; pero, caído éste y dividida la América Central en cinco pequeñas naciones, el gobernante de cada una de ellas se valió del periódico, semanal o bisemanal, para formarse una atmósfera a propósito con los intereses creados por el ruidoso desastre de la Federación.

De Guatemala venía un gran soplo de paz conventual que oreaba la política centroamericana de entonces. Hábiles retóricos llenaban las columnas de los periódicos de artículos unciosos, en los que, tratando de desfigurar la verdad sobre lo sucedido desde la invasión hondureño-salvadoreña hasta el asesinato de Morazán en San José de Costa Rica, arrojaban, poco a poco, del alma oscura y movediza de la muchedumbre, las ideas liberales que componían el código político de los vencidos. Tal propaganda no era más que una feroz revancha contra la razón, la filosofía y el pensamiento humano.

Toda la prensa *postgironcina* está inspirada en un criterio convencional y estrecho, donde no se pretende más que anestesiar, con un lenguaje circunspecto y una habilidad sofisticada, la mente de las masas populares. Un como soplo enervante pasa sobre el periodismo de esa época, que no era más que el reflejo del soporoso estacionarismo que reinaba en las esferas oficiales, donde un grupo de ergotistas, faltos de acción y de volición, rodeaban al jefe supremo de cada república, derramando de su altura, con una tranquilidad de faquires, el tóxico lento de sus ideas enervadoras, propias del período lacustre del pensamiento.

Es claro que la prensa de oposición y de combate no existía, ni podía existir entonces, emparedada entre el cuartel y la iglesia. Sólo el doctor Lorenzo Montúfar, que había tomado ya el camino de su largo destierro, lanzaba sus vibrantes anatemas al grupo clerical de Guatemala, que le respondía con sátiras, insultos y excomuniones. En cambio el periodismo áulico se desarrolló en todas partes como una calabacera, produciendo los más extraños frutos, venenosos casi todos, porque la planta madre enraizaba en la más feroz iracundia y en el sectarismo más intransigente.

Nótase que son pocos los folletinistas, y —sobre todo— que no hay un panfletista de cuerpo entero, que hiciera vibrar su látigo de escorpiones sobre las conciencias de su tiempo. Una gracia cursi y una sátira indocta predominan en las producciones políticas. No hay un solo estilista de veras o un libelista de gran talla, uno de esos tempestuosos escritores cuyo paso se marca indeleblemente en la literatura de su tiempo y de su patria.

Apenas, en las tradiciones de José Batres Montúfar, se ve la faz burlona de la sátira, hábilmente disimulada en los escondrijos de sus soberbias octavas reales. Pero el poeta de *El Reloj*, en nuestro sentir, jamás se propuso en serio criticar

las costumbres de la época en que vivió, ni menos corregirlas. Sus abejas y avispas, si bien hacen oír zumbidos, rara vez hacen uso de sus aguijones. Batres, aun en sus más acerbas censuras, nunca llegó a aquel odio implacable, a derramar el ácido corrosivo que quema aquellos cantos de Byron, donde vibra una rabiosa contumelia contra muchos escritores y políticos ingleses. La ciega ferocidad normanda aparece en muchas páginas del gran poeta británico, cuyo negro humorismo enlóbreguece su luminoso cielo espiritual.

Con la inmigración del romanticismo, empezaron a aparecer los periódicos y las revistas literarias, casi siempre de escasa vida, pero que eran señal de una nueva orientación del pensamiento centroamericano. Una pléyade de poetas contaminados del ruidoso numen de Fernando Velarde, apareció con la lira al hombro, en el campo mental. El periodismo doctrinario, adusto y envejecido, tuvo esa nota alegre, que le hizo perder la rigidez académica que le había dado su dogmática actitud.

### III

El ensanche comercial que —de cuarenta años a esta parte— se viene notando en los países centroamericanos, como consecuencia del acrecimiento de las industrias agrícolas, ha impulsado enérgicamente el desarrollo de la prensa.

Fue un ilustre hondureño, un hombre de luminosa mente y de magnífica palabra, quien fundó en esta capital, el primer periódico diario. Me refiero a aquel singular talento que se llamó Alvaro Contreras, que arrastró por las cinco repúblicas su bullicioso y generoso lirismo, dejando en todas ellas el brillante rastro de su verbo y de su pluma.

Luego, en la vecina República de Guatemala, apareció el *Diario de Centroamérica*, donde han colaborado los mejores

ingenios de aquel país. Un vigoroso movimiento periodístico se inició en seguida en Nicaragua, fecunda en excelentes diaristas y hábiles dialécticos, muchos de los cuales han logrado una sólida reputación, ora por la fuerza de su estilo, ora por lo cáustico de su lenguaje. Durante mucho tiempo el periodismo nicaragüense se tuvo como el primero de la América Central.

En todas las publicaciones de ese nuevo período de la prensa centroamericana, predominó el editorial doctrinario, generalmente de política local. El articulista, en las primeras columnas del periódico, juzgaba a su modo los actos del gobierno, convirtiéndose, por lo común, en opositor o ciego enemigo. De ahí el tono colérico o dogmático que predomina en todos los artículos de fondo, donde el autor, convertido en dómine, reparte, de acuerdo con su idiosincrasia, bombos y palos a destajo. Así la polémica se convertía en un verdadero campo de Agramante, donde, sin piedad, se ofendía cruelmente a políticos y a escritores. La intransigencia de los partidos y las rivalidades de los publicistas eran llevadas a la prensa, que, en vez de unificar el sentimiento y pensamiento públicos, ahondaba más los odios existentes, dividiendo en bandos a la sociedad.

Grandes beneficios, sin embargo, se deben al penúltimo período de la prensa centroamericana. Los gobernantes, en fuerza de soportar sus violentos ataques, acabaron por tratarla con toda clase de miramientos, prestando muchas veces atención a sus consejos, hasta el extremo de que el periódico pudo considerarse, de vez en cuando, como un eco de la sorda y profunda voz popular. Como siempre sucede, la tolerancia abrió campo a la diatriba y a la calumnia, que se cebaron inconsideradamente en muchos hombres probos y de patriotismo sin mácula.

Mas una nueva evolución, por varios motivos, tenía que operarse en la prensa centroamericana. La labor oficial ex-

traordinariamente sencilla en una democracia naciente, acabó por complicarse con el nacimiento de muchas necesidades económicas e industriales, engendradas por un rápido progreso material y el aumento visible de la riqueza pública; se amplió el interés puramente local, confundién dose con los intereses internacionales, y el público empezó a preocuparse de lo que sucedía más allá de los límites de su tierra; y la sed de abundantes noticias sucedió a la plácida digestión de los largos editoriales, dogmáticos y campanudos, que repetían invariablemente, en el tono acostumbrado, los más vulgares comentarios de los textos de Derecho público.

Fue entonces cuando apareció un poderoso innovador, de psiquis compleja, de actividad casi hiperestésica y de imaginación viva y ardiente, que, resumiendo las buenas cualidades de los mejores periodistas antiguos, poseía al propio tiempo, todos los secretos y resortes de la prensa moderna, estudiados minuciosamente por él durante su larga permanencia en Estados Unidos, donde el diarismo se ha desarrollado con la exuberancia de una selva tropical. El lector, desde luego, comprenderá que aludo a don Román Mayorga Rivas, el más alto, el más completo y el más original de los diaristas centroamericanos.

Fundado por él en esta capital, el *Diario del Salvador*, notóse inmediatamente el extraordinario interés de la nueva publicación. El Editorial dejó de ser una lengua y soporosa homilía, para convertirse en una clara exposición de ideas, que dejaba en toda libertad el criterio del lector; la información local, numerosa y concisa, adquirió una importancia que no tenía antes; el *hecho*, convenientemente comentariado, despertó la dormida curiosidad del público; el servicio cablegráfico tomó el carácter de una novedad permanente; el eco telegráfico, que no se tomaba en cuenta en el periódico antiguo, ocupó un puesto preferente entre todas las noticias; y, desde la

simple gacetilla hasta la correspondencia departamental o extranjera, todo contribuyó a darle un interés palpitante al nuevo diario, que era una admirable sinopsis de la vida comercial, agrícola, social, científica y literaria del país.

La fundación del *Diario del Salvador* marca, pues, la fecha histórica de una orientación en el periodismo centroamericano. Tal reforma se ha hecho sentir más hondamente en este país, hasta el extremo de que su prensa actual pueda considerarse, sin exageración, como una de las primeras de la América Latina.

## EL SULTAN ROJO

Leyendo en un periódico extranjero los actos de locura que comete a diario Abdul-Hamid, sultán-califa de Turquía, no se puede menos de sondear, recordando la historia otomana, el abismo de degeneración de los descendientes de Mahomed II, el Conquistador, que echó por tierra a cañonazos el Bajo Imperio, e hizo saltar la corona de las sienes del último de Constantinos, con la punta de su vencedora cimitarra.

Es el célebre general turco Osmán Pachá, hoy emigrado en Londres, quien cuenta los hechos de que ha sido testigo.

—El miedo —le dice a un repórter parisiense— le tiene sumido en la demencia. Yo le he visto un día postrado en un diván, pálido como un difunto, con los ojos extraviados por haber visto un guardia corriendo en el jardín. Le he visto, otro día, en medio de un banquete, levantarse aterrado, derribando al suelo las botellas que había encima de la mesa, precipitarse en los jardines, abrir todas las espitas de agua, dejar correr a ésta durante una hora, y luego beber un sorbo, unas gotas, en la palma de la mano. Le vi temblar y casi desmayarse por haber hecho, un día de parada, con gesto brusco y rápido, el saludo militar.

Sigue contando algunas de las extravagancias del neurasténico coronado. El asesinato de una joven italiana, porque había sido seducida por uno a quien él veía como enemigo; el

mantener una legión de espías y de esbirros secretos; su afán de rodear de tropas y guardias la cocina imperial, temiendo que lo envenenen de un momento a otro; los golpes que dio a una hijita suya, de seis años de edad, hasta convertirla en una masa de carne sanguinolenta, sólo porque tomó su revólver para jugar, acto en que el sultán vio una amenaza de muerte: las siniestras voces con que amenaza siempre que encuentra a Selim Effendi, hijo de una de sus esclavas, deseándole una pronta muerte; en fin, una serie de locuras, que demuestran las formas morbosas de su carácter, la perversión de su espíritu, la melancolía, con delirio de persecución, de que está aquejado el odioso asesino de la infeliz Armenia.

Abdul-Hamid no tiene favoritos. No es como han sido los déspotas recelosos, cuyo capricho busca confidentes en las clases más bajas del pueblo. ¿A quién —dice un notable escritor— se encuentra con más frecuencia en la historia antigua, en la primera grada del trono de los césares, de los zares, de los sultanes, de los reyes absolutos y desconfiados, a los que preocupan sombríos pensamientos? A un eunuco, a un liberto, a un mujik o a un batclero del Bósforo. El déspota no se fía más que de los pequeños que ha engrandecido y ha hecho a su semejanza, como el rey de la fábula antigua que hace un agujero en la tierra para depositar en él sus secretos.

El psicólogo que siguiera el hilo de la historia de los miembros de la dinastía otomana, acabaría por convencerse de que Abdul-Hamid no es más que una víctima de la ley de herencia regresiva o mediata, o sea del atavismo. Con efecto, casi todos sus antecesores han sido locos, idiotas o degenerados, que han transmitido a los hijos de sus odaliscas y esclavas las anomalías psicológicas de que estaban enfermos. Criados en una corte fastuosa, bárbara y guerrera, entre eunucos, genízaros y verdugos, y viviendo, desde la infancia, la existencia muelle y sensual del serrallo, que acababa por producir el ago-

tamiento de sus fuerzas, la taciturnidad de su espíritu, la caquexia de su cerebro; imbuidos del fatalismo de una religión supersticiosa, que lanzó a sus abuelos a través de las estepas asiáticas, sobre los baluartes de la cristiandad; pero que mató, en la mayor parte de sus nietos, todo anhelo superior, toda tendencia de mejoramiento, los sultanes, después del siglo de auge y de esplendor que siguió al año de la conquista, decayeron y se bastardearon rápidamente, como los Tolomeos y los Césares romanos. A los batalladores, a los fuertes, a los grandes, como Mahomed II, como Bayaceto, como Solimán el Grande, siguieron los pusilánimes, los voluptuosos, los imbéciles o los dementes. La vida de algunos de ellos fue una serie de alucinaciones y de pesadillas horrendas. Víctimas de la demencia hereditaria y de las aberraciones y perversiones sexuales, unos cayeron en la hipocondría, otros fueron monomaniacos, otros epilépticos. Casi todos tuvieron el impulso irresistible al homicidio, que les hizo perseguir a muerte a sus propios hijos, matar a sus hermanos, cometer los más atroces delitos y depredaciones en las provincias del imperio.

Murad IV, en sus furias extravagantes de grandeza, mantenía en sus establos novecientos caballos que tascaban frenos de plata maciza y comían en pesebres del mismo metal. Senil, antes de los treinta años, instalábase en su kiosco, a orillas del mar, roído por la envidia y por los vicios, a ordenar la muerte de los que pasaran cerca con el semblante risueño. Mahomed III hizo matar a diez y nueve de sus hermanos, en el fondo de sus cárceles, el día que ascendió al trono; Ibrahim I se extinguió en una continuada orgía, en el fondo de su serrallo, enloquecido por los vinos de Chipre y de Hungría, envuelto por los perfumes de la Arabia y agotado y embrutecido por los besos de las mujeres de Lesbos y de Circasia; la vida de Selim II fue un perpetuo delirio y una perpetua manía; Murad III llegó a tener tan poca voluntad y energía, que dejó que el im-

perio fuera gobernado por siete de sus cadinas; Ahmed I, en sus furias morbosas, mató con su propia mano a algunas de sus esclavas; Otmán II espantó a sus súbditos con su terrible ferocidad; Mahomed IV, en el colmo de su cobardía, arrojó a los genízaros rebelados a su bella favorita *Melekí*, que fue muerta ante sus ojos a golpes de daga; Abdul Azís cometió tantos crímenes y locuras, que fue depuesto del trono y acabó su miserable vida en el fondo de una prisión; y casi todos ellos, en sus delirios de conquista y en su obsesión sanguinaria, enviaron a sus tropas de genízaros y *spahís* a perpetrar horrendas carnicerías en Persia, en Egipto y en Hungría.

Tales han sido los antepasados de Abdul-Hamid, el Sultán Rojo, el Tigre de Bizancio, loco como Murad IV y asesino como Abdul Azís. Ha cometido tantas atrocidades durante su reinado, su despotismo ha llegado a ser tan oprobioso, que el pavor le persigue, los remordimientos le asaltan. Por todas partes ve miradas acusadoras, puñales vengadores. Tristes ideas de muerte, agravadas por su inquieto nervosismo, mantíénele en una fúnebre lipemania, de la que sólo sale para ordenar un crimen más, para cometer una locura mayor.

Víctima de sus remordimientos y de su espanto enfermizo, la fantasía se lo finge, en una solemne puesta de sol, paseando por el jardín de alguno de sus palacios campestres a orillas del Bósforo, el de *Dolma Bagtché* o el de *Ceragan*. En el verdinegro de los cipreses y el verdeclaro de los plátanos, resaltan las rosas encendidas, los mirtos encendidos. Resalta su caftán rojo, su calzado rojo, su turbante rojo, y brilla la empuñadura de cimitarra damasquina incrustada de perlas, de brillantes, de rubíes. ¿En qué piensa, midiendo con lentos pasos las sendas enarenadas? ¿Teme alguna conspiración de sus guardias? ¿Recorre mentalmente la historia de su triste vida? ¿O medita en la suerte de su raza agonizante, de su Imperio moribundo, sobre el que se cierne la espada del aus-

tríaco, el tremendo sable del ruso, las amenazas de la Europa coaligada?

La fantasía se lo finge también en la más secreta estancia de alguno de sus espléndidos kioscos, en una habitación revestida de mármoles y de espejos, de techo esculpido y cincelado, decorado de paños bermejos. Hay allí una soberbia confusión de tapices de Esmirna, de alfombras y bordados de Persia y del Kurdistán. En las paredes se apoyan divanes revestidos de paños bordados de oro; miranse en las esquinas grandes jarrones de China; quémanse en los pebeteros perfumes y gomas aromáticas; las mesas están atestadas de cajas llenas de joyas. Es antes de la media noche. Del techo cuelga una admirable lámpara morisca, bañando de luz tibia aquella cámara de placer, en cuyo fondo se ve un gran lecho de damasco rojo, puesto sobre el lomo de cuatro leones de marfil y disimulado por cortinajes de seda. A sus pies se extiende un tapete de piel de camello bordado de plata, y cerca, sobre una mesa de nácar, descansa una enorme pistola, en cuya culata centellean cien piedras preciosas. Y en este lecho, en el desorden de las riquísimas ropas, yace el sultán al lado de una encantadora esclava de veinte años, robada en algún rincón de la Georgia, contrastando su fisonomía angulosa y pálida con el rostro sonrosado de la dormida; su ceño fruncido con la sutil curvatura de sus cejas negras; su cabello con la cabellera lujuriosa y profusa que derrama sobre los almohadones de raso; sus brazos flácidos con los opulentos de la hermosa, brazos llenos de hoyuelos, brazos que envidiaría una hurí, brazos de princesa de *Las mil y una noches*, donde se enroscan culebras de oro con ojos de esmeralda y pulseras de trémulos brillantes. Y mientras la esclava, respirando dulcemente, sueña con el riente rincón del Asia de donde la robaron, Abdul-Hamid, respirando angustiosamente, sueña con espantos y horrores al lívido fulgor de una siniestra pesadilla.

Y ve cómo sus salvajes hordas, empujadas por un viento de exterminio, pasan a degüello las ciudades y las villas armenias, hundiendo hasta los corvejones sus caballos árabes en charcas de sangre, en ríos de sangre, en torrentes de sangre. Y oye su bárbaro vocear, el estampido de sus fusiles, el choque metálico de sus largos alfanjes. Y, al disiparse el humo, al perderse en el horizonte incendiado el tropel de las mesnadas, ve huesos por todas partes, huesos de caballos, huesos de hombres en los barrancos, en las lomas, en los caminos, bajo la desolación de los escombros.

Y de pronto se ve a bordo de imperial nave, sobre las aguas del Mar de Mármara, plateadas por la luna llena. Y con ojos espantados ve surgir de entre las ondas los cadáveres de las sultanas y de las odaliscas, arrojadas allí por orden de sus abuelos. Y oye su llanto angustioso, sus gritos de desesperación, sus ayes desgarradores. Y ve que una lleva en el corazón un puñal; que otra lleva en la garganta el cordón de seda con que se la estranguló; que otra tiene la lengua de fuera, como cuando murió en su lecho, bajo las convulsas manos de los mudos del harem, que le apretaban furiosamente el cuello. Y las ve irse en el vaivén de las olas, hundirse poco a poco en las negras profundidades. .

Y luego pasan ante sus ojos sus antepasados, los feroces sultanes antiguos, seguidos de carceleros y de verdugos. Pasan con gestos de amenaza, con sonrisas de burla, apoyado el puño de hierro en el pomo de sus cimitarras. Y tras ellos van los visires decapitados, los gobernadores ahogados, los príncipes estrangulados. Van los llorosos fantasmas de favoritas y de esclavas, envueltas en la nube de sus chales y de sus velos, resplandecientes de joyas, arrastrando penosamente sus babuchas de hadas. Van los ejecutores de suplicios, los eunucos negros y los eunucos blancos, los bufones jorobados y los enanos ridículos. Van en lenta y triste procesión, rugiendo de ira los

unos, llorando de dolor los otros. Y sigue el desfile a los ojos de Abdul-Hamid, que reconoce los rostros, recuerda las trágicas leyendas de cada uno, adivina la siniestra crónica de sus antecesores, cuyo trono heredó, cuya sangre heredó, cuya locura heredó. Y gime, y tiembla, y trasuda en su lecho, y quiere escaparse del fatídico espectáculo, y huir, huir sobre el lomo de un caballo más veloz que la yegua del Profeta, a través de los desiertos y las vastas soledades del Asia. .

Y de pronto la escena cambia, la tremenda visión se disipa. Y ve que su imperio es invadido por todas partes; que cae la media luna de todas las mezquitas; que el estandarte de Mahoma es arrastrado a la cola del caballo de un cosaco del Don; que sus tropas huyen a la desbandada; que su palacio es tomado a viva fuerza; que sus guardias son pasadas a cuchillo; que la soldadesca se aproxima al lecho donde duerme al lado de su esclava. Oye los gritos de triunfo, siente que las puertas caen a hachazos, que el tropel ha invadido su estancia. . . Y se ve prisionero en negro calabozo, sin noción del tiempo, extinguida su dinastía, extinguido su imperio, extinguida su religión.

Y sigue la pesadilla torturándole, y sigue el Sultán gimiendo y sudando, hasta que se levanta con la aurora, del lecho, y sube a la terraza cargada de flores de su palacio, abatido, cansado y ojeroso a respirar las brisas matinales del Bósforo o los aires salutíferos que vienen de los azulados montes del Asia, mientras la luz va bañando lentamente las doradas cúpulas de Estambul.

## EL TIEMPO VIEJO

*El Tiempo Viejo*, libro publicado en Guatemala por nuestro amigo el doctor don Ramón A. Salazar, comprende la narración de los sucesos, usos y costumbres de aquellos célebres *treinta años*, en que los conservadores guatemaltecos hicieron pie firme en el Poder, gobernando beatíficamente, auxiliados del sable montañés, de las antiquísimas leyes de la Colonia y del catecismo del padre Ripalda, la ignorante y mansa grey humana que poblaba la república.

Es un curioso desfile por el escenario de un teatro antiguo, que adornan descoloridos telones, pintarrajeados a brocha gorda, y que alumbra una pálida claridad de claustro.

Pasa primero el grupo cabizbajo de los frailes, resaltando la lengua barba de los franciscanos y las sotanas negras de los jesuitas. Luego, hablando con voz chillona y desagradable, una figura pequeña, nerviosa y simpática: don Francisco García Peláez. A continuación, cuatro o cinco obispos, rechonchos y petulantes, con sus sombreros de teja y vestidos de seda nueva deslumbradora. Después, los doctores de la Pontificia Universidad de San Carlos, precedidos de maceros, seguidos de bedeles, discutiendo entre sí, como los ergotistas de la Edad Media; los *señores*, que formaban la clase privilegiada, vestidos correctamente de negro, llamándose unos a otros *excelencia* y *usía*, llenos de prosopopeya y tirantez, comiendo al descuido

tártaras, mazapanes y turrones; las damas de aquella aristocracia parroquial, con los dedos cuajados de anillos, en las orejas aretes como torrecillas áureas, y vestidas de saya de gro rojo o verde, balanceando las campanudas crinolinas; los altos empleados del gobierno, de pantalón blanco, frac azul con botonadura de oro, botas de charol con cañones colorados, bastón con borlas y lustroso sombrero de pelo, mirando fijamente a la embobada multitud; los artesanos, con sus chaquetas de paño; y atrás, tímidamente, el pueblo, el pobre pueblo, medroso y admirado, vestido de dril y de cotín.

A lo ridículo, en seguida sigue lo cómico y lo trágico. *La tarasca*, las mascaradas de *Xicaques*, *Chontales* y *Talamancas* bailando; una invasión de diablos, gorgonas y medusas, llevados por una pandilla de indios ebrios; *Petaca* y el *Zurdo*, campeando un toro; las cabalgatas de moros y cristianos del tiempo de las Cruzadas y de Saladino El Magnífico; el célebre *Tata Bucho*, representando en su teatro ambulante, con traje de rey o de pontífice; cuatro guitarristas: Pepe Batres, Francisco Garrido, Elías Portillo y Francisco Sáenz Peña; un terceto de músicos: Benedicto Sáenz, el maestro Juan de la Cruz y Anselmo Sáenz; un siniestro grupo de bandidos: José María Rogel, alias *Bambita*; Carlos Machungo, alias *el Cabezón*; Sotero Carrera; el *Chato* Flores; Godoy, el de los asesinatos de Jutiapa y Azacualpa, y el terrible *Mansito*; tres fantasmas: *El Cadejo*, *la Llorona* y *el Sombrerón*; y, mientras desfila este abigarrado conjunto de tipos muertos, de frailes y obispos, doctores de borla y de capelo, de señores y señoras encopetados, de artesanos y de mengalas, de monstruos y de cómicos, de músicos y de artistas, de bandidos y de fantasmas, envuelto en nubes de incienso, a la luz de los cirios y de los farolillos de colores, se oye un rumor de guitarras y de guitarrillas, de pies que bailan *el barreño*, *el jarabe* y *el zapateado*, de dobles y de resposos, de rezos y de letanías, de tambores y villancicos, de

carracas y campanillas; truenan los coheteros chinoscos; reventan las bombas, suben al cielo los cohetes, y pasan rugiendo, como un huracán místico venido de las iglesias y de los conventos, los roncos lamentos de los órganos, mezclados a los coros de las vírgenes monjas y a las estrofas dolientes de Pepe Batres.

A su turno entran las figuras militares y políticas. Rafael Carrera, que dejó asombrada a la historia con su audacia; Manuel F. Pavón, ejemplar característico del retroceso; la figura hermosa y petulante del general Zavala; Cerna, en la berlina que usó su antecesor en el Poder; *Tata Tonino*, aquel viejo montañés, flaco, negro y huraño, que le cortó la cabeza a don Scrapio Cruz, la que paseó la turba fanática por las calles de la asustada capital; el pulcro y valiente tribuno don Miguel García Granados; y la terrible figura de Rufino Barrios; estos dos últimos seguidos por algunos centenares de bayonetas, al rumor de los clarines y de los tambores del 71.

\* \* \*

El libro de Salazar contiene verdades que la juventud guatemalteca debe estudiar y aprender de memoria, para que recuerde a cada momento la noche tenebrosa y glacial en que sumió a Guatemala por treinta años, la oligarquía conservadora, apoyada en el sable del guerrillero de Mita y en la ineptitud de Cerna.

¡Todo lo grande había muerto, estaba en el destierro o se consumía en aquella sociedad asfixiante! José Francisco Barundia, cuya tribuna había caído hecha astillas a los brutales golpes del hacha clerical, era tenido como un malvado; el doctor Gálvez consumíase en el destierro, nostálgico y triste; Juan Diéguez, el admirable y lamentable romántico, arrojado más allá de los Cuchumatanes, contemplaba melancólicamente las grandiosas puestas de sol; Manuel Diéguez, seguía a su her-

mano de infortunio, diluyendo sus dolores y sus tristezas en epigramas que tenían el aguijón y la miel de las abejas; Pepe Batres, el poeta satírico, figura volteriana en aquel claroscuro político y religioso, rasgueaba dolorosamente su guitarra, ante Pepita García Granados, su musa gris y consoladora; José Milla, aislábase prudentemente, escribiendo sus cuadros de costumbres; Irisarri, inimitable reaccionario, hábil polemista y magnífico retórico, asustado él mismo de aquel ambiente mortal, huyó a la América del Sur, donde difamó, para mengua de su talento y de su fama, a algunos eximios liberales. . .

¡Hubo un eclipse total de luz y de libertades, y las descoloridas aves de la noche, viniendo de los cuatro puntos del horizonte, aletearon sordamente bajo un cielo sin astros y sobre una nación sin almas!

Para cerrar con un acontecimiento siniestro aquella época sombría, el 21 de octubre de 1854, en la segunda mitad del siglo XIX, ante los pueblos democráticos y libres de Hispanoamérica, dando forma al tenebroso complot de Manuel F. Pavón, la Junta general de autoridades superiores, corporaciones y funcionarios públicos, reconoció como presidente vitalicio de Guatemala a don Rafael Carrera, con las siguientes facultades y prerrogativas:

“1º Ser *immune, inamovible e irresponsable* de sus actos; 2º Tener facultades de *crear condecoraciones*; 3º *Iniciar por sí solo las leyes*; 4º Nombrar consejeros de Estado *ad libitum*; 5º Suspender o diferir las sesiones de la Cámara por un mensaje, o convocar de nuevo a elecciones, en caso de que lo exija el interés de la nación, *o sea el presidente*; 6º Nombrar e instituir magistrados y jueces; 7º *Administrar la justicia, no a nombre de la república, sino en el del presidente don Rafael Carrera* .

Después de leer lo narrado anteriormente y este infame decreto, preguntamos: ¿Tendrá todavía valor el partido recal-

citrante de Guatemala para levantar la cabeza? ¿El partido criminal y malvado que, después de sus derrotas del año 29, enarboló en el castillo de Ormoa la bandera de la colonia? ¿El partido que, para gobernar más fácilmente a Centroamérica, la debilitó primero, la dividió en seguida, y sembró en los Estados pasiones malsanas y odios mortales?

¿Y los nietos de aquellos benditos ultramontanos, que se espantaban de Renán, no querían (*risum teneatis*) aceptar el romanticismo, creían en las tres unidades de Boileau y tenían a Shakespeare por un salvaje, preferían la carreta de bueyes al ferrocarril, bebían “lechita caliente” y grandes jícaras de chocolate, y cuando se encontraban a solas, empolvábanse las cabezas, vestíanse de arlequines con los viejos trajes de los oidores y bailaban a hurtadillas el minuet, son los que hoy, pasada la tormenta revolucionaria, sacan con timidez la cabeza del charco a donde los arrojó, y claman, monótona y chillonamente, como las ranas de la fábula, en las revistas clericales y en los diarios ultramontanos, contra la enseñanza laica, la filosofía positiva, la libertad de cultos, las teorías de Darwin, la impiedad actual, la ciencia atea, el divorcio, la escuela realista, la novela experimental; defendiendo, como Dios les ayuda, una literatura insubstancial y tonta, parásita del clasicismo, literatura que dicen ser clásica y pura, cuando es uno de los restos de la Colonia, el único legado de aquellos dichosos frailes gongóricos del siglo pasado, que se ocupaban en escribir la vida y milagros de los santos y en hacerle sonetos a Carlos III?

En el periódico, en el libro y en la tribuna, Ramón A. Salazar ha sostenido, durante algunos años, una lucha desesperada contra la clerecía guatemalteca. Ha sido el blanco de muchos odios y rencores, y, sobre su cabeza cubierta ya de cabellos grises, han pasado graznando las últimas bandadas de cuervos, salidos de los bosques reaccionarios, de donde los liberales han sacado astas para sus pendones rojos.

Salazar ha sido un combatiente y un soñador, que, en medio de egoísmos hurraños y torpes, cercado de odios y de envidias, y seguido de cerca por los lebreles del periodismo recalcitrante, ha podido quedar de pie, cuando otros han caído en tierra o han desertado de las filas diezmadas.

## HONDURAS LITERARIA

He recibido el primer tomo, a la rústica, de la obra *Honduras Literaria*, nítidamente impreso en la Tipografía Nacional de Tegucigalpa, volumen que ha podido llevar a buen término, en fuerza de constancia, dedicación y trabajo, el licenciado don Rómulo E. Durón, joven distinguido que así sabe escribir inspirados versos, como cortarlas en el aire en eso del hablar pulido.

Ya se hacía sentir la necesidad de ver reunida la producción de los prosistas y poetas hondureños, necesidad que venía acrecentándose lentamente, porque nosotros, los jóvenes de la actual generación, aficionados a mover la pluma y a tomar el libro, queríamos estudiar y conocer lo escrito y lo pensado en nuestra tierra, desde el año de la emancipación política de España, hasta los tiempos que corren.

Los disturbios de partidos y las frecuentes luchas civiles, han sido una verdadera rémora para nuestro progreso intelectual, de tal modo, que el pueblo hondureño, que posee un admirable sentido común y una clara inteligencia, se ha ido quedando en rezago en eso del cultivo de las ciencias y de las letras. Que mucho que con tantos obstáculos y miserias tengamos hombres que como Dionisio Herrera y Céleo Arias, estén resplandeciendo por sus virtudes cívicas desde ese olvidado rincón del mundo; estadistas y sabios que, como José Cecilio

del Valle, salvando el solar nativo, vayan a causar admiración a un Bentham; oradores que como Alvaro Contreras, ese eterno perseguido, vaguen de playa en playa y de pueblo en pueblo, haciendo escuchar su verbo rebelde; escritores que, como Ramón Rosa, manejen el habla de Castilla hasta el extremo de que su estilo semeje uno como repíqueteo de campanillas de oro o ruido de chorros de perlas cayendo en ánfora de cristal.

Los que no saben avaluar el trabajo de la inteligencia, ni comprender los méritos de un hombre que se dedica, como don Rómulo E. Durón, buscando aquí, leyendo más allá, a reunir la prosa y los versos que se han escrito en su patria, tendrán poco, tal vez ningún aprecio, por el trabajo del escritor y poeta hondureño; pero los que, como nosotros, conocen los obstáculos que encuentra el que le mete el hombro a empresa de tal magnitud, tienen que aplaudir a dos manos los esfuerzos que ha hecho por el adelanto de Honduras. Aunque desde lejos, vayan nuestras felicitaciones al amigo Durón, felicitaciones que bien se merece quien pone su talento y su patriotismo al servicio de una causa tan noble como la de ayudar, salvando del olvido tantos escritos, al engrandecimiento intelectual y científico de su pueblo.

Las biografías de los que figuran en la obra son cortas las más; cortas, pero bien escritas, y con todos los datos necesarios. A treinta y tres asciende el número de las que inserta el señor Durón en su primer libro, sin hacer juicio crítico de su producción, trabajo que deja al cuidado y a la inteligencia del público.

Ahí están, entre los escritores del pasado, Cecilio del Valle, León Alvarado, Alvaro Contreras, Adolfo Zúñiga, Ramón Rosa, Liberato Moncada, el Padre y Ramón Reyes, con algunos otros de mérito más reducido; y de los actuales, inserta al doctor don Policarpo Bonilla, José Antonio López, Marco Aurelio Soto, Carlos Alberto Uclés, Alberto Membreño, Jere-

**mías Cisneros, Angel Ugarte, Constantino Fiallos y Trinidad Ferrari.**

¿Qué diremos en elogio de algunos de los primeros, que no se haya dicho y repetido en toda clase de publicaciones de la América Central? ¿Pues de los segundos? Don Policarpo es escritor político de gran fuerza, que hoy rige el Estado con el freno de oro de las leyes: seguro está el jefe supremo de Honduras de ir a confundirse, cuando entregue el Poder a otro, con los hombres que más han brillado en el país por su patriotismo y saber. José Antonio López escribe fácil y castizamente, con ribetes de ironía; Marco Aurelio Soto es un viejo zorro político, cuya prosa es la revelación de su carácter: reposada, metódica y fuerte; Carlos Alberto Uclés, tiene un indiscutible talento, lástima que escriba cada vez que se aparece un cometa; en abono de Alberto Membreño, como buen juriconsulto y conocedor a fondo del idioma, están hablando los *Elementos de Práctica Forense* y los *Hondureñismos*; y Jeremías Cisneros, Angel Ugarte, Constantino Fiallos y Trinidad Ferrari, todos son hombres que escriben con corrección y soltura y que están adornados con muchos conocimientos en las ciencias y en las letras.

La nueva generación que se levanta, llena de entusiasmo y de vigor, vaciando sus creaciones en eternos moldes del arte, aunque inspirándose en el espíritu ecléctico de este siglo portentoso, sabrá poner los sólidos cimientos sobre los cuales se eleve, más tarde, el edificio de otra era literaria en Honduras.

No hay que dejar cubrir de polvo los libros del venerable clasicismo español; esto sería una injusticia de parte nuestra y cosa muy ocasionada para salir asombrando a los buenos hablantes con monsergas atroces y revoltillos indescifrables. Estilos como el de Cervantes y como el de Fray Luis de León, no son para vistos con indiferencia o desprecio de parte de los jóvenes, sino antes bien con el respeto que se merece todo

lo que está canonizado por el buen gusto y tiene un baño de gloria y de inmortalidad. Vengan todos los clásicos, vengan los ilustres: tú, Garcilaso de la Vega; tú, Fernando de Herrera; tú, Santa Teresa de Jesús; tú, Fray Luis de Granada; tú, Francisco de Quevedo; mas, sed servidos de perdonarnos, si gustáis, amados maestros, que después de leerlos y admirarlos, echemos una mirada sobre esos librejos modernos y esas obritas de fin de siglo que por extremo nos llaman la atención.

Guatemala, 1897.

## LA RECOMPENSA DE TOLSTOI

Celebrábase hace poco el jubileo literario del famoso propagandista León Tolstoi, cuando he aquí que unos campesinos medio salvajes —verdaderos beduinos marroquíes trasplantados al suelo ruso— en recompensa de que les viene predicando un evangelio de moralidad y fraternidad, para sacarles de la grosera ignorancia en que vegetan, fueron a disparar varias veces sus armas de fuego sobre los balcones de la casa que posee Tolstoi en Yasnaia Poliana, con el siniestro propósito de poner fin a los días del anciano apóstol que, en su generosa demencia de mejorar la condición moral y material de aquellos cuadrúpedos, se ha confundido con las clases humildes, viviendo, vistiendo y comiendo como ellas.

El escritor —probablemente contra su sentir— tuvo que auxiliarse de la policía rural, para que aquella chusma no le bañase de una granizada de perdigones. De seguro que las clavos de los polizontes fueran más elocuentes que todas las exhortaciones pacíficas de Tolstoi, que no hubieran encontrado eco en sus cráneos estúpidos, no muy diferentes al de los trogloditas.

Si un momento reflexionan los asaltantes en que el agredido les esperaba con un winchester o un fusil Lebel, para fulminarles, detrás de una ventana, una veintena de tiros certeros, de seguro que no tienen la osadía de cometer el atentado,

que les pone a la altura moral de los brutos, o, cuando más, de los negros hotentotes.

Lo que se quedó meditando Tolstoi, después del suceso, no debe ser muy amable ni consolador, ni para los hombres en general, ni para su país. Porque recibir tal dádiva, después de luengos años de hacer el bien, de envejecerse y agotarse trabajando por la concordia de la humanidad, de producir libros y más libros, desbordantes en nobles ideas, fecundos en sanas doctrinas, es para dejar triste hasta la muerte, al más optimista, dando a los demonios todos los altruísmos habidos y por haber.

Pero Tolstoi, que es la encarnación de la calma y que cree de veras —con una buena fe inquebrantable— que se pueden extirpar, con prédicas cristianas, todos los malos instintos del hombre, que todavía tiene adentro a la bestia bimana de las cavernas cuaternarias, seguirá tranquilamente la siembra de sus parábolas, haciendo de Cristo eslavo, dando la carne y el vino de su alma a las muchedumbres inconscientes, a los campesinos idiotas, desde su sede apostólica de Yasnaia Poliana, exponiéndose a que, en la primera ocasión, vuelvan aquéllos a hacer, con sus escopetas herrumbrosas, ensayos de puntería sobre sus ventanas, si acaso no se les ocurre despacharle, disparándole detrás de una empalizada o de un matorral.

Porque todos los Cristos acaban mal, ya sea en la Judea de Poncio Pilatos o en la Rusia de Nicolás II, y el viejo Tolstoi, que hace bien su papel de redentor, aunque su evangelio sea anacrónico y algo cursi en los días modernos, puede que no se escape a ese lúgubre pronóstico. ¡Si Federico Nietzsche viviera, cómo se reiría, con su maligno gozo, de la aventura de Tolstoi!

## NIETZSCHE

Acaba de morir en la más lamentable locura, en Weimar, en la ciudad donde Goethe hizo su nido de águila y Fichte construyó la fábrica de su filosofía, Federico Nietzsche, uno de los ingenios más originales del siglo.

Era este filósofo alemán, que empezaba a ser conocido en Hispanoamérica, un cerebro esencialmente solitario, como dijo Baudelaire del poeta Poe; uno de esos reflexivos y pensadores *únicos*, abstraído en las soledades contemplativas de la conciencia. Por eso, durante toda su vida, le rodeó una hostil impopularidad; una de esas impopularidades de que tan amargamente se queja Emilio Zola.

Si en vida le calumniaron sus enemigos a cual más y mejor, su muerte no ha glorificado su genio; antes bien, como les ha sucedido a todos los talentos magnos, se le sigue combatiendo con encarnizamiento, según leo en periódicos y revistas.

Llueven desde hace años, y siguen lloviendo, diatribas e invenciones ridículas sobre el insigne estilista alemán que acaba de cerrar los ojos para siempre. Max Nordau le metió, sin escrúpulos de conciencia, en el manicomio de la *Degeneración*. Después de él, otros han completado la tarea de desacreditarle. Unos le han atacado con ira por haber desertado de la bandera cristiana; otros le han calificado como rabioso anarquista o como furioso nihilista; otros le creían lleno de un orgullo

satánico, que le llevaba a considerarse como una especie de Anticristo; quiénes le dan un egoísmo delirante, una intransigencia absoluta, una violencia rencorosa. Revistero español ha habido que diga que es un pobre diablo, un megalómano insoportable, que se ríe como Mefistófeles, aquejado de delirio de grandeza o de manía de odio contra los hombres y la naturaleza y la sociedad actuales. Alguien pone su fatuidad muy por encima de la de Barbey y dice que su satanismo es más negro que el del autor de *Flores del mal* y *Los paraísos artificiales*.

Algunos, que han reconocido su extraordinario talento y su poderoso estilo, no dejan de zaherirlo, reprochándole la dureza de sus aforismos y paradojas, y lo absurdo de sus frases extrañas y violentas, que tienen “la hermosura de lo perverso y de lo ilógico”.

Todas estas ideas han contribuido a propagarlas algunos escritores franceses, ligeros y superficiales, amigos de narrar, sobre todo cuando se trata de alemanes, fábulas y chistes en tono *boulevardier*. Uno de ellos ha estampado que la impresión que le produjo Nietzsche cuando le conoció, fue la de un personaje extraño, de “un gato de azotea”.

Lo que hay de cierto es que el escritor alemán, ensimismado en sus ideas, aislándose en su torreón, ha sido una víctima de su propio genio, un proscrito voluntario del tiempo en que le ha tocado figurar. No era su época a propósito para recibir sus ideas, profundas, sencillas y pasmosamente originales. Hecho el vacío en torno de él, Nietzsche parece que hubiera tomado por mote la sorprendente frase ibseniana: *el hombre más fuerte es el que vive más solo*, máxima que también cultivaba el sombrío Schopenhauer. Ese aislamiento contribuyó a hacer más originales sus audaces tesis, porque el medio exterior, como las ideas de los libros y de los amigos, no influyó casi nada para dirigirlo por las extrañas

rutas que tomó su pensamiento, que ha explorado los más raros jardines de la estética, los más recónditos bosques de la filosofía. A la postre, pocos días antes de morir, la melancolía de Nietzsche se había acentuado; sus penas intelectuales, complicadas con una parálisis, consecuencia de la caída de un caballo, habían degenerado en una profunda psicosis. Probablemente, al ver su ruina fisiológica, el raro intelectual alemán se entregó al culto del dolor, culto que es una especie de enfermedad mística de los cerebros anémicos. (Mantegazza.)

A los que no acaban de sacar a relucir sus extravagancias, hay que preguntarles: ¿Qué hombre de genio no ha sido desequilibrado? Rousseau, Leopardi, Poe, Byron, Balzac, Swift, Flaubert, para no citar más que unos pocos lo han sido. Aunque DelleMagne dice que el genio es el equilibrio por excelencia, y ahí está el autor de *Fausto* en su apoyo, como ejemplo, es lo cierto que todos los hombres sobresalientes por su inteligencia, o son neurasténicos o son hipermaníacos. La sensibilidad exagerada para el dolor, la irascibilidad, la misantropía, la incertidumbre, la manía de las persecuciones, acompañan, lo mismo que a los locos, a los grandes talentos, según han probado distinguidos alienistas, Lombroso el primero. Pero hay algo que distingue al genio del demente: *el sentido crítico* (Richet); y si esto es cierto, Nietzsche resulta genio, porque el edificio de su arte es una reunión de ideas armoniosamente dispuestas y elegidas.

No tiene nada de común con los metafísicos alemanes, aunque algunos que le juzgan como el más oscuro de ellos. Al revés de los pensadores de su país, es clarísimo, sencillamente claro; mas hay que leer *hondamente* para descubrir el diamante engarzado en su prosa fría y metódica. De otro modo se corre el peligro de no entenderlo nunca. Nuestra imaginación, acostumbrada a una literatura de frases sonoras y de metáforas vivas, no *encaja*, por decirlo así, en el sólido molde de la idea

de Nietzsche. A veces creeríase que ha pensado fuera de nuestra civilización, en otra más ingenua y sobria, calentada por un sol más joven; que sus teorías sobre la Belleza son concebidas para recrear el claro pensamiento de un ateniense.

Su estilo no tiene secretos ni golpes de efecto. Dice cosas profundas con frases que no tienen ninguna novedad. Eso es lo que engaña a sus comentadores y críticos. Ven abstracciones metafísicas, frases laberínticas, indescifrables enigmas, donde no hay más que sorprendentes ideas, expresadas en un lenguaje limpio de impurezas como debía manejarlo quien, como él, era considerado como un prosista de la talla de Goethe y de Hegel. Lo que Vogüé ha dicho del alma de M. Taine puede decirse de la de Federico Nietzsche: que era un alma de niño, cándida y sincera, más parecida a la de un buen clásico francés del siglo XVIII o a la ingenua de un filósofo griego del siglo de Pericles.

Como vivió profundamente solitario, su espíritu se replegó sobre sí mismo, y sólo tuvo una *conciencia*. De ahí su fortaleza. Su pensamiento, desde que se inició su producción literaria hasta que entró en decadencia, ha formado una sola cadena, donde cada eslabón es igual a los demás, cadena que rompió la locura entre sus manos crueles. Porque Nietzsche, desgraciadamente, como dije al principio, acaba de morir loco. Sí, su cerebro luminoso y potente, de maravillosa intuición plástica, lleno de astros como un cielo, se pobló de las más negras sombras de la demencia, tal como les sucedió a Augusto Comte y a Maupassant.

Mas su fin no amengua en nada su gloria, que tiene que crecer con el tiempo, porque ha sido el iniciador de un movimiento general del pensamiento humano, ampliando y poniendo a su servicio la fórmula de Kant, según escribió alguien en el *Mercurio de Francia*. Así como Ricardo Wagner, el portentoso sinfonista del Tannhauser, causó una revolución ar-

tística con su música llamada filosófica o del porvenir, el autor de *Más allá del bien y del mal* y de *Zarathustra*, puede causar una revolución de ideas en los espíritus del siglo veinte.

Paz eterna a los huesos del olímpico pensador, que tiene que ser considerado en lo futuro, cuando se mida la magnitud de su Arte, como uno de esos intelectuales extraordinarios que vienen a trazar un nuevo signo en el zodiaco del pensamiento humano.

## ANDREE

Si alguna vez leísteis *Las mil y una noches*, os acordaréis de los viajes de Simbad, llenos de extraordinarias aventuras. Hay en ellos naufragios, terribles tempestades, viajes por islas y países extraños, donde la flora y la fauna tienen el encanto de la fábula, y donde Simbad sufre las más terribles pruebas y los más duros quebrantos.

Mas la realidad ha superado después la imaginación de los encantadores poetas árabes. Los navegantes que descubrieron la América, la China, la India y el Japón; los que en el siglo XVIII arribaron a los misteriosos archipiélagos de la Oceanía; y los exploradores que en el siglo XIX violaron las vírgenes selvas del Africa, han tenido más emociones y sufrido más penalidades que el marino de *Las mil y una noches*. Si no estuviéramos ciertos de la verdad de sus viajes y aventuras, crearíamos fantasías las expediciones de Marco Polo, Vasco de Gama, Cristóbal Colón, Magallanes, Cook, Livingstone, y algunos más navegantes y osados exploradores españoles, holandeses, dinamarqueses, irlandeses, escandinavos, rusos, portugueses, ingleses y franceses, que han revelado a los hombres las partes desconocidas del planeta, sufriendo desventuras sin cuento y perdiendo la vida en sus temerarias excursiones.

Pero nada tan trágico como la historia de las tentativas hechas por descubrir el Polo Norte, donde, con especialidad,

los ingleses se han cubierto de gloria y han encontrado la muerte. Un inglés, Sebastián Cabot, fue el que hizo la primera tentativa en busca del paso del noroeste, en 1516-17. Otros ingleses le han seguido con una tenacidad sin límites. Willoughby, que pereció con sesenta y dos compañeros en la costa de la Laponia rusa, en 1553; Baffin, que descubrió los estrechos de Smith y Lancaster, en 1619; Behring, que visitó el mar que lleva su nombre y las costas de Alaska, de 1728 a 1741; Cook, que franqueó el Estrecho de Behring en su tercer viaje alrededor del mundo, en 1778-79; Scoresby, que hizo expediciones al Spitzberg y a la costa oriental de Groenlandia, de 1806 a 1822; John Ross, que descubrió el sitio en que la aguja imantada apunta verticalmente hacia el suelo, en 1829; Parry, que llegó a la más alta latitud del norte de Europa, en 1827; Franklin, a quien fueron a buscar veintidós expediciones, y que murió trágicamente el 11 de junio de 1847; Mac Clure, que descubrió el paso del noroeste por el Estrecho de Banks, en 1850-53; Collinson, 1850; Kennedy, 1859; Bercher, 1852; Kellet, idem; Nares, 1875-76.

Tras la huella de los osados exploradores ingleses, han ido al Polo Norte holandeses, daneses, rusos, norteamericanos, alemanes y austríacos, y han descubierto bahías, islas y estrechos; mas sin acercarse siquiera al *verdadero* Polo, ni ver de lejos, tras innumerables fatigas, peligros y privaciones, las aguas tranquilas del *mar libre*, de ese soñado *mar libre* que algunos exploradores han dicho que existe al otro lado de la región conocida, y que ninguno de ellos ha podido dejar atrás, rechazado por el frío, combatido por constante asalto de los hielos y envuelto en los pliegues de la siniestra noche ártica.

Son dos fuertes escandinavos, un sueco y un noruego, quienes han alcanzado las más altas latitudes, dejando en zaga a los exploradores que les precedieron. Nordenskiöld, en 1878, a bordo de *El Vega*, logró atravesar el paso del noroeste, ex-

plorando también el Spitzberg, consiguiendo ascender a los 80° 42'; y el audaz Nansen, que llegó el 7 de abril de 1895, a los 86° 13' 6'', es decir ¡a 420 kilómetros del Polo Norte!

.....

Al Polo Norte, atraído por su terrible imán, ha ido Andrée. No como sus predecesores, tripulando un bergantín, que resista los continuos asaltos de los hielos, sino del modo más extraordinario y único, sin precedente en los viajes antiguos y modernos. Queriendo sin duda superar a Nansen y pensando cerrar el siglo con una hazaña pasmosa, se hizo construir un globo, a propósito para tan gigantista aventura, que pudiera resistir el embate de los vientos y de los huracanes, y que llevara lo necesario para una dilatada expedición a las regiones árticas.

El 11 de julio de 1897 todo estaba preparado para la marcha. Soltadas las amarras, el aeróstato se elevó majestuosamente, tomando su derrotero. Tres años y medio hace de esto, y nada se ha vuelto a saber de la expedición. ¿Qué ha sido de ella? ¿Han llegado por fin a su destino o se quedó en mitad de su viaje? ¿El globo, juguete de las tempestades, ha sido aventado a desconocidas regiones, de donde no han podido volver sus tripulantes, o ha llegado al Polo Norte? ¿Cayó desgraciadamente en los mares y sus pasajeros se ahogaron? En vez de llegar al Polo, ¿descendió en alguna playa fuera de la ruta de los buques balleneros, y los exploradores han tenido que soportar tres horribles invernadas, sin esperanza de algún auxilio, y sin tener medios para llegar a algún pueblo de esquimales? ¿Viven o han muerto los temerarios aventureros? Si viven, ¿dónde están? Si han muerto, ¿qué cementerio de hielo oculta sus cadáveres?

Preguntas son éstas a que nadie puede responder. Desde la marcha de los viajeros, el mundo científico, interesado en la

extraordinaria excursión, ha estado en continua ansiedad, haciendo simples conjeturas. El gobierno sueco ha enviado en su busca varias expediciones a Groenlandia y Spitzberg; mas han regresado sin traer siquiera una vaga noticia de su paradero.

Algún tiempo después de la partida de Andrée, circuló rápidamente la nueva de que en Kranolank, Siberia, se habían encontrado los restos de su globo, lo mismo que a los tripulantes, Andrée, Strumberg y Frenckell; pero pasó el tiempo sin que se confirmara.

Después se dijo que en los mares del Norte se había hallado una boya o una botella —no estamos seguros— que contenía un papel, escrito del puño de Andrée, diciendo que el Polo Norte había sido descubierto; pero esta noticia resultó tan falsa como la primera.

Ultimamente se dijo en los periódicos que de Vardo, provincia de Firmanken, al norte de Noruega, había llegado un telegrama, expresando que Andrée se encontraba vivo; mas el tiempo parece que se ha encargado de desmentir la noticia y el destino de Andrée sigue tan oscuro como antes.

Los más creen que ha perecido en la demanda y que su nombre ha aumentado ya la lista de los mártires del Polo Norte, lista donde figuran Bellot, Barlow, Franklin, Grozier, Frobisher, Knight, Bossexille, Hudson, Barentz, Serogas, Vangham y otros muchos, que se han lanzado a las terribles regiones boreales, ávidos de descubrir el secreto que encierran más allá de sus siniestros mares y de sus montañas de hielo, duras como el sílice y brillantes como la plata.

Mas si el Polo Norte no ha sido descubierto, tantos sacrificios, tantas tentativas, tan audaces y generosas abnegaciones no han sido estériles. La zoología ha completado su fauna, la botánica su flora y la geografía el mapa del planeta. La astronomía ha hecho investigaciones en un cielo distinto, y la me-

teorología ha podido observar muchos fenómenos atmosféricos desconocidos antes; todas las ciencias, en fin, han sacado algún fruto de las excursiones polares.

Seguramente que la expedición aérea de Andrée no será la última para llegar al extremo norte del eje del mundo. Otros le imitarán con más o menos fortuna, valiéndose de medios más adecuados y sacando gran provecho de las experiencias adquiridas. Por misterioso impulso, obedeciendo casi a leyes fatales, los hombres de hoy siguen a los hombres de ayer, en sus investigaciones científicas, en sus caminos de conquista, en sus exploraciones marítimas o terrestres, y así han podido crearse las ciencias, fundarse las naciones, redondearse el planeta. La civilización contemporánea no es más que la resultante de los esfuerzos de unos cuantos sabios soñadores o de unos cuantos locos aventureros, dirigidos hacia un mismo fin, como el haz de músculos de un brazo.

Merecen bien de la humanidad los hombres que, como Andrée, exponen su vida en una aventura grandiosa, llevando todas las probabilidades en contra, lanzándose a merced de los elementos en la débil barquilla de un globo. Tal hazaña, aunque no tenga buen éxito, es un noble ejemplo para los demás. Ni Vasco de Gama, navegando por los mares asiáticos; ni Cristóbal Colón, desafiando las furias del Atlántico; Cook, perdiéndose en los archipiélagos de la Oceanía; ni Livingstone, internándose en las mórbidas vegetaciones del Africa, han demostrado más sereno valor que ese suceso asombroso, que, despidiéndose de Europa desde su globo ha ido, en el viaje más audaz de los tiempos modernos, confiándose en su buena estrella y en su inquebrantable corazón, sin temer los peligros de arriba ni los de abajo, a descifrar el enigma que guardan las regiones hiperbóreas, a flamear la bandera de su siglo en el extremo norte del planeta, en una mágica apoteosis de auroras boreales!

## INDICE

	PAGINA
Nota Editorial .....	7
Juan Ramón Molina poeta gemelo de Rubén.— <i>Miguel Angel Asturias</i> .....	9

### VERSO

El águila .....	33
Río Grande .....	47
Aguilas y cóndores .....	53
Salutación a los poetas brasileiros . . . . .	58
Autobiografía .....	61
Después que muera .....	67
Nostalgia .....	71
La calavera del loco .....	73
A un pino .....	75
Adiós a Honduras .....	80
Tus manos .....	87
A un herrero . . . . .	89
Los leones en acecho .....	91
Metempsicosis .....	94
Lúgubre fantasía .....	96
Ojos negros .. . . . .	100
Intimas .....	102
Pesca de sirenas .....	103
En los esteros .....	104
Madre melancolía .....	105
El gladiador . . . . .	106

	PAGINA
El río .....	107
Salomé .. .. .	108
Vino tinto .....	109
Nerón .....	110
La fragua .....	111
Ante el espejo . . . . .	112
Plenilunio .....	113
Selva americana .....	114
Hamlet . . . . .	115
Ofelia . . . . .	116
Desdémona .....	117
Otelo . . . . .	118
La araña . . . . .	119
La ola . . . . .	120
Mariposa nocturna .....	121
A Rubén Darío .....	122

#### PROSA

Excelsior . . . . .	125
Copo de espuma . . . . .	127
Luciérnagas .....	129
Profética .....	132
Lloviendo .....	135
Viendo el Río Acelhuate . . . . .	138
En el Golfo de Fonseca .....	140
Dialogando con el agua .....	143
A orillas del Lempa .....	147
El niño ciego .....	150
La intrusa . . . . .	153
La niña de la patata .....	156
La muerte de Dionisio .....	160
El estilo .....	164
Un entierro .....	166
La siguanaba .....	169
Natura . . . . .	174
El grillo .....	178
Las olas .....	181
La rosa .....	184

	<b>PAGINA</b>
Mr. Black . . . . .	187
La tristeza del libro . . . . .	193
El <i>Chele</i> . . . . .	196
Desarrollo de la prensa centroamericana . . . . .	201
El sultán rojo . . . . .	210
El tiempo viejo . . . . .	217
Honduras literaria . . . . .	223
La recompensa de Tolstoi . . . . .	227
Nietzsche . . . . .	229
Andrée . . . . .	234

*Este libro se terminó de imprimir  
el 27 de Mayo de 1959, en los  
Talleres del Departamento Editorial  
del Ministerio de Cultura. San Sal-  
vador, El Salvador, Centro América*

